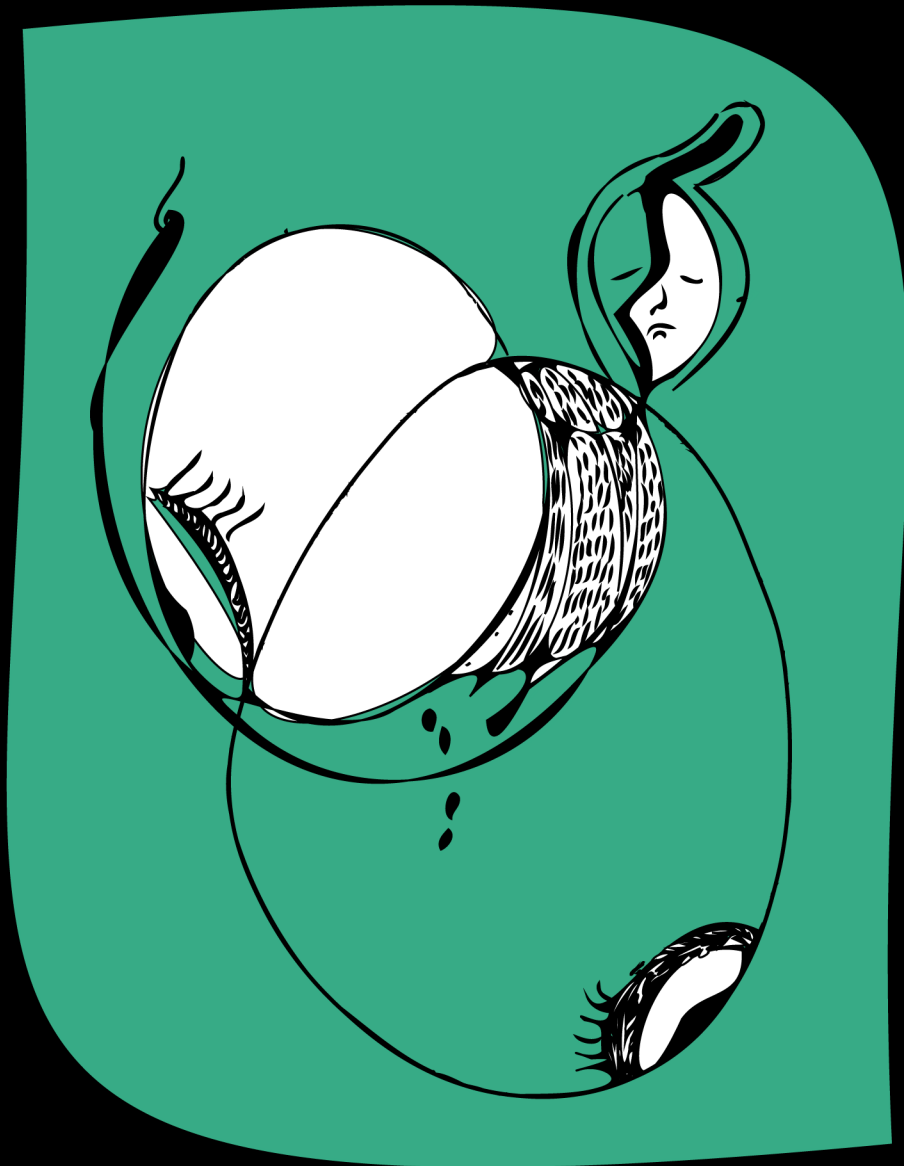


de ida y vuelta

12 relatos sobre viajes en el tiempo

Laboratorio Transmedia | Número 5 | 2024



Prólogo de Daniela Tarazona

Epílogo de Manuel Broullón

De ida y vuelta

Doce relatos sobre viajes en el tiempo

Colección Laboratorio Transmedia

Núm. 5

Montserrat Camargo · Ana Catalina Córdoba · María José
Correa · Maximiliano de la Puente · Brayan G. Anaya · Ane
Lucas · María Novoa · David Pungin · Andrés Plat · José
Roberto Pulido · Laura Ruiz · Daniela Viccia

(Coordinación editorial por Ana Catalina Córdoba,
María José Correa y José Roberto Pulido)



U N I V E R S I D A D
COMPLUTENSE
M A D R I D

Colección Laboratorio Transmedia
Número 5

ISSN 2794-0861

© De las autoras y autores de los textos (2024)

Coordinación editorial: Ana Catalina Córdoba, María José Correa y José Roberto Pulido

Edición literaria y corrección de estilo: Ana Catalina Córdoba, María José Correa, Pablo Gallego, Brayan G. Anaya, José Roberto Pulido y Daniela Viccia

Diseño de cubierta: Montserrat Camargo y Andrés Plat

Prólogo: Daniela Tarazona

Epílogo: Manuel Broullón

Entidad editora: Laboratorio Transmedia
Universidad Complutense de Madrid
(Proyecto de innovación docente UCM 35)

Lugar de edición: Madrid (España)
Facultad de Ciencias de la Información
Avda. Complutense, núm. 3, 28040

<https://www.ucm.es/transmedialab/>



Licencia Creative Commons 2.0
Reconocimiento—NoComercial—SinObraDerivada
CC BY-NC-ND

Usted es libre de:

- Compartir: Copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.
- NoComercial: No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- SinObraDerivada: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Índice

Prólogo: Del tiempo DANIELA TARAZONA.....	13
--	----

Nota editorial ANA CATALINA CÓRDOBA, MARÍA JOSÉ CORREA Y JOSÉ ROBERTO PULIDO.....	15
---	----

DE IDA Y VUELTA DOCE RELATOS SOBRE VIAJES EN EL TIEMPO

Todas las cosas DAVID PUNGIN.....	19
--------------------------------------	----

Solución al problema ultramoderno de un mudo sin documentos ANDRÉS PLAT.....	27
---	----

Decías que el color era importante DANIELA VICCIA.....	45
---	----

El portal ANE LUCAS.....	55
-----------------------------	----

La ropa de mi hermano MAXIMILIANO DE LA PUENTE.....	67
--	----

Molly Purple Sugar MONTSERRAT CAMARGO.....	75
---	----

El regalo BRAYAN G. ANAYA.....	83
-----------------------------------	----

Escombros JOSÉ ROBERTO PULIDO.....	91
El ciervo MARÍA JOSÉ CORREA.....	99
En el espejo LAURA RUIZ.....	105
No debes hacer nada MARÍA NOVOA.....	111
Todo, peceras y perlas ANA CATALINA CÓRDOBA.....	119
Epílogo: Un informe ante la Academia MANUEL BROULLÓN.....	133

Prólogo: Del tiempo

DANIELA TARAZONA

Nuestra existencia sostiene su enigma en el significado del tiempo. Continuamos siendo criaturas que, en realidad, se afanan por comprender los misterios de la vida.

En este presente que va a toda velocidad, el tiempo se desvela aún más enigmático. ¿Lo que nos ocurre del día a la noche es un atisbo de nuestra existencia? ¿O el tiempo es el cansancio de nuestro cuerpo con el transcurso de los años? ¿Cómo es posible que seamos los mismos que fuimos si no somos ya más aquellos?

El transcurrir de la realidad alcanza lo más recóndito. En esta antología de relatos, observamos la manera en que el tiempo deriva, trastoca, desfigura y recompone los destinos de los personajes; abre puertas, da sitio a otras dimensiones; multiplica las identidades y descoloca los recuerdos. Se trata de una suma que presenta registros disímiles y abarca un espectro de expresiones múltiples. Leeremos acerca de los viajes en el tiempo como una parábola de la vida; de los colores de los esmaltes de uñas como transmisores de emociones que abren la comprensión del mundo en la relación de dos hermanas; de los pasos a otras dimensiones, de los traslados supersónicos que otorgan las pertenencias; de las distintas formas en que el tiempo se presenta; de la contundencia de una imagen o de cómo un avistamiento puede trastornar el tiempo y el destino...

Hemos acordado medir el tiempo en segundos, minutos, horas, días, meses y años. Sin embargo, ¿cuál es el tiempo del recuerdo y cuál el del olvido? ¿Qué parte de nuestro pasado se desplaza hacia el futuro? ¿Y cómo somos en el presente los que hemos sido? En nuestra percepción anida el enigma: no experimentamos el devenir del tiempo del mismo modo, aunque podemos enlazarnos y es, en esa coincidencia, en donde tienen lugar las historias que componen este libro.

La experiencia nos enseña que somos criaturas sujetas a la ida y la vuelta de esa potencia invisible que nos expulsa y nos contiene. Viviremos el paso de los días de la misma manera que respiraremos

nuestra existencia para ser testigos de lo inconmensurable: el transcurso de lo que ocurre se resiste a ser sujetado por la palabra, es el tiempo de la vida en sí.

Nota editorial

ANA CATALINA CÓRDOBA
MARÍA JOSÉ CORREA
JOSÉ ROBERTO PULIDO

Todo viaje, incluso aquellos que transcurren entre dimensiones temporales, encuentra su origen en un punto definido. Cuando nos embarcamos en la travesía de crear esta antología, optamos por no limitarnos únicamente a los confines de los viajes en el tiempo propios de la literatura especulativa. Decidimos, en cambio, emprender una exploración que desafiara las convenciones del género, invitando a cada participante a sumergirse en las diversas facetas del tiempo, entendiendo que este fenómeno va más allá de una simple medida. El tiempo es biológico y subjetivo, lineal y cíclico, amplio y estrecho, y está impregnado de una infinidad de matices.

Este proyecto ha sido un verdadero testimonio de colaboración y diversidad, donde cada autor ha aportado su voz única a la narrativa colectiva. Desde el inicio, el trabajo en equipo ha sido esencial: desde la selección de los relatos hasta el arduo proceso de revisión, sistematización y organización, el grupo de editores del Laboratorio Transmedia ha trabajado incansablemente para dar vida a estas páginas.

En un mundo donde las certezas se desvanecen y el tiempo mismo se vuelve escurridizo (quizás siempre lo fue), expresamos nuestro profundo agradecimiento al Laboratorio Transmedia de la Universidad Complutense de Madrid por brindarnos la oportunidad de compartir estos esfuerzos. Cada uno de los doce relatos que conforman esta antología es, para nosotros, un testimonio de la infinita capacidad del ser humano para explorar, imaginar y crear a través, con y para el lenguaje.

DE IDA Y VUELTA
DOCE RELATOS SOBRE VIAJES EN EL TIEMPO

Todas las cosas

DAVID PUNGIN

«Esta no es una novela. Ni siquiera es un cuento. Esta es una historia [...]. Se podría decir que es una historia de amor. Pero si solamente fuera eso, no habría valido la pena contarla. En ella están entremezclados deseos y dolores que se sabe muy bien lo que son, pero que no tienen un nombre exacto que los designe. En todo caso, ese nombre no es amor. (Esto es algo muy antiguo. Cuando no se tiene un nombre para decir las cosas, entonces se utilizan historias. Así funciona. Desde hace siglos)».

—Alessandro Baricco

Arrancó un poco de hierba del jardín trasero, la observó como si estuviese delante de una paloma muerta, la tierra acurrucada en las raíces, por delante del sol, y se la metió en la boca con un gesto de ansia; masticó tierra, hierba, raíces, escupió con fuerza, sacando la lengua fuera, muy fuera, y corrió a lavarse la boca con la regadera que mamá dejaba junto a los terrarios de flores. Tres meses después, había olvidado este suceso, pero la idea de pasear por el jardín continuaba molestándolo. Hizo falta mucho tiempo, y algunos de los retos de la amistad, para que regresase a sus juegos sobre el césped.

Lo único que lo hizo sufrir en su primer día de clase fue la ausencia de mamá. El resto de los niños parecían felices. La escuela era un edificio amarillo con persianas marrones que se posaban sobre los alféizares de las ventanas, como mínimo, tres veces al día, y que servía de escondite para un patio grande y desnudo, de cemento, con un pequeño pilón en una esquina, en el que los niños se lavaban las manos cuando regresaban de la parte baja del colegio. Su maestro se llamaba Don Apeles e interrumpía la lección que estuviese dando, cualquiera que fuese, para lograr que el aula quedase a oscuras y acompañar a los alumnos al sótano de la escuela, donde el resto de los profesores obligaban a los estudiantes a jugar a la rana sorda, dando saltos mientras se tapaban las orejas con las manos, durante media hora.

A Martín Ordaz lo conoció en el recreo. Las persianas se elevaron en el momento exacto en el que la sirena se detuvo. Un chico con gafas y un corte en la oreja se le acercó, se quitó la montura de las lentes, la alzó al cielo y el sol descendió limpio por la lente derecha y terminó en el

centro del patio. Martín Ordaz mantuvo recta su mirada miope y dijo que él era Martín Ordaz y metió un dedo por el hueco de la lente izquierda de sus gafas y lo sacó por el otro lado mientras decía que el sol y Martín Ordaz no eran muy distintos. Después, se recolocó las gafas, cogió el dedo índice de la mano derecha de su primer amigo y lo insertó en el hueco vacío del cristal hasta que notó el tacto de la uña del otro en el ojo izquierdo y dijo que en aquel momento estaba sintiendo lo mismo que cuando miraba directamente al sol.

Sin embargo, su amistad con Martín Ordaz no duró demasiado. Una mañana, Martín Ordaz no se presentó en el colegio. Era un día de lluvia. Los alumnos de la escuela solo bajaron una vez al sótano. El agua persistió durante todo el mes de abril, lo mismo que la ausencia de Martín Ordaz. Él seguía divirtiéndose con el resto de sus compañeros, pero notaba que una parte de su cuerpo, no sabía exactamente cuál, pesaba un poco más que antes. Comenzó a disfrutar del mareo de la lluvia sobre el patio que ofrecían las ventanas de su clase y lamentó que las expediciones al sótano estuviesen disminuyendo. Fue por entonces cuando intuyó que tener un amigo debía de ser algo parecido a tener un padre; ya llevaba un tiempo pensando que un padre era como una madre con el pelo corto.

El día después del primer día en que nadie en la escuela tuvo que bajar al sótano, mamá lo llevó a hacerse una foto. El estudio del señor López ocupaba un amplio desván en el centro del pueblo. Tenía cinco ventanas, pero solo una daba al exterior; a través de ella podía alcanzarse la vista más hermosa de la comarca, con una panorámica de montañas simples cuyo mayor atractivo era que permitían imaginar que el mar estaba en algún sitio. Décadas más tarde, sus nietos encontrarían en el álbum familiar a un niño en pantalones cortos, con una ensalada de rizos en la cabeza y un gesto serio en todas partes, que miraba a cámara mientras sostenía entre los dedos el mástil de una bandera. Sin embargo, lo que él percibió siempre que se detuvo a contemplar aquella imagen, fue que en el encuadre había un espacio vacío demasiado grande.

Pero lo más importante que le sucedió ese día no fue la foto. Mientras esperaba a que el señor López terminase de preparar el escenario para su posado, estuvo dando vueltas por el desván, inspeccionando los cachivaches artísticos que el viejo fotógrafo amontonaba por todas partes. Dos cosas llamaron de manera definitiva su atención: el cartel de una película que él solo podría ver muchos años

más tarde, cuando se mudó a una ciudad en la que sí que había cine, y una cámara minúscula, casi de juguete, que cogió sin permiso y guardó en la mochila de la escuela. Regresó a casa con la sensación de que, al contrario de lo que le habían asegurado mamá y el padre Seara, había veces en que el mal podía ser el camino idóneo para llegar hasta el bien.

Esa tarde, sustituyó sus juegos habituales por una sesión fotográfica en el jardín. Hacía ya varias semanas que Pedro Oubiña, su compañero de pupitre, lo había empujado, a base de retos y burlas, a luchar en el césped. No hizo falta nada más que aquella pelea infantil para que olvidase las reticencias a pasar tiempo sobre la hierba de su casa. Mamá estuvo dentro de la cocina hasta la hora de la cena, lo que le permitió utilizar la cámara con tranquilidad. Un impulso extraño, el mismo que lo hizo adivinar el funcionamiento del aparato de forma intuitiva, lo empujó a fotografiar las raíces de las plantas. Primero arrancó un poco de hierba y una flor y captó lo que habían escondido bajo tierra hasta entonces. Después, sintió la necesidad de retratar las raíces en su forma natural y cavó un agujero al lado de unos arbustos; pero, por más que lo intentó, no logró acercarse lo suficiente a la base de estos debido a que las ramas más bajas se alargaban tanto hacia el exterior que volvían imposible alcanzar el epicentro de la planta. Así que se rindió y tuvo que conformarse con fotografiar la tierra que rodeaba las raíces de los setos. Esto le produjo un gran dolor. Cuando mamá lo llamó para cenar, tapó el agujero que había hecho a toda prisa y, no encontrando un lugar mejor donde esconderla, enterró la cámara en el interior. Mientras se dirigía a la casa, tuvo la sensación de que el mundo era algo más que lo que el mundo enseñaba y pensó que las cosas más importantes eran las que no se alcanzaban con los ojos.

Aquellas fotos nunca fueron reveladas. La imagen de la cámara mezclada con la tierra fue una de las últimas cosas con algo de lógica que se le pasaron por la cabeza antes de morir.

Las misas del padre Seara eran largas y promovían la siesta. Los niños se acurrucaban unos junto a otros en los primeros bancos de la capilla, entrecerraban la vista y confundían el siseo de las velas del altar con el discurso del cura, que él siempre acababa por resumir en un esto está bien, esto está mal, esto está bien, esto está. Cristo los observaba a todos desde la cruz y proyectaba algo de miedo y un poco de risa. Al principio, aquel hombre colgado poseía para él la misma importancia que los bancos de la iglesia o los dedos de sus pies, pero, a medida que fue

creciendo, y a la vez que aumentaban las burlas de sus compañeros sobre la figura, la imagen cobró un peso especial: sentía que había algo digno de atención en los ojos abiertos, en la boca redonda, en los hilos de sangre. Deseó fotografiarlo. Sin embargo, jamás pronunció estos pensamientos en voz alta.

Una mañana, mientras se preparaba para ir al instituto, escuchó a su madre llorar. Bajó las escaleras y la encontró ovillada en el sofá, como si estuviese susurrando con el cuerpo. Había un papel arrugado en el suelo. Lo leyó y supo que el dinero de la familia empezaba a escasear. No dijo nada. Alisó el papel con las manos mientras su madre ahogaba el llanto en un cojín. Preparó café y no fue a clase. Alzó la persiana del salón. Afuera, un grupo de palomas había anidado en uno de los árboles del jardín. La casa quedó mecida por el gorjeo de los animales. Su madre se durmió. Él dedicó el día a realizar algunas tareas domésticas. No llovió y las palomas no callaron: el sonido era parecido a un recuerdo. Después de preparar la cena, su madre se sentó en la mecedora del salón y comenzó a columpiarse en el trasto. Tenía los labios apretados y estaba en silencio y su movimiento era similar al de las barcas. Él la contempló arrodillado en el suelo: tuvo que levantar la cabeza para verle la cara. El ruido de las palomas había cesado. Aquella escena le hizo comprender que su madre moriría algún día.

Dos semanas más tarde, la lluvia había vuelto al parque donde se reunía con sus amigos. Se refugiaron bajo los soportales de la iglesia. De vez en cuando, iban en parejas a la parte de atrás de la capilla para fumar. La lluvia sofocaba el rumor de las toses. El señor López cruzó la plaza cargado con dos cámaras, un trípode y otros aparatos necesarios para su oficio. Era un hombre encorvado y resistente, tozudo; parecía un signo de interrogación y el que lo miraba no sabía muy bien si le costaba más mover de sitio sus bártulos o su edad. Él corrió a ayudarlo a transportar todo hasta el estudio. El señor López le ofreció una toalla y una taza de café y le explicó que había pasado todo el día intentando captar el momento exacto en el que una gota de lluvia comenzaba a caer de una nube, pero había fracasado. Daba la impresión de que la lluvia no sabía estar sola, de que necesitaba descender toda junta hacia la tierra, decía, pero era falso: cada una de las gotas de lluvia tenía un nacimiento propio y una caída solo suya y él se había impuesto la tarea de certificarlo, porque, decía, eso lo resumía casi todo. Después hubo un silencio. El agua impedía la visión de las montañas en la ventana y volvía difícil

pensar en el mar, algo que él todavía no había visto y que adquiriría, en su mente, la forma de una gran caja de pescado. Tenía sed, pero bebía el café a sorbitos, aunque estaba frío. Cuando el señor López se levantó para ir al baño, él pensó que estaba invitándolo a que se marchase, así que se puso en pie y se dirigió a la puerta. El señor López fue detrás de él y le preguntó que qué era lo que quería. Él se detuvo en el felpudo del estudio y, sin darse la vuelta para mirar a la cara al anciano, le pidió que le diese clases de fotografía. El viejo sonrió y le dijo que volviese la semana siguiente.

El entierro del señor López tuvo lugar pocos días después. No fueron muchos los vecinos del pueblo que acudieron a la ceremonia. Él sí que lo hizo. Don Apeles pronunció un discurso en el que ensalzaba las cualidades como fotógrafo y como jugador de ajedrez de su viejo amigo. Estaba desgastado y triste. La jubilación lo había hecho engordar. Le sonrió en la distancia.

El primer trabajo que tuvo fue de vendedor de biblias. Se saltaba las dos últimas horas de clase para pasear por el pueblo tratando de meterles a las señoras el temor a Dios en el cuerpo. Su madre se sentaba cada vez más tiempo en la mecedora y reducía tanto el tono de su voz como lo que su voz decía. El jardín estaba descuidado y la casa envejecía e iba convirtiéndose en un almacén de cosas rotas. Pese a eso, pensó en invertir su primer sueldo en la compra de una cámara de fotos. Salió a la calle con todo su dinero metido en un sobre y se dirigió a una tienda de segunda mano. Caminaba deprisa. Cuando ya veía a lo lejos el cartel de la tienda, una voz lo llamó por su nombre. Era Pedro Oubiña, que andaba buscándolo para invitarlo a una fiesta. Iban a abrir la primera discoteca de la comarca en un pueblo cercano y estaba organizando la salida y recolectando el dinero entre los amigos para el autobús y las entradas. Él dudó: tenía que elegir entre la cámara o la fiesta. Finalmente, decidió que esta vez gastaría el dinero en la fiesta, pero que al mes siguiente compraría la cámara.

La fiesta fue un éxito. Conoció a personas nuevas, probó el whisky, estuvo a punto de enamorarse. La discoteca abría todos los fines de semana y él se volvió un cliente asiduo. Poco a poco, la idea de la cámara de fotos fue desapareciendo de su mente.

El único fin de semana en que él y sus amigos faltaron a la fiesta fue el que utilizaron para conocer el mar. Viajaron más de trescientos kilómetros en un coche listo para el desguace, aparcaron en la cima de un

acantilado y corrieron hacia el precipicio para asomarse a la playa. Era el mar y parecía un abandono. Había unas cuantas vacas en la orilla, pastando granos de arena. Una de ellas había entrado en el agua y trataba de beberse el océano. La imagen lo indujo a creer que había vacas en todas las orillas de todos los mares del mundo y se sintió molesto porque nadie le hubiese mencionado jamás ese detalle. Quiso tener algún sitio en el que guardar aquel instante. Deseó poseer talento para el dibujo. Se conformó con la contemplación. Vio el descenso del sol sobre el horizonte y pensó en las persianas de su escuela. Observó la huida de las vacas en la oscuridad, el ascenso de la luna. Todo estaba solo. Sintió que había perdido una parte del cuerpo, ignoraba cuál. Arrancó un poco de hierba y la tiró al frente. Respiró con fuerza.

La tarde en que cumplió veinticinco años fue a visitar a su padre. Por aquella época, pensaba en su padre, como mínimo, una vez al día. Su madre se quedó en casa con la boca del revés, columpiándose en la mecedora, a oscuras, susurrando algo, ¿qué?, no lo sabía, pero sus murmullos abanicaban el aire del salón y convertían la estancia en una especie de convento para el luto. Antes de subirse al coche, observó la persiana deshuesada sobre el alfeizar de la ventana. La vida no podía encontrarse en aquel sitio.

Su padre era, por entonces, una gran baldosa blanca succionada por la tierra. Lo miraba y pensaba en un cuadro perdido. Algo así debía de haber hecho la guerra de él. Alrededor, figuras de ángeles, lágrimas de piedra, el juego de las palomas, los utensilios del jardinero del sitio, nombres y fechas, cipreses, poemas. Una mujer joven, con un vestido blanco y unas botas negras, se inclinaba para recoger flores de las tumbas. Una mujer rotunda. Una mujer como una bandada de pájaros. Siguió su trayectoria con la mirada y pensó en el mar. El suelo del cementerio estaba mojado tras varios días de lluvia y ella iba dejando sus huellas en la tierra a medida que avanzaba. Él se descalzó y siguió las pisadas con cuidado de que sus pies cayesen sobre el rastro exacto de las botas. La mujer estaba sentada en un banco y acariciaba las flores. Él se acercó y vio que algunas de las flores aún conservaban sus raíces, así que se sentó también en el banco, cogió una flor, arrancó una raíz y se la ató al dedo. La mujer sonrió. Se llamaba Helena Vázquez.

Estuvo junto a Helena Vázquez cinco años, siete meses y tres días. Fue ella la que organizó el velatorio y el funeral de su madre y la que parió a su único hijo. Fue ella la que lo convenció para mudarse a la

ciudad. Fue ella la que le dijo que él hablaba del amor como si el amor fuese algo que guardar en una maleta. Fue ella la que le gritó a otra mujer que iba a acuchillarla si seguía mirando así a su hombre. Fue ella la que un día se metió en el mar y nunca más salió de él.

Varios años más tarde, él le explicaría a su hijo que su madre había sido como una gota de lluvia.

Desde que se mudó a la ciudad y hasta el día de su jubilación, trabajó en una fábrica de tornillos. La nave era oscura y fría y conservaba en su interior un olor a azufre que se adhería al cuerpo de los empleados y hacía que cualquiera pudiese deducir a qué se dedicaban. El hedor resultaba tan molesto que eran muy pocas las personas ajenas a la fábrica que mantenían relaciones con sus trabajadores. En algunos restaurantes existían zonas específicas para atenderlos y su propio hijo tuvo problemas en la escuela por el leve olor que iba desprendiendo en las aulas a causa de la convivencia continua con su padre. El papa llegó a enviar, desde Roma, una delegación de emisarios a la fábrica para investigar si aquella empresa podía ser una sucursal del infierno.

El olor a azufre hizo más fácil su soledad. Mantenía una vida sencilla de obrero despreocupado. A veces iba al cine, a las reposiciones de películas antiguas, porque, decía, le tranquilizaba comprobar que el pasado no podía cambiarse. Uno de los pocos amigos que mantuvo hasta su muerte fue el dueño de una galería de arte. Se habían conocido pocos meses después de su llegada a la ciudad, en una pequeña exposición retrospectiva de la obra del señor López, que comenzaba a ser estimada por algunos especialistas del género. Él se detuvo durante un tiempo insensato delante de una de las imágenes de su casi maestro y el galerista sintió curiosidad por aquel hombre. Estaban ante la representación de un fracaso, dijo cuando el galerista, que en la pared solo veía una nube rechoncha, se acercó. Discutieron durante horas sobre el trabajo de López. Fue la única vez que él entendió algo de lo que se exponía en el espacio sin la explicación del galerista, que acabó por convertirse en una especie de profesor para aquel tipo que olía a azufre.

Los años fueron desmigajándose, lo comprobó en las ventanas. La vida se le iba repitiendo día tras día como una cosa sin importancia. Su hijo creció y le dio nietos. Uno de ellos le hizo recordar a Martín Ordaz cuando le dijo que quería ser poeta.

Pensó que su existencia era un camino que lo iba obligando a agacharse.

Una tarde, después de regar las flores de su casa, se sentó en la mecedora del salón y comenzó a columpiarse con lentitud. Su voz se hizo leve, pronunciaba frases sin sentido, como si las palabras le saliesen de la boca al revés. El nieto se ponía de rodillas en la alfombra y lo observaba con los ojos hacia arriba. Su movimiento poseía la cadencia de los recuerdos. Afuera no llovía y las cosas del mundo parecían todas la misma cosa.

DAVID PUNGIN (Celanova, 1996). Escritor y periodista. Ha participado en las antologías *La sombra del tigre* (2021), tras quedar finalista en el V Certamen Joven de Relatos Tigre Juan; y *El veneno en el aire* (2021), de Ediciones Invasoras. Además, sus relatos han aparecido en las revistas *Almiar* y *Mugalari*.

Solución al problema ultramoderno de un mudo sin documentos

ANDRÉS PLAT

Aparece desnudo. Abre los ojos, se mira las manos y grita: no tiene voz. Alrededor, el sol del mediodía empalaga al campo y se oye el crujir de las bostas resacas. Pero la arboleda es tupida a orillas del arroyo y las chicharras cantan a la sombra. El hombre se agacha y bebe. A veinte pasos, hay dos caballos ensillados bebiendo también. De los matorrales surge un veterano barbudo y de camisa abierta. Hunde su sombrero en el agua y se lo pone en la cabeza. Exhala aliviado cuando el arroyo le empapa el cuerpo. Luego, se agacha y llena una bota de vino con agua. El hombre desnudo observa. Intenta hablar, pero la mudez permanece, así que aplaude tres veces.

—¡Carajo! —dice el gaucho dando un salto—. ¡Julio!

—¿Qué pasó? ¡Uno ya no puede mear tranquilo!

Julio es joven. Se abrocha el cinturón. Ambos se lo quedan mirando. El hombre desnudo mueve la boca en silencio.

—Me parece que es mudo, Braulio —dice Julio.

—A este le pasó algo. Le robaron o andá a saber —medita Braulio, rascándose la nuca—. Prestale la camisa para que se tape. Vamos a llevarlo a la estancia.

Julio le abre los ojos.

—¡Préstele usted!

Conversan mientras montan a caballo. Braulio solo, Julio descamisado y llevando al extraño.

—Este se afeitó hoy mismo —Braulio registra al mudo, que va perdido en el paisaje.

—Y está perfumado también —dice Julio.

—¿Nos entenderá?

El extraño asiente con una atención a medias, como si tuviera mayores problemas.

—Este debe ser de la capital, por lo emperifollado —dice Braulio.

- ¡Si anda en pelotas!
- Tiene ojos de hombre de mundo.
- Ojos tristes.

Llegan a un viejo casco de estancia, pintado con cal. Sobre la entrada hay unas letras en relieve que indican Santa Blanca. Sale un señor panzón, calvo y de bigote. Tres niños miran por la puerta abierta. El estanciero conversa con los dos gauchos, que le relatan el encuentro con el hombre desnudo. Se muestra de acuerdo en ayudarlo. Lo lleva adentro y le presta ropa: una camiseta de algodón, vaqueros y unas chancletas. No combinan con su pelo engominado y rostro de pergamino. Los niños lo notan y se ríen. Pero el hombre, ahora vestido, está petrificado, como quien ha visto algo horrible y no lo puede explicar: tiene los ojos fijos en el televisor plano a color, donde se emite un partido de fútbol. Se acerca y toca la pantalla con el dedo. Ante esto, el señor calvo lo aparta de allí por el brazo. Luego, le da un lápiz y un papel y le pregunta quién es y a dónde puede llevarlo. El hombre ahora vestido escribe con tal fuerza que rompe la hoja. El señor lee, levanta una ceja y le hace un gesto con la cabeza para que lo acompañe.

Se suben a una camioneta de carga y arrancan por el camino de tierra. Mientras el bigotón conduce, el hombre enmudecido escribe sin parar en el papel y lo pone frente a la cara del otro, que lo aparta con el brazo.

—¡Quieto que estoy manejando! ¡Que seas mudo no da derecho!
—El mudo resopla y mira por la ventana—. ¿Así que Carlos, eh?

Carlos asiente. De pronto, le nace una sonrisa blanca y reluciente y hace un ademán con la mano. Como un mimo, abandona la sonrisa y vuelve a la tristeza. El estanciero levanta las cejas.

Llegan a una ciudad pequeña y Carlos mira los autos, la ropa y gira la cabeza para todos lados como un perro. El bigotón estaciona frente a la comisaría. Suben los escalones del cuartel de estilo colonial y se presentan ante el mostrador.

- Buenos días, ¿qué se les ofrece? —dice el policía.
- Este señor apareció desnudo en mi campo.

Carlos observa el monitor de la computadora del agente. Intenta tocarlo, pero el policía le aparta la mano.

—¿Desnudo?

—Sí. No habla, pero dice ser Gardel.

—¿De apellido?

—No, no. Carlos Gardel.

—¿Cómo?

—Lo escribió en este papel.

El funcionario lo toma y lo lee. Empieza a reír y llama a sus compañeros, que están comiendo bizcochos en la oficina de atrás.

—Muchachos, hay un tipo acá que dice que es Gardel. ¡Y es mudo!

Dos policías aparecen y se lo quedan mirando.

—La verdad que tiene un aire.

—¿Un Gardel que no canta?

—Mal personaje eligió el mudo.

—¡Pero qué triste está!

El bigotón se impacienta.

—Bueno, se los dejo que tengo trabajo —dice con desprecio—.

Buena tarde.

Sale dejando a Carlos ahí plantado. Este ensaya una sonrisa y pide lápiz y papel con un gesto. El agente, entretenido, le da un cuaderno y un bolígrafo de plástico, que Carlos examina antes de ponerse a escribir sobre el mostrador.

—¿Documento de identidad no tenés, Carlitos?

Carlos asiente y sigue escribiendo.

—Si el bigote dijo que apareció desnudo.

—¡Capaz que lo tiene en el puño!

—O quién sabe.

Carlos suspira y le estira el cuaderno al policía, que se pone los lentes haciendo fuerza con los ojos para leer, mientras responde a las preguntas:

—Sí, estamos en Tacuarembó... Hoy es veinticuatro de junio del dos mil veinticinco... Y sí, sabemos quién es Carlos Gardel, ¡no vamos a saber! Lo seguro es que no sos vos —dice y le devuelve el cuaderno—. Mirá, ahora te vas a calmar y te vamos a llevar con un equipo de salud mental para que te evalúen.

Carlos, espantado, respinga y sale corriendo a toda velocidad, doblando a la derecha hacia la estación de trenes. Los tres policías lo

siguen hasta alejarse unos pasos de la comisaría. Entonces se detienen y dan la vuelta, oyendo al chancleteo del mudo alejarse.

—Bueno, un loco más, un loco menos —dice el agente, mientras vuelven por los bizcochos.

La estación está desierta y el yuyaje crece sano entre las vías oxidadas y los durmientes podridos. Carlos vuelve a la calle, donde consigue las indicaciones hacia la estación de ómnibus. Camina seis cuadras hasta que lee: «Bienvenidos. Terminal Carlos Gardel. Tacuarembó». Va hasta una ventanilla, saluda a la señora que atiende y escribe en el cuaderno que le dio el policía: «Uno a Montevideo».

—Son mil ochenta y ocho pesos.

Entonces se da cuenta de que no tiene dinero e intenta explicarse. Escribe que es Carlos Gardel, pero la señora le pide que le permita atender a los demás clientes que formaron una fila. Carlos va al baño, se lava la cara y se peina con la mano mojada. Se rinde ante un rulo que se rebela. Sale y se sienta en el escalón de la puerta a llorar, apoyando la cara en las manos.

Pasan cinco minutos hasta que una joven de veinte y algo se detiene junto a él.

—Hola, ¿estás bien?

El mudo niega con la cabeza y levanta el rostro, mirándola con ojos negros e indefensos. Empieza a hablar, pero no le sale la voz.

—¿Sos mudo? Escribime en tu cuaderno —dice ella, y se sienta junto a él—. Soy María, María Yáñez, ¿y vos? Me parecés conocido.

Él escribe en su cuaderno, con letra cursiva perfecta: «Soy Carlos Gardel». Arranca la hoja y se la da a María, que la lee y se la devuelve. Ella se ríe en voz alta.

—¡Es cierto! A él me hacés acordar. La verdad que tenés un aire, aunque sos más... ¿Terrenal? No sé cuál es la palabra. Estás más baqueteado —se guarda el papel en el bolsillo de la camisa—. Perdón, es un decir.

El mudo frunce la nariz ofendido, aunque siente en el paladar el lunfardo, dulce y amargo a la vez. Escribe en otra hoja: «Tampoco me creés, pero es la verdad». María va leyendo a medida que Carlos escribe. «Estaba en un avión. Recuerdo que me mareé y todos gritaban. Luego,

me desmayé y desperté en el campo después de un sueño sin color ni sonido». Al terminar, la mira expectante.

—Perdón, no puedo creerte —dice ella, mirándolo a los ojos. Le pone una mano en el hombro—. Pero quiero ayudarte, ¿qué pensás hacer?

Escribe: «Ir a Montevideo, después a casa, a Buenos Aires, a ver si queda algún amigo».

—¿De aquella época? No debe quedar ninguno. Y si lo hubiera, sería un matusalén, lo siento.

Él asiente y suspira. María duda un momento. Se pone de pie y dice:

—Mirá, para que no duermas en la calle, venite conmigo a Montevideo. Yo vivo ahí con mi novio. Allá vemos cómo ayudarte. Él es historiador y está obsesionado con la historia del tango.

Carlos sonríe al fin. Asiente, se levanta y se pone la mano en el corazón en señal de agradecimiento.

—Dos a Montevideo, por favor.

El bus avanza lento por la Ruta 5. A su derecha ven el Cerro Batoví.

—¿Sabías que Batoví significa seno en lengua guaraní?

Carlos ve por la ventana al Cerro Batoví con su pezón de piedra apuntando al cielo. No reacciona. María lo estudia.

—Volver, entonces. ¿Para qué?

Carlos niega y escribe: «No quería volver. Quiero irme a 1935. De Medellín a Bogotá y de Bogotá a Nueva York». La mira unos segundos y escribe: «¿Me creés?».

—Todavía no —dice María.

Carlos vuelve a mirar la ventana.

—Pero si te sirve de algo, el avión en el que ibas se estrelló y se prendió fuego.

Él apoya la frente en las manos

—Bueno, bueno. Entiendo que no fue voluntario tu viaje al presente. Contame cómo fue.

Escribe: «Ya te expliqué: desperté desde la nada, desnudo y sin voz».

—¿No seguirás soñando?

Carlos mueve los labios. Luego, mira hacia la ventana y el viaje se hace largo y se va quedando dormido.

Despierta con la cara apoyada en la ventana y ve las luces de la ciudad, que dibujan el cerro como un diamante y el puerto como un collar de oro. María lee un libro a su lado.

—Ah, te despertaste. Estoy estudiando —Carlos le hace un gesto inquisitivo y María continúa—. Estudio Letras en la Facultad de Humanidades. Ya te voy a llevar, es un lugar increíble. Mi novio es historiador ahí, trabaja en una tesis que puede interesarte.

Tras salir de la estación, Carlos admira los carteles luminosos, los teléfonos celulares que alumbran las caras de los peatones, la ropa aún más plástica y colorida que en Tacuarembó. Caminan hasta el centro por la avenida principal, plagada de ultramodernos. Carlos se dobla ante los edificios de piel de vidrio y añora las casas que fueron derrumbadas, en un llanto silencioso que solo María ve.

El apartamento está a una cuadra de la Plaza de los 33, frente al cuartel de bomberos. Mientras María busca las llaves, se oye una sirena muy aguda y prolongada y un camión, del que cuelgan bomberos y escaleras, pasa a su lado a toda velocidad pintando la cuadra de rojo.

—Los odio —grita ella por encima del ruido, empujando la puerta de hierro. El mudo sigue tapándose los oídos. Un hombre muy anciano duerme sentado frente a un pequeño mostrador de madera, sobre el que suena una radio de antena. Se oye la voz desde el más allá: «Clarín AM 580, transmitiendo música típica y folklórica para la cuenca del Plata y para el ancho mundo. Ahora, el programa más escuchado del dial uruguayo. Como a todas las horas pares, en Clarín, canta Carlos Gardel».

—Él es Eduardo, se está por jubilar —María señala al portero, pero Carlos toma la radio e intenta llevársela, hasta que ella lo agarra del brazo y lo obliga a dejarla.

En la tercera planta, María abre la puerta de un apartamento pequeño, con piso de madera, paredes blancas y alfombras rojas.

—Por suerte tenemos dos cuartos. Vas a compartir con Tiranosaurio.

Un gato negro y gordo se asoma y se le queda mirando. Atrás aparece un joven de lentes y pelo largo atado en una colita.

—¿Y este? —dice el chico.

Carlos lo mira y frunce el ceño. «¿Cómo este?». Gesticula: «más respeto».

—¿Qué le pasa? ¿Por qué me hace así?

—Es mudo.

Carlos niega, frustrado.

—Perdón, está mudo. —María abre los ojos al mudo como diciendo «no jodas». Luego, se vuelve a su novio—. Ahora te explico. Pero, ¿por qué no me saludás? Sos un mala onda.

—Perdón, amor. Hola, ¿qué tal Tacuarembó? — el joven se le acerca y le da un beso breve.

—Bien, el abuelo anda bárbaro, la abuela pesada como siempre, bien también.

—Bueno, ¿y él? ¿Y esta presencia que aportaste? —dice apartándose de ella.

—Él es Carlos.

—Yo soy Adrián —dice el tipo. El mudo le extiende la mano. Adrián se la estrecha y lo mira serio, luego se vuelve a María—. ¿Quién es?

—Estaba llorando en la puerta de la terminal.

—Ay, María.

—¿Te cuento o no?

—Dale, contame.

—Lo encontré en la estación. Me dijo que es Carlos Gardel.

—¿Le creíste...?

—Dice que viajó en el tiempo, justo antes del accidente de avión.

—¿Y le creíste...?

—No.

Adrián se empieza a reír.

—La que viajó fuiste vos —sigue riendo hasta ver la cara seria de María—. ¿Por qué me mirás así? ¿Es en serio?

—Bueno, eso dice él, no te rías. Puede ayudarte con la tesis, capaz.

—¿Cómo va a ayudarme? —Adrián ojea a Carlos, que le levanta una ceja. Se vuelve a María—. ¿Te volviste loca?

—Lo traje más por vos que por mí. Estás obsesionado con eso.

—¡Ya empezás con lo de obsesionado! ¡No estoy obsesionado, es mi trabajo!

—No grites.

—Perdón, yo sé que tenés buenas intenciones. Que querés ayudarme con la tesis y de paso hacer beneficencia, pero dejarte engañar con ese cuento por un vagabundo mudo —mira a Carlos, que tranquilamente lleva la mirada de uno a otro—. Es tu nuevo récord.

—¿Récord de qué?

—De ingenuidad.

—Miralo bien. Es muy parecido. Si llega a ser él, ¿vamos a ser nosotros los que lo echamos a la calle?

—María, un historiador que se precie no cree ni en médiums, ni en viajes en el tiempo.

—Ya le dije que podía quedarse, no lo voy a echar a la calle. ¡Lo traje desde Tacuarembó!

—¡Podría ser un psicópata!

—¡No me grites, Adrián! Esta es mi casa. Gardel se queda.

—¿Gardel? ¿Me estás jodiendo?

Gardel se excusa y busca la puerta, pero María lo retiene del brazo.

—¡No! —dice y se vuelve a Adrián—. Confío en él. Es buena gente. Algo le pasa, obviamente, pero no es peligroso.

—¡Bueh! Pero voy a dormir con la puerta trancada.

Adrián exagera un suspiro caprichoso y se encierra en el cuarto dando un portazo. Gardel mira a María reprobando a su pareja.

—Es pesado, sí, pero muy inteligente.

Él gesticula: «Déjalo». María sonrío.

—Capaz que tenés razón.

Carlos le extiende un papelito con su letra: «Quiero ir a Buenos Aires, a mi casa».

—Tu casa es un museo ahora. Ya irás. Ahora ayudame a tenderte la cama.

Van juntos a una feria a comprar ropa usada. Carlos opta por un saco, dos camisas, zapatos y un sombrero negro. «¡Grande, Carlitos!», le gritan por la calle, y él saluda y sonrío como siempre, indiferente a que lo crean un imitador. Pasean y visitan la calle en la que vivió y fue a la escuela. Se emociona al ver el cartel que señala la Calle Carlos Gardel. En la casa de

la esquina hay un gran mural con su cara, rodeada de un arcoíris de tambores y flores pintadas. Una santa rita púrpura brota en el lugar de una baldosa y les hace sombra. De fondo, el mar dulce.

Al mediodía van a la oficina de identificación civil para hacerle un documento, pero la joven que los atiende les asegura que es imposible sin una partida de nacimiento.

—¿Y si no tiene?

—¿Cómo puede ser que no tenga? Que vaya a la comisaría donde nació y la pida.

—¿Y si vive muy lejos?

—Tiene que ir y pedirla.

—¿Y si es un bastardo? ¿O acaba de llegar de un viaje en el tiempo? ¿O no tiene un peso?

La muchacha mira a María con fastidio. Gardel se ilumina y chasquea los dedos. Saca el cuaderno y escribe un número. Arranca la página y se la extiende a la funcionaria.

—Este no es un número válido de documento.

—¿Y si nació en el siglo diecinueve?

—Miren, sin la partida de nacimiento no puedo hacerle el documento.

—¡Qué país! —dice María, y se van.

De tarde van al hipódromo, pero Gardel se angustia al ver cómo ha cambiado todo. Se queja con María de que la gente perdió el estilo.

—Cada época tiene el suyo propio —reflexiona ella.

De noche van a ver un partido en el Estadio Centenario, un amistoso entre Uruguay e Italia que termina en empate. Gardel tampoco entiende que la mayor parte del público use la camiseta del equipo en vez de vestir formales, y le sorprende el nivel de grosería de los insultos que dedican al árbitro.

—¡Grande, Gardel! —le grita un tipo con la boca llena de choripán.

—Te dije que te pusieras la camiseta —le dice María, que sí lleva puesta una y no aparta la vista del juego—. Voy a convencer al portero de que se jubile de una vez. Precisés plata si querés viajar.

Al otro día, María convence a Carlos de asistir al seminario de Adrián, en el que van a debatir sobre la tesis que lo obsesiona. Adrián aparece desde la cocina y los interrumpe:

—No estoy obsesionado con la verdad. No me importa, da igual. Gardel vivió desde chico en Buenos Aires, eso está claro. La tesis es sobre la elaboración histórica —enfatisa estas dos palabras—, la imposición de mentiras por interés. La creación del mito. ¿Por qué nos esforzamos por tener el poder de la verdad? ¿Qué deseos íntimos hay detrás de los historiadores que sostienen tal o cual tesis? Es una tesis sobre la propia elaboración histórica.

—¿Viste que estás obsesionado?

—Creo que me gusta estarlo. A ver, a ver, hipotético Gardel, de una vez: ¿dónde naciste?

Carlos gesticula abriendo las manos: «Tacuarembó».

—¡Lo mismo que dijo siempre en vida! ¡Lo que indicaban sus documentos y lo que declaraba en las entrevistas! —se exalta Adrián.

—No grites. ¿Y no acabás de llamarlo hipotético?

—Sí, bueno. Sigue siendo una buena señal que nuestro Gardel mudo coincida.

Carlos se frustra y gesticula: «¡Soy yo!». Adrián lo mira rascándose la barba, alza los hombros y vuelve a la cocina a revolver el tuco, mientras María le grita desde el sillón:

—¡Qué deseos íntimos tendrás vos!

Dos días después, Gardel está sentado en ronda en un salón de la Facultad de Humanidades. Accedió a ir si también iba María. Ella está a su lado. El docente escucha las propuestas de investigación de los estudiantes. Cada uno expone en su turno, hasta que le toca a Adrián. Se aclara la garganta y empieza a exponer las teorías sobre el lugar de nacimiento de Gardel y su propuesta de llegar a una conclusión. Dice querer peticionar, aprovechando la visibilidad de las redes sociales, la prueba genética que el Gobierno argentino siempre ha negado a los investigadores, y promete hacer una campaña de denuncia pública si se niegan.

—¡Ah! —suspira el profesor—. Otro gardeliano obsesionado. No importa qué tan jóvenes sean, todos los años hay uno —Mira al techo, dramático—. ¿Cuándo terminará el suplicio?

—¡No estoy obsesionado! Quiero mostrar la verdad.

—Bueno —se resigna el profesor—, peores los que escriben ficción y confunden aún más el asunto. Aprecio tu vocación científica, pero ¿qué hay de nuevo en tu trabajo?

—La prueba genética.

—¿Y por qué harían ahora la prueba genética?

Adrián balbucea algo sobre las redes sociales. A Gardel se le encienden los ojos y codea a María, escribiendo en una hoja: «¡Prueba genética!».

—¿Te pensás que así te van a creer? —le susurra María.

El profesor les llama la atención.

—Silencio por ahí. Ustedes no son estudiantes de esta carrera, ¿cierto?

—No —dice Adrián—. Ella es mi novia, María, y él es un amigo suyo.

—¡No! —dice María—. Quiero decir, sí, soy pareja de Adrián. Por ahora. Pero este hombre no es mi amigo. Lo traje porque está seguro de que es Carlos Gardel.

Con mucho estilo, Carlos hace un gesto de asentimiento con la cabeza y reluce su sonrisa. El resto de los estudiantes murmura.

—¡Silencio! —los calla el profesor, y se oye una risotada escapar de una nariz—. Bueno, gardelianos hay todos los años, pero esto nunca lo había visto. ¿Usted dice ser Gardel? No le niego que tenga un aire — luego, voltea hacia Adrián—. A ver, ¿cómo sería eso posible?

—No me mire a mí —contesta él.

María mira enojada a su novio y se dirige al profesor:

—Dice que viajó en el tiempo desde 1935.

Los estudiantes ya no disimulan las risas y hablan entre ellos en voz alta, hasta que el profesor los calla otra vez.

—Que cante algo —dice una alumna.

—No puede, quedó mudo al llegar del viaje —responde María.

—Qué conveniente —dice el profesor—. Pero, ¿ustedes creen eso?

—Yo no —suelta Adrián.

—Yo tampoco —dice María, y nota la mirada decepcionada de Carlos—. Todavía. Y quiero aclarar que soy estudiante de esta Facultad.

—Pero no de esta carrera —retruca el profesor.

—No, de Letras.

—Ah —dicen a coro los estudiantes de Historia.

Gardel se desespera y empieza a silbar. Recuerda que no necesita las cuerdas vocales para hacer música. Empieza a tirar melodías en frenesí, cerrando los ojos y chasqueando los dedos, mientras marca el ritmo con una pierna, sin levantarse del banco.

—Muy impresionante —dice el profesor—. Es un gran imitador, ¡y mudo! ¡Bravo! Creo que no deberíamos permitir más oyentes externos en estas instancias. Ahora, a lo nuestro. ¿Preguntas para Adrián?

Gardel se molesta por la interrupción e intenta protestar, pero un estudiante levanta la mano y trae al caso el carácter patriotero de estas investigaciones, que le parece no llevan a nada. Otra le replica que es un disparate que un académico en Historia piense así: siempre hay que investigar y, en este caso, se indaga en la construcción del mito.

—Es una uruguayada —responde el primero—, ¿quién cree en los países?

—Yo creo —le dice la otra—. Como si no afectaran tu vida.

—Si la gente como vos no creyera, no me afectarían.

—¡Siempre hablás de lo mismo! ¡Pesado!

—Bueno, calma, no empecemos —los corta el profesor—. Escuchemos qué tiene que decir el postulante al respecto.

Adrián se pone de pie y entrelaza las manos frente a su pecho.

—Preparate que ahí viene —le susurra María a Carlos.

Adrián carraspea y habla:

—Discrepo con el compañero internacionalista. En este tema hay investigadores argentinos que sostienen la tesis uruguayista y uruguayos que sostienen la francesista. No se trata de eso —libera las manos y comienza a gesticular—. La lucha es entre criollismo y afrancesamiento. Entre la cultura popular rioplatense y una capital que miraba a París y a Nueva York. De la identidad frágil de los pueblos, desconfiados de sí mismos y de la posibilidad de que entre ellos naciera un Gardel. ¿Cómo la primera superestrella mundial iba a nacer en Tacuarembó? ¿Cómo un símbolo de la identidad argentina iba a ser oriental, de ese espejito quebrado por ríos —Adrián se va disminuyendo y mira al suelo. Algunos se ríen burlones, pero callan cuando alza el índice y la cara al cielo— y no de la gran Francia? ¿Cómo no negarle a Gardel su propia verdad, lo que siempre dijo en vida, que aparece en todos sus documentos, con tal de hacerlo nacer en Toulouse después de su muerte?

Se detiene. Sostiene el puño cerrado en alto. Va subiendo el tono de voz en la última pregunta hasta llegar al grito en la palabra muerte. Respira agitado y el pecho le empuja el abrigo. Carlos empieza a aplaudir y algunos estudiantes lo acompañan. El internacionalista cruza los brazos.

—Basta de aplausos —dice al fin el profesor—. Buena oratoria, muy dinámica. Pero para ser justos, te enfrentás a un auditorio favorable. A ver si defendés la misma tesis en la Universidad de Buenos Aires.

—Lo voy a hacer. Quiero doctorar ahí.

—Triunfar en Buenos Aires, ¿eh?

—Como Gardel y Natalia Oreiro.

La clase ríe. No esperaban este surrealismo que distiende el nervio común de las presentaciones orales. De pronto, todos miran a Gardel, que está cabizbajo. Un alumno compasivo se dirige a él:

—Pero entonces, ¿dónde naciste?

Gardel gesticula abriendo las manos: «¡Tacuarembó! ¡Tacuarembó!». El profesor lo mira detenidamente.

—La verdad que se le parece.

—Podría hacer plata como imitador —sugiere un estudiante desde el fondo. Los demás lo miran como a un extraterrestre.

—¿Plata? ¿En Humanidades? —dice la primera alumna.

—¡Ni países, ni dinero! —grita el internacionalista.

—Lo declaro buen imitador —dice el profesor, para salvar al potencial intruso capitalista—, pero que no ande diciendo que es Gardel porque lo van a mandar al manicomio.

Carlos se desespera, golpea la mesa y gesticula: «¡Soy yo!». Lo miran con una mezcla de miedo y lástima. Empieza a llorar y María se lo lleva.

En el baño, mientras él se lava la cara, ella le dice:

—Mirá, nadie te va a creer lo del viaje en el tiempo. Vas a tener que empezar de nuevo.

Gardel se apoya en la mesada con ambos puños y se deja caer hasta quedar de rodillas.

—No te pongas así, sos una leyenda y estás vivo para verlo.

Gardel escribe apoyado en la encimera del baño: «¿Entonces me creés?».

—Perdón, no sé mentir. Todavía no. Creo en tu convencimiento de que sos Gardel, pero no que lo seas. ¿Viajar en el tiempo? ¿Por qué? ¿Y justo encontrarte conmigo? Es raro.

Carlos vuelve al papel y escribe: «¿Y una prueba de caligrafía?». María se queda pensando.

Adrián viaja a Buenos Aires para presentar en la universidad unos pelos que le arranca a Carlos como prueba genética y una carta del propio Gardel, en la que solicita un examen de caligrafía, con la escritura a mano de la carta como prueba. En ella, se explaya sobre la historia de su vida, con especial foco en el viaje en el tiempo y la urgencia de su reconocimiento. Dispuesto a arruinar su reputación académica, Adrián se despidió con las pruebas semicientíficas en la mochila y toma un taxi hacia el puerto.

Esa semana, María y Carlos conviven cómodos. Carlos cocina, lava los platos y juega con Tiranosaurio. Que sea mudo es conveniente para el estudio de María. De a ratos le da por rasguear la guitarra y silbar, pero a ella no le importa porque es un excelente intérprete, y porque Tiranosaurio disfruta de acostarse frente a él a escuchar. Se ocupa de regar las plantas del balcón y de sus caminatas por la ciudad trae esquejes, que hace crecer en frascos con agua.

—Adrián te va a matar cuando vea la cocina llena de frascos.

Carlos se encoge de hombros y sigue silbando.

Cuando Adrián vuelve del viaje a Buenos Aires se encuentra a Carlos, que lo recibe en el vestíbulo escuchando Radio Clarín, vestido con una túnica azul en cuyo pecho tiene bordado su nombre, en letras doradas.

—Te veo bien —dice Adrián.

Gardel lo abraza alegremente y lo interroga a gestos.

—Me dijeron que en dos semanas están las pruebas. La de genética es complicada porque tienen que... Bueno, desenterrar los restos de Gardel del Cementerio de la Chacarita. Hay que pedir permiso al Gobierno. No me aceptaron los pelos. Fue una mala idea, perdí credibilidad.

Adrián calla, pero Carlos insiste.

—Lo de la caligrafía lo van a hacer en la propia universidad porque no precisan permiso para hacerlo. Me miraban como a un loquito, pero creo que les dio curiosidad.

Carlos asiente serio y le da una palmada en el hombro a Adrián: «Gracias».

El primer sueldo lo gasta en un viaje a Buenos Aires, que hace ese mismo fin de semana. Al atardecer del viernes se toma el barco. Tres horas después, se abalanza hacia la ciudad grandiosa, que despide un rayo hacia el cielo, como una llama de luz que brota del agua oscura del río. Carlos baja en los muelles y camina por la Avenida Brasil, pasa por el Parque Lezama y se mete a la derecha por San Telmo hasta llegar a Plaza de Mayo. Va paciente, mirando todo y lanzando suspiros. Llega por la Avenida de Mayo al Congreso. A tres cuadras, en la Calle Uruguay 162, vivió cuando niño, en un conventillo con su madre. Sigue tres cuadras hasta la Avenida Corrientes y dobla a la izquierda. En esas esquinas vivió hasta los treinta años. Recorre varias cuadras por Corrientes hasta el Mercado del Abasto. Camina por su flanco y a la vuelta se encuentra con su casa.

La fachada está igual: es una típica casa chorizo, con una puerta y dos ventanas. Pero adentro todo está cambiado. Para empezar, una joven le cobra la entrada y le avisa que están por cerrar. La mayoría de sus cosas ha desaparecido y las que están son expuestas en unas vidrieras, por lo que no puede agarrarlas. La selección de objetos le parece demasiado íntima en algunos casos: hay notas escritas por él y un retrato de su madre. Las paredes están llenas de fotos suyas, a veces solo, a veces con personalidades reseñadas en letreritos. Recuerda con extrañeza los momentos en que se tomó cada una de esas fotografías.

Sale un poco decepcionado. Tenía como plan tocar la puerta a algunos viejos amigos, a ver si al menos quedaban allí sus familiares, pero pierde toda esperanza. Entra a un hotel anticuado, en decoración y en atención al cliente, y pide una habitación.

Al otro día, se sienta a desayunar en un bar y mira gente pasar por los alrededores del mercado. Esa tarde no hace más que caminar, sentándose a descansar en un banco cada tanto. De noche, cena cerca del Obelisco. Mira a su alrededor y le da un escalofrío. En una servilleta escribe: «No se puede volver». Proyecta emborracharse en un bar, pero está desganado y se va a dormir. El domingo temprano se toma el ferry de

vuelta a Montevideo. Cuando llega al apartamento, saluda a María y Adrián. Les pregunta si ya le creen. Ante la negativa de ambos, se instala en el balcón a ver las plantas con Tiranosaurio.

—Somos lo único que tiene —dice Adrián, mirándolo.

—¿Te das cuenta? —sonríe María.

—¿Por qué sonreís? ¿Le creés?

María tuerce la boca y no contesta. Adrián la abraza.

María se despierta con una llamada de Adrián.

—Acaban de llegar los resultados —dice la voz en el teléfono.

María observa el techo y demora en poder articular palabra. Respira hondo.

—¿Ya? —alcanza a decir bostezando.

—El estudio genético lo negaron.

—¿Y el otro?

—El caligráfico probó que la carta fue escrita por Carlos Gardel.

Ella tira el aparato y de un salto corre a la otra habitación. Tiranosaurio duerme en la cama tendida. Las cosas de Carlos no están. María sale, vestida con la camiseta estirada que usa para dormir. Baja las tres plantas por la escalera. Encuentra el vestíbulo desierto, la radio en silencio sobre el mostrador, el uniforme de portero colgado de un gancho. Sale y el sol le da en la cara. En la vereda no hay nadie.

Una vecina se asoma por el balcón:

—Se fue. Hace rato ya.

De vuelta en el apartamento, María se sienta a hacerle mimos a Tiranosaurio. Cuando el gato jugando se voltea, descubre una carta escrita por Carlos. Despliega la hoja. En un párrafo le agradece y se despide en el otro.

La mañana es fresca y los silbidos del hombre forman nubes de vapor. Oye la aproximación de un auto y se voltea, extendiendo el brazo derecho con el pulgar apuntando hacia arriba. Lleva consigo una mochila y una guitarra. El conductor lo saluda, pero sigue de largo. El sonido del

motor se desvanece. Vuelven a cantar los pájaros y el hombre retoma sus pasos junto a la carretera, silbando con ellos y sintiendo la certeza de que no hay vuelta atrás.

ANDRÉS PLAT (Montevideo, 1993). Es magíster en Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido camarero, músico y videógrafo, aunque en la actualidad se dedica de lleno a la escritura. Publicó la novela *Corazón de sal* (2023) y está inmerso en la edición de la segunda, *Anima Mundi*. Se desempeña como editor y corrector en la cooperativa editorial Gen del Mal.

Decías que el color era importante

DANIELA VICCIA

I

Las palabras resuenan cuando te despertás en el sillón de tu apartamento a una hora indeterminada. Te quedaste dormida después de cenar y los platos sucios, pintados con los restos de la cena, te observan. Junto a ellos, hay tres botellas pequeñas.

El sueño fue muy vívido, así que te sentás. Te invade una sensación de urgencia que no podés justificar. Sentís que has olvidado un elemento crucial, pero no podés ponerle nombre.

Tenés que tranquilizarte. Mirás tus uñas, cubiertas de un celeste brillante, el de uno de los frascos. Volvés a observar los tres recipientes que trajiste del laboratorio. Te decís: «Adela, estás divagando». Tenés un trabajo que coquetea con la ciencia y el futuro. No es la primera vez que te lleva a cuestionar tu realidad.

Los recipientes contienen los colores como ungüentos radiactivos. Son psicodelia vertida en frascos de esmalte de uñas. Levantás uno de ellos, lo inspeccionás bajo la luz. Es un biopolímero. Nitrocelulosa en un disolvente. Acetato de etilo. Lo viste antes en el laboratorio, bajo la luz del microscopio.

Desenroscás la tapa negra y corroborás con tus sentidos lo que la química ya te ha revelado. Arrimás la nariz. Fruncís el ceño. Conocés este olor. Las nanopartículas y sus neurotransmisores que flotan dentro son invisibles al ojo humano.

Tanteás la realidad. Te ponés de pie. Pasás los dedos por tu biblioteca, ladeás la cabeza y ves los títulos de tus libros. Química, nanotecnología, inteligencia artificial. Bioquímica del futuro, reza uno. Los biomateriales: sustancias inteligentes y su aporte a la industria. Alzás el marco de fotos donde te ves quince años más joven, a Mercedes y a todo el equipo de científicos con el que ganaron el primer premio de la Feria de Ciencias de Tecnópolis en el año 2037. Te tiemblan un poco las manos. Volvés a ponerlo como estaba.

Repasás lo que ya sabés: Adela García, cuarenta y dos años, hija de Alberto y Marta García, nacida en la provincia de Corrientes, Argentina.

Trabajás para Nanopaint, la reconocida multinacional que fabrica sustancias inteligentes para el mercado global y los comercializa por medio de todas sus subsidiarias. Te contrataron para diseñar un producto sintético para las paredes que hacía que las habitaciones se enfriaran durante el abrasador verano europeo. Te dieron una plaquita de mierda, un contrato y un departamento amueblado en Berlín. Dijiste que sí hace seis años. Ya habían pasado varios desde la Caída en Argentina y sabías que no ibas a ver al país recuperarse de la contaminación, del saqueo ambiental de las empresas extranjeras y del derrumbe económico y social que le sucedió. Viste tu mejor oportunidad y la tomaste.

Tu hermana Mercedes no te perdonó la partida. A Merce le gustaba susurrarte al oído cuáles eran las decisiones correctas para ambas; te advertía para que no te equivocaras. Siempre velaba por tu propio bien, incluso cuando vos eras incapaz de verlo. Quizás, esa fue la verdadera razón por la que te fuiste.

A Nanopaint le gustó mucho lo que ofreciste, así que te sacaron de Argentina y te llevaron a Alemania. Allí, en sus laboratorios immaculados, te exprimen, le sacan el jugo a tu cerebro bioquímico para que diseñes más juguetitos bonitos que puedan venderle a sus clientes. Pintura que huele a durazno para la habitación de un bebé, recubrimiento de aviones que aligera el peso de la aeronave, barniz de vajilla que conserva el calor de los platos en una cena elegante. Los productos de Nanopaint van desde pintura para autos hasta esmaltes de uñas como los que tenés delante. Hurtaste los tres frasquitos del laboratorio de Berlín. No fue un impulso.

Todo comenzó con el primero de tus sueños, meses atrás. Fue la semilla que plantó en tu mente la idea de los esmaltes y las memorias. Luego, comenzaron los experimentos. En tu vigilia de madrugada, comenzaste a oír tu voz, o la voz de Mercedes, quizás. No sabés si eras vos o ella porque hace tanto que no ves ni sabés de tu hermana que no estás segura.

Te asalta el temor de que puedas estar envenenándote con tus propias porquerías experimentales. ¿Qué será de esos ecos que te hablan en sueño, de ese secreto esquivo que te susurra en el limbo del despertar? ¿Qué será de todo ello si la intoxicación te puede, Adela? Siempre estás tan cerca de verlo. Un poco más, te decís. Un poco más cerca de la muerte.

II

Hace unas horas, llegaste del laboratorio a tu casa con tres botellas escondidas en tu bolso. No dejabas de oír nuestra voz y la de Mercedes en tu cabeza. Conservabas lo que tu hipocampo quería que recordaras de tus sueños. Intuís que la respuesta está relacionada a la sustancia, trabajar con ella tiene que estar teniendo un efecto en tu cerebro. La única manera de cerciorarte es usándola, pero el protocolo jamás te hubiera autorizado a una práctica tan riesgosa.

Nadie se iba a enterar si te los traías una noche. Además, ya han hecho pruebas en animales y no les ha pasado nada extraño. Su comportamiento se ha vuelto más errático, sí, aunque también el tuyo. Pensás que quizás ya no puedas salvarte de los efectos que Kairós está teniendo sobre vos y sobre tu cuerpo.

Preparaste la mesa, cenaste y, cuando lograste reunir coraje, decidiste pintarte las uñas. No sabías por cuál empezar. Los tres te resultaban familiares, especialmente el rosa, porque en tus años adolescentes, Merce y vos amaban pintarse las uñas de ese tono. Empuñaste el frasco, luego volviste la vista hacia el aguamarina y el rojo. La pasión y estridencia de este último te chocaron, así que lo descartaste. Sin embargo, había un dejo nostálgico e infantil en el celeste que te hizo devolver la primera botella a su lugar. Es el tono de las piscinas, como la que tenían tus papás en Corrientes.

El gel turquesa cubrió la uña. Sabías cómo hacer esto, eras metódica: pinceladas firmes, dos capas idénticas una tras otra. Meñique, anular, medio, índice y pulgar. Tu respiración comenzó a acelerarse. Había una parsimonia anticipada a tus movimientos.

Parpadeaste. La sala estaba brillante a pesar de la oscuridad. Tus dedos se veían nítidos. Diez perfectas ventanas de color. Por un instante, todo tu campo de visión se tornó celeste. El cloro perforó tus fosas nasales; los muebles se derritieron y se desdibujaron para trazar una cuadrícula. Eran cerámicas que podías contar. Tus brazos estaban fríos y ligeros, se movían con una lentitud cetácea. Tu cabello volaba sumergido en el agua y sobre tu cabeza, el sol se colaba filtrado por la superficie inquieta de la pileta.

Emergiste, te agarraste de las piedras mojadas, saliste fuera del agua. Descubriste tus manos, pequeñas y adolescentes, torpemente pintadas de turquesa. Aún no habías desarrollado la habilidad de

pintarlas sin que te temblara el pulso. Del otro lado de la pileta, Mercedes te enseñó las suyas e hizo tintinear las pulseritas de sus muñecas delgadas. Mamá nos llamó dentro porque estaban por fumigar otra vez.

—Hace calor —dijo nuestra hermana.

—Cada año hace más calor —respondió nuestro fantasma.

Estabas presa dentro de esa niña como si fuera un traje de astronauta, protegiéndote del pasado corrosivo.

El recuerdo se aferró más a tu mente. Mercedes y nosotras entramos a la casa. Mamá cerró las ventanas. Encendió la tele; hablaban de los fuegos salvajes en el Chaco. Los primeros, sin saber que se convertirían en un desfile anual. Abajo, una cinta azul deslizaba las cifras de la inflación, el dólar borboteando día a día como un volcán a punto de estallar. Nadie hubiera dicho ese día que, seis años después, deberíamos abandonar la provincia y el campo para ir a la ciudad, a causa de los incendios rurales y de la nube tóxica de los pesticidas. Tampoco que viviríamos con miedo en las ciudades, plagadas de robos, violaciones y asesinatos. Los presagios eran insignificantes motas de pintura, mientras comíamos sándwiches de jamón y queso y tomábamos la chocolatada.

Nuestra madre se quejaba de las noticias. Lo haría los próximos trece años hasta que muriera, sin ver ningún cambio. El fuego se comerá su casa y nuestras pertenencias como si fueran un caramelo. Nos observo a ti, a mí y a nuestra hermana, y me recorre un escalofrío. Temblaste y la escena titiló ante nosotras, ambas mirando a través de la misma ventana desde distintos asientos en el tiempo-espacio. Antes de que se desvaneciera, bajaste la vista. Ahí estaban tus dedos. Tus uñas, turquesas como el fondo de una piscina, nos contemplaban.

III

Te estás preguntando quién te habla en estos sueños. ¿Será que Mercedes quiere decirte algo? ¿O el veneno de los nano-esmaltes te está comiendo el cerebro? ¿Qué será, Adela, la verdad o el final?

Volvés a pensar en tu hermana. Con el bloqueo comunicacional y mediático de Argentina después de la Caída, no volviste a saber de ella. Hay medios subrepticios, pero ella, tan víctima de su propio orgullo, jamás buscó contactarte.

Al verte, siento una punzada de triunfo. Ya diste el salto mayor.

Aunque vos todavía no has llegado hasta allí, querida Adela, yo sí. Para tu suerte, vos aún tenés tiempo de arreglar mis errores. Mis errores, bah, nuestros errores. Compartir un mismo cerebro a través del tiempo y el espacio tiene sus ventajas. Sé que tu hipocampo ya está activo, que tus recuerdos pasados y futuros ya están vertidos en esas tres botellas delante de vos. Vos también lo sabés. Por eso te lo dije en tu sueño, cuando estabas más receptiva a conectar con tu memoria. El color es importante, Adela. Necesito que recordés, que vuelvas y veas hacia delante y hacia atrás, y lo prevengas.

IV

Ponés los frascos en fila. Vas a intentarlo de vuelta. Estás loca, pensás.

Elegís el rosa pitaya. Te seduce un placer inusitado cuando el magenta fluorescente cubre de vuelta tus uñas, como ojos que se abren hacia tus memorias. Intentás, pincelada a pincelada, que el color comience justo después de la cutícula. Das una caricia final de pintura a los rebordes.

Permanecés sentada como una india y esperás el efecto, las manos reposando con cuidado sobre las rodillas. De pronto, tus huesos comienzan a vibrar. Una consecuencia nueva. Otra vez temés haberte envenenado, especialmente cuando las paredes cambian de tono, y la noche europea se torna en la tarde de ciudad rioplatense. Tenés el sabor amargo del mate atorado en la garganta. Tus manos, ya disfrazadas de rosa, se mueven inquietas y le ofrecen el mate a tu hermana. Los ojos oscuros de Mercedes te estudian del otro lado de la mesa áspera y rojiza de algarrobo. Tiene ojeras y arrugas a pesar de ser joven aún. Las horas de trabajo gratis para el CONICET están pasándole factura. Te sorprendés de que aún te moleste tanto que Merce se deje devorar por la ruina de tu país.

—Adela.

La voz de Mercedes es escalofriante. Te recorre un arañozo sonoro, porque acabás de identificar el recuerdo en el que te has metido.

—Adela, no podés irte. Te necesito.

—Vení conmigo, Merce.

Hubo un punto, mucho antes de esto, en que Mercedes y nosotras éramos simbióticas. Lo compartimos todo en esta intoxicada y breve

vida: desde el líquido amniótico en el vientre de nuestra madre, hasta esmaltes de uñas cuando todavía vivíamos juntas en Argentina. De chicas, nos gustaba que mamá nos sirviera platos iguales o nos vistiera del mismo modo, con vestiditos floreados y media cola. Nos invitaban juntas a los mismos cumpleaños. Íbamos a citas dobles. Nos anotamos juntas en la Facultad de Ciencias Básicas y nos elegimos como compañeras de laboratorio. Cuando entramos a trabajar en el laboratorio de la bodega, fue cuestión de tiempo. Primero contrataron a Merce y, al año siguiente, cuando otro técnico químico hizo falta, nuestro nombre fue uno de los primeros en saltar. No quedaba mucha gente que quisiera ser profesional en Argentina después de la Caída.

Buscaste el punto exacto del quiebre incansablemente. A menudo te preguntabas cuándo habían comenzado a descascarar la pintura. Mercedes siempre te había tratado bien, había sido tu amiga incondicional en tanto te doblegaras a su voluntad. Ella hacía que fuera fácil decir que sí.

Hoy le anunciabas que Nanopaint te había hecho la oferta.

—¿Una fábrica de pinturas? Destruidores del planeta, eso son. Unos hijos de puta. Son todas corporativas finlandesas, Adela. Gente que le llena los bolsillos al político de turno, que los untan con guita para que les dejen instalar esas industrias acá y no en Europa, ¿vos en serio querés laburar para esos infelices?

—No es solamente eso. Es una oportunidad.

Mercedes siguió puteándote. Te preguntó para qué habían ido juntas a plantar árboles al Palmar después de los incendios, para qué habían marchado en contra del fracking y de la minería contaminante si ahora te ibas a trabajar para el demonio. Así era Merce, capaz de revolver en tu cabeza hasta que los colores fueran toda una sola amalgama, hasta que tus ideas quedaran diluidas y las de ella bien claras.

—¿Es por la torta que te van a pagar? No lo entiendo.

—No tenés que entenderlo. Te pido que lo respetés y ya está.

—Te estás vendiendo, estás traicionando nuestros valores. A tu país.

Las palabras te chorreaban por la boca sin que pudieran tomar forma. ¿Quién se creía que era para tratarte así? ¿San Martín? Maestría de química orgánica en un colegio público, ¿de qué le servían todos esos diplomas comidos por las polillas y las ratas, guardados en una caja de cartón? Y ni siquiera eso, porque habían estado en la casa de tus viejos

cuando los incendios del 42 las consumieron. Una envidiosa mediocre, eso era.

—¿Qué valores? ¿Dónde pensás que vivís, Mercedes? —le gritaste. Qué placer te provocó escupir las palabras en su cara, como nunca te habías atrevido—. No llegamos a fin de mes trabajando para la fundación. Estás hace un año y medio dando clases de química en un secundario, diciendo que lo vas a dejar, ¿qué potencial pensás que tenés ahí?

—Yo lo hago por Argentina.

—A la Argentina le va a chupar un huevo si te rompés el lomo laburando.

—Si yo te importo tanto, entonces, ¿por qué carajos te vas? Te pensás que Europa es la panacea. Sos una boluda. Vas a volver con la cola entre las patas.

—No sé si voy a volver, lo que sí sé es que hoy siento que tengo que irme. ¿De qué sirve quedarse? Mamá se quedó porque creía que iba a cambiar, el abuelo Tito igual. Murieron esperando.

—Yo no traiciono nuestras convicciones.

—Tus convicciones, Merce. Tuyas.

Evocás tu silencio egoísta. La imagen de tu hermana vestida de entrecasa, con la montura de los lentes sobre el rostro cansado y las manos esmaltadas de rosa sobre la mesa, te persigue aún. Si alguien está determinado a nadar en mierda, no hay nada que pueda impedirlo. Alzaste el mentón, toda temblorosa. Le dijiste que después de la Caída, no quedaba nada en el país

—¿Vos en serio creés que somos un país que se puede dar el lujo de estudiar las estrellas?

Volvés en sí, estás boca arriba en el suelo del departamento otra vez, sudada y con los oídos pitando. Las lágrimas desfilan en la oscuridad. No sabés cuánto tiempo ha transcurrido.

Me siento mal por haberte hecho contemplar esto. Yo también sufrí mucho al revivir la última conversación con Merce. Ahora que la he visto tantas veces, el dolor del recuerdo es siempre punzante. Mi última esperanza es que te des cuenta de lo perdida que estará ella, de lo mucho que necesitará que la salvés. Ruego que la rescatés, porque yo no pude hacerlo.

V

Bebés más agua. No querés que el veneno te supere. Tenés que seguir.

Abrazás la caja con los esmaltes, te ponés de pie con ella y, zigzagueando como un borracho, te atrincherás en la habitación. Entre vos y yo ya hemos probado tantos colores que las memorias y los tonos se difuminan. Apagás todas las luces.

Te quitás la capa de esmalte tan rápido como podés. Los dedos quedan rosaditos, como muñones golpeados. Llorás recitando el nombre de Mercedes como un mantra de desarraigo y soledad. Tu hermana estaría a salvo si hubiera venido con vos, sollozás, mientras las lágrimas gotean por tu ropa, por tus manos, dentro de los frascos. ¿Qué importa que hayas creado estas hermosas puertas? No podés hablar con Mercedes, no podés pedirle que se quede con vos, que no se deje devorar por la barbarie argentina. Has intentado hablarle a través de memorias, pero solo fluyen en tu mente. Y yo, desde el futuro, he sido paciente. Llegué hasta aquí primero, mi querida Adela, y comencé a invocarte. Sabía que nos exponíamos a mucho, que jugaba con fuego al tratar de prevenirte de mis errores. Quería protegernos. Tenía que intentarlo. «Siempre te has tenido a ti misma, Adela», nos repito.

Te quedás sin tiempo. Agitás el rojo amanita, lo destapás. Ya has probado los otros dos colores que elegí y planté en tu subconsciente. «Falta el tercero», te susurro a través de nuestras memorias compartidas. Estudiás el frasco. Rojo amanita, como el veneno de las bayas o las serpientes. El vaho etílico te invade, te atonta. Te sobreponés y extendés el tinte mortal sobre tus manos.

La cabeza te late. Ahora, cada vez que te pintás, te preguntás si será la última. El rojo y la conexión que tenés con este momento es tan fuerte que el Kairós pega casi de inmediato. Una puerta desvencijada te recibe. A tu lado, hay dos oficiales de policía. El nudo en tu estómago te encorva.

—Mercedes, ¿estás en casa? Soy Adela. Estoy acá.

—Policía de Buenos Aires. Abra la puerta.

Pestañeás. El recuerdo aún no se consolida. Te llegan voces, aunque no sabés de qué lado temporal están. Llamás a nuestra hermana por su nombre. Un escalofrío te eriza los vellos de la piel. Nada sucede.

La escena toma forma. El policía te mira, es un hombre de rasgos oscuros. En su ausencia de palabras, escuchás a la muerte. Asentís

cuando te pregunta si le autorizás a forzar la puerta del que fuera tu departamento. Tuyo y de Mercedes. Un empujón, dos, tres y la puerta cede. Las luces están encendidas. Volvés a llamar a Merce y no responde.

La ruta al baño está implícita, la puerta entreabierta anticipa la escena del crimen. Mercedes se hunde en la tina. La sangre se ha diluido en el agua y le ha teñido del color de la amanita. Respirás y tus ojos se cierran lentamente. Los ecos se agolpan en nuestras mentes. La carta que explica lo que ha hecho está en su habitación.

Tomás el cuerpo de Mercedes por los hombros y lo sacudís. Estamos las dos metidas en la tina. Toda esa sangre roja en nuestros dedos, en nuestro pecho, en nuestras manos, está tibia. Lloro, la Adela del pasado también llora, sé que ambas somos testigos. Otra vez el dolor perforador de haber destapado esta desgracia. Los recuerdos se funden en un crisol de colores mientras los espasmos te dinamitan.

Quiero respirar, y el aire entra cada vez con más dificultad. Contemplo la obra de arte que son mis dedos rojos de veneno.

VI

Vierto el café en la taza, el humo se apaga con la leche fría e insípida de la heladera. Es una mañana tranquila. Le doy un sorbo y la cafeína me recorre plácidamente. No recuerdo cuándo fue la última vez que me levanté así, que dormí ocho horas, que los sueños, las visiones y el terror infundado a las toxinas no me azoraron.

Me pregunto qué habrá ocurrido con ella, con la voz. Con esa Adela futura que tomó un camino equivocado y se devanó la mente para advertirme desde el mañana. Si ese futuro ha muerto, ¿habrá dejado ella de existir? ¿Estará condenada a vivir con el peso de la muerte de Mercedes? Mis ojos se hunden en el café con leche. Después, miro el teléfono. Hay un mensaje que dice «Buenos días». Aún no me acostumbro a recibir señales de vida de Argentina.

Doy otro sorbo. Esto es solo el comienzo. Si puedo evitar eventos de mi pasado o de un futuro aterrador, ¿por qué limitarme a mí? ¿Por qué detenerme aquí? Vuelvo la vista a la mesa. Allí, el próximo escalón de Nanopaint espera. Nadie del laboratorio sabe que he desarrollado y traído otro nuevo frasco a casa.

El tono es verde líquen. Nunca lo he usado. Tampoco reconozco el recuerdo al que me transporta, porque no lo he vivido. Sin la guía de las Adelas pasadas o futuras, estoy en territorio desconocido. Su novedad me produce un cosquilleo en la nuca. Me voy acuclillando hasta descubrirme sentada y rodeada por una manta. Estoy al teléfono, en un día de agosto, junto a la ventana. Frente a mí, hay una pantalla; y plasmada en ella, el cuadro de un fantasma.

—El alquiler, Adela. No sé con qué lo voy a pagar —dice Mercedes—. Me van a echar de la escuela en cualquier momento. Están despidiendo a todos los profesores y poniendo gente a dedo, políticos de su palo. No sé qué voy a hacer. Te juro que si me quedo sin laburo me pego un tiro.

—Basta, te compro un pasaje y te venís. Estoy investigando algo increíble, pero es confidencial. No puedo decirte mucho.

—¿Qué cosa?

—Imaginate si pudieras viajar en el tiempo, si pudieras ver los recuerdos del pasado. Incluso más que eso, si pudieras hablar con tu yo del pasado.

—¿Nuestro pasado?

—El nuestro, el de este país. Antes de la Caída, antes de la contaminación. De todo.

DANIELA VICCIA (Mendoza, 1992). Profesora y escritora argentina, graduada en Lengua y Cultura Inglesas por la Universidad Nacional de Cuyo. Completó su formación académica con el Máster en Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado sus cuentos en revistas y antologías latinoamericanas, como *Pueblos y caminos* (Buenos Aires, 2019) y *Los olvidados de Afrodita* (México, 2022).

El portal

ANE LUCAS

Como cada año, el portal empezó a dar señales de que iba a abrirse. En cuanto comenzaba el mes de Zahra, antiguamente conocido como diciembre, cobraba vida. El octógono metálico, ubicado en el centro de la ciudad, se mantenía en silencio el resto del tiempo. Cuando se acercaba la fecha, los sabios se reunían a su alrededor para dar gracias a los dioses por esa nueva oportunidad. Era curioso ver cómo, a pesar de que las grandes civilizaciones habían caído y vuelto a renacer innumerables veces, pese a que la tecnología había avanzado hasta niveles inimaginables, las religiones seguían existiendo.

Al igual que muchos otros que pasaban por la plaza en ese momento, me detuve al darme cuenta de las señales. Mi padre me había advertido durante años: cada vez que el portal se abiera, debíamos escondernos. Sin embargo, las centellas violáceas que se producían dentro del octógono me hipnotizaron. Provocaban unos ligeros chasquidos que creaban electricidad estática. Lo notaba bajo mi piel, un cosquilleo que no me podía sacudir. Se escuchaban murmullos de entusiasmo. Uno de los sabios, aquel que le daba nombre al mes en el que nos encontrábamos, se dirigió a todos nosotros.

—Ha llegado el momento. —Los dedos le temblaban, extendidos hacia la multitud, no sabría decir si por la excitación o por la edad—. Esta noche se abrirá el portal. Corred a vuestros hogares y preparaos.

La gente no solo retomó su camino, sino que prácticamente echó a correr. El tono solemne del sabio no tenía tanto que ver en la reacción de las personas como el anuncio que había dado. Yo también reemprendí el camino a casa a toda prisa. La situación me daba una excusa para explicar mi urgencia, aunque no tanto para defender el miedo que debía estar pintando mi cara. Se escuchaban pasos por todos lados, en distintas direcciones, como si huyeran. Las pisadas inquietas sobre los caminos empedrados se acoplaban al sonido de mi corazón acelerado.

En cuanto llegué, bloqueé la puerta. La estática del portal todavía recorría mi piel, los chasquidos zumbaban en mis orejas y los destellos púrpura se quedaron grabados en mis retinas, de manera que los veía allá donde mirase. Era la primera vez en años que percibía de manera tan

vívida ese color. No se fabricaba nada en tonos violáceos, se consideraba un pigmento divino que solo podía usarse en las largas capas de los sabios, por su supuesta cercanía espiritual al portal. Ya ni siquiera se llamaba morado, sino *magicæ*. Era ridículo, yo misma había tenido ropa de ese color cuando era niña y no solo no tenía nada de especial, sino que a la mayoría ni siquiera le gustaba vestirlo.

Con el corazón palpitando en la garganta, me apresuré a cerrar ventanas y echar cortinas. Escuchaba a mis vecinos en las casas colindantes hablar sobre lo que ocurriría esa noche, sobre lo que esperaban que sucediera. No tardarían en ponerse sus mejores galas y preparar cantidades ingentes de comidas que, en la mayoría de los casos, acabarían cenando a lo largo de la semana siguiente, con desgana y caras llenas de decepción. Si lo supieran, si se hicieran una mínima idea de lo que pasaría en realidad, sus reacciones serían muy distintas.

Mi padre había intentado prevenirlos durante años. Fue en vano, por supuesto. Lo único que consiguió fue que lo tacharan de hereje y lo convirtieran en un paria social, por no hablar de las amenazas que le llegaban día sí y día también. Al principio no lo comprendía, era demasiado pequeña. Él trataba de quitarle importancia. Fingía que no ocurría nada para que no me preocupara. Tardé años en percatarme de los cardenales que se extendían bajo su camisa. Cuando le pregunté por ello, se limitó a responder que no era más que una forma de intentar asustarlo.

Al final, las amenazas hicieron más que intimidarnos. Mi padre apareció muerto en la que había sido nuestra casa. Yo tenía dieciséis años. Una década más tarde, viviendo en el extremo opuesto de la ciudad, todavía sentía aquella desesperación que me anegó al encontrar su cuerpo frío y pálido sobre un charco de sangre. No pude despedirme, tampoco enterrarlo.

Se había pasado toda mi infancia y adolescencia haciendo simulacros para cuando llegara el momento. Él sabía que ocurriría. Así que hice tal y como me había enseñado. Cogí la bolsa de emergencia, vacié tres bidones de *dowe* sobre el piso, sobre cada cortina, cada mueble, cada recuerdo, y les prendí fuego. A pesar de no ser tan bueno como el antiguo petróleo, cuyas reservas se habían agotado siglos atrás, el *dowe* cumplía la función de combustible de forma tan eficaz que no parecía artificial. Con las llamas lamiendo mi cara, susurré un adiós. Después, hui.

Me refugié en el piso franco en el que viví desde entonces, con una identidad y una vida nuevas, con suerte, a salvo de los asesinos de mi padre. Clamar venganza no habría servido más que para que yo también acabara muerta. Al fin y al cabo, había sido el gobierno quien lo había silenciado. Lo único que podía hacer era esconderme y tratar de sobrevivir, lejos del portal. Lamentablemente, mis amigos no tenían conocimiento de nada de esto.

El infernal pitido repicó dentro de mi cabeza y la imagen del grupo apareció frente a mis ojos. Mi padre lo había dejado claro: nada de relacionarse a menos que fuera imprescindible. Hablar con las personas significaba crear lazos; aquello podía convertirse en confianza y una vez llegara la confianza, todo podría hundirse. Mi tapadera se vendría abajo y me podría en peligro.

Por un momento me planteé ignorar la llamada, pero eso levantaría sospechas. Todo el mundo estaba siempre conectado, disponible, incluso en horas lectivas. No importaba lo que se estuviera haciendo, nadie rechazaba nunca una llamada. Hacerlo suponía estar ocultando algo, estar haciendo cosas que no querías que los demás supieran, y las únicas actividades que alguien querría mantener en secreto estaban en contra de las normas. A pesar de que no se consideraba un acto de rebelión y podía pasar por un accidente, hacerlo pondría un foco de atención sobre mí que no me sería favorable.

—Hola chicos —saludé. Los veía ante mí con la misma nitidez que si estuvieran en mi casa. En realidad, no era más que la evolución de los antiguos hologramas.

—Vamos, Taran, díselo —me dijo Archer, refunfuñando.

—¿Que le diga el qué a quién? —Hacía lo posible por aparentar tranquilidad, aunque lo cierto era que lo único que quería hacer era meterme en la cama y esperar a que todo pasara.

—A Arik, que vas a venir esta noche.

—¿A dónde? —fingí no saber a lo que se referían.

—¿Cómo que a dónde? ¡A ver quién es elegido este año! —Estaba claro que a Archer le encantaba todo aquel festival que se creaba entorno al portal.

—No lo sé, estoy un poco cansada... ¿Y si hacemos un plan en casa? Una película o algo así. —Recé porque no hubiera sonado tan sospechoso como a mí me había parecido.

—Os lo dije —respondió Arik, con su tono odiosamente nasal y

agudo—. Si no quieres quedar con nosotros, dilo y ya está. No hace falta que pongas excusas.

—Ha propuesto un plan —Orion salió en mi defensa, como de costumbre—. Si no quisiera, no se habría molestado en decir que quedásemos en otro lado, aunque hay veces que se quitan las ganas de quedar contigo, Arik.

—Ya, ahora échame a mí la culpa —contestó ella.

—Anda, Taran, vente un ratito —Archer volvió a la carga, ignorando el mal humor de su novia. Odiaba poder ver sus grandes ojos naranjas en esa mueca que recordaba a un cachorrito. Ninguno de ellos sabía lo que era un cachorrito, nunca habían visto uno—. Va a ser divertido, ya lo verás.

—Podemos quedarnos apartados de la plaza, más tranquilos —propuso Orion.

—Sí, para que nos perdamos todo —Arik se quejó.

—Sabes perfectamente que hay pantallas por todas partes, no nos vamos a perder nada —bufó Orion antes de dirigirse a mí de nuevo, con un gesto más amable—. ¿Qué dices?

Por la cara de asco que estaba poniendo Arik, me iba a montar un pollo si rechazaba el plan, y eso sería aún peor, si cabía. No solo sería empezar una nueva discusión con ella —lo cual, si bien no era algo malo, era como poco molesto—, sino que sería como ponerme una diana en la frente. Mis amigos no estaban dispuestos a renunciar a ver cómo el portal se abría, y el hecho de ser yo la única que no fuera significaría que Arik se quejaría a gritos de que me había quedado en casa solo por estar cansada. Básicamente proclamaría a los cuatro vientos que me había perdido el momento más importante de nuestra sociedad por querer echarme la siesta. La gente acudía enferma, incluso moribunda. El cansancio era una excusa del todo estúpida y poco creíble.

Pensé en todos los datos que papá me había hecho aprender. Distancias, ángulos, cálculos, probabilidades. Por estadística, había zonas en las que la gente salía menos elegida. Solo tenía que convencer a mis amigos de que nos quedásemos en una de ellas. Además, una única persona entre los cientos que habría allí sería seleccionada. Mucha gente había muerto de vieja sin traspasar el portal, no tenía por qué tocarme a mí. Sabía que era arriesgado, pero no tanto como dejar que toda la ciudad supiera que estaba evitándolo, que lo temía, que sabía algo que ellos no.

—Está bien, solo un... —Antes de que pudiera terminar la frase, Archer estaba aplaudiendo y chillando de la emoción.

—No te olvides de ponerte guapa —me recordó antes de desconectarse, sin tan siquiera despedirse.

Arik se limitó a rodar los ojos y sisear un «Más te vale no llegar tarde». Oriøn se despidió con una sonrisa llena de disculpa, a pesar de haber sido la única que se había puesto de mi parte.

En cuanto finalizó la llamada y me quedé sola, en silencio en medio del piso, temí haber tomado una mala decisión, incluso teniendo las probabilidades de mi parte. Lo notaba en el fondo de mi cabeza, como una molesta piedrecita clavándose, sin llegar a hacer daño, solo terriblemente molesta. Lo achaqué al recuerdo de mi padre y al miedo que me había metido en el cuerpo desde tan pequeña. No iba a pasar nada. No tenía por qué pasar.

Preparé algo de comer para llevar. Ahora casi nadie cocinaba, a menos que fuera una ocasión especial, porque ya nadie se alimentaba. Comíamos por placer, no por necesidad. El olor del donaby asado hizo que recordara esa satisfacción de llevarte algo al estómago después de que estuviera rugiendo por el hambre. Las especias hacían que el aroma se pareciera al del pollo, aunque no había nada de procedencia animal en el plato. El número de animales que quedaban vivos en el planeta era bastante bajo todavía, así que se evitaba a toda costa matarlos.

Una vez preparada la comida, me vestí con mi ropa más elegante. No tenía nada que ver con los vestidos ajustados y los tacones que antes se utilizaban para un evento así. Recordaba las revistas que solía leer mi madre, con mujeres altas, la gran mayoría rubias y con las caras deformadas por operaciones que se suponía que las hacían parecer más guapas. Ya no había nada de eso. Las intervenciones estéticas no eran ni siquiera una idea en la cabeza de los habitantes de esta época, las únicas cirugías que se hacían eran para mejorar a las personas de una manera práctica; la belleza había pasado a un segundo plano.

Las prendas que vestíamos eran cómodas y anchas, vestidos con faldas largas y camisas sin botones, zapatos blandos y con la suela apropiada para caminar. Cuando me miré en el espejo, llegó a mí el recuerdo de mi padre, ese comentario que tantas veces había repetido: «Parece que estamos en la Edad Media, pero con tecnología futurista». Cada vez que lo decía, soltaba una risotada. Yo me reía con él, a pesar de no tener una idea muy clara de lo que era esa Edad Media. Durante un

tiempo trató de explicármelo, intentó enseñarme la historia de nuestra ciudad y del antiguo país en el que vivíamos; luego se dio cuenta de que era mejor que no supiera demasiado para no delatarnos accidentalmente. Aun así, había visto los libros y estudios sobre el tema que él escondía en nuestra antigua casa. Después del fuego, no quedó nada de nuestra historia. Solo había salvado su diario de la quema y lo mantenía escondido en un cajón con doble fondo. Guardaba en él gran parte de la información que lo había matado, y que podía matarme a mí también.

Cuando salí a la calle, vi a decenas de personas caminando en la misma dirección. Familias enteras riendo y hablando de lo mucho que querían ser elegidos. Era la primera vez que formaba parte de aquello en lugar de verlo desde la seguridad de mi casa. El estómago me dio un vuelco solo de pensarlo, así que fingí que lo que estaba haciendo no era un completo acto suicida y caminé por las calles hacia la plaza. Teniendo en cuenta a Arik, lo más lógico y seguro era acudir a la ceremonia.

En el camino, las sombras comenzaron a alargarse por el atardecer. Era una puesta de sol artificial, por supuesto, aunque me hizo recordar algo que tenía guardado muy al fondo en el cajón de mi memoria, ya desgastado por el paso del tiempo: unos edificios altos ocultaban parcialmente la luz, pero aun así el brillo se abría paso entre el cemento y el metal para regalar pequeñas formas anaranjadas y cálidas. Aquellas estructuras habían estado llenas de personas, antes había casas por todas partes. Después de las guerras, las pandemias y las inundaciones, no eran necesarios tantos hogares. El edificio más alto de la ciudad tenía apenas cuatro plantas, y aún estaba en construcción. Eso significaba que la población volvía a crecer, aunque fuera de manera lenta. Era lo más parecido que teníamos a un destello de esperanza.

Encontré a mis amigos gracias al mismo dispositivo que me permitía hablar con ellos sin necesidad de teléfono, un chip que había inventado la empresa Axiom, antes conocida como Zyraide, y aún antes conocida como Musk. Todos llevaban sus mejores galas, el pelo trenzado y las unidades de refrigeración portátiles llenas de comida y bebida. Al fin y al cabo, era una fiesta, un motivo de celebración a ojos de todos los aquí presentes.

Orion me saludó con un abrazo cálido y Archer por poco me rompió los tímpanos con el grito de alegría que soltó; Arik se limitó a mirarme de arriba abajo, con una superioridad que no entendía de dónde provenía. Los estamentos sociales ya no existían, todos teníamos las

mismas riquezas, que eran más bien pocas, y quienes gobernaban vivían en las mismas condiciones que nosotros. Nada en mi ropa, mis conocimientos o mis posesiones podía hacer que Arik me considerase inferior. Aun así, me miraba como si lo fuera.

Eché un vistazo disimulado a mi alrededor. Teniendo el portal de frente, la zona suroeste era la menos elegida desde que se tenían registros. Por eso era la que tenía más espacio libre. Convencí al grupo de que nos quedáramos allí. Para mi gran alivio, aceptaron sin muchos reproches. El aire empezó a entrar con más facilidad en mis pulmones, aunque todavía estaba intranquila. Tenía los cálculos de mi parte, había pocas probabilidades, pero el riesgo no era cero.

A lo lejos veía el octógono metálico, de al menos tres metros de diámetro, chisporroteando luces moradas, sin llegar a mantenerse abierto. A pesar de estar alejados, sentía la estática bajo mi piel con tanta fuerza como la que había sentido en la mañana, cuando me encontraba a unos metros.

La tradición era reunirse en torno a aquel octógono supuestamente divino. Todos se pasaban horas esperando a que el portal decidiera. En realidad, podían ser apenas unos minutos; en alguna rara ocasión, había tardado días. Entonces, sin previo aviso, se iluminaba con ese color celestial y se hacía el silencio más absoluto. Una fuerza superior sin forma definida salía de él. A mí siempre me había recordado a una lengua viperina. Después, agarraba a alguien a quien se le consideraba un elegido. La fuerza morada lo arrastraba hasta hacerlo traspasar el portal y nunca más se volvía a saber de la persona. La explicación de los sabios era que se marchaban a un lugar sagrado, extraordinario, perfecto. Una persona lo atravesaba cada año y todos querían ser ella.

Mis amigos hablaban y reían mientras compartíamos la comida que habíamos traído, sentados sobre un sucedáneo de hierba que cubría el suelo. Casi parecía verdadero. El color y la textura eran idénticos, tal y como yo los recordaba, pero no olía a hierba, de la misma forma que las calles no olían a comida, ni a petricor cuando llovía, ni a helado cuando hacía calor. Todo era químico y falso. Ni siquiera la ciudad era real. Se trataba de una imitación a escala de lo que un día fueron las urbes, hecha de distintos materiales cuyos nombres eran imposibles de pronunciar y recubierta por una cúpula que nos mantenía a salvo de la polución y la radiactividad. Hacía lo posible por ignorar la farsa en la que vivíamos, al igual que me esforzaba por conversar y bromear. Sin embargo, mis ojos

se dirigían una y otra vez a las pantallas que flotaban sobre nuestras cabezas, por el momento apagadas.

—¿Estás bien? —preguntó Oriøn en voz baja, para que nadie más la escuchara.

No sabía cuánto tiempo llevábamos allí, bien podían ser horas o minutos. Si solo habían pasados unos minutos, habían sido los más angustiosos de mi vida.

—Sí, todo bien —contesté, haciendo uso de todas mis fuerzas para sonreír.

—Tienes mala cara... A lo mejor deberías volver a casa.

—Sí, es tarde —intervino Archer. Se me había olvidado por completo lo de su oído mejorado. Sus padres se lo habían regalado hacía años, una operación con la que hacer su oído más fino. Como si necesitara más ayuda para enterarse de los cotilleos—. Ya has cumplido. —Me guiñó el ojo con una sonrisa que se extendía por toda su cara.

Arik puso mala cara, dio un trago de su vaso a rebosar de binezoik y el alcohol hizo que se le olvidara que me odiaba. Sentí el alivio recorrerme como una marea cálida que me subía desde las piernas al pecho. Antes de que pudiera levantarme, antes siquiera de que pudiera despedirme de ellos, el portal se abrió, las pantallas se encendieron y el corazón me cayó al estómago. Todavía tenía posibilidades de huir, unos segundos con los que me aseguraría estar a salvo, pero no podía dejar de mirarlo. Si los destellos morados eran hipnóticos, la visión del octógono cubrirse de ese color era como entrar en un trance. Emitía un suave y llamativo resplandor que se proyectaba sobre el suelo. Estaba claro por qué los habitantes pensaban que se trataba de un artefacto celestial.

Durante unos segundos solo se vio la luz violácea. Después, tal y como había visto en las noticias, tal y como mi padre me había advertido, la lengua morada salió del octógono y empezó a moverse entre la gente. En medio del silencio, se escuchaban jadeos y risas histéricas de aquellos a los que la fuerza mágica les rozaba, aunque no los seleccionara. Se sentían agradecidos por el simple hecho de estar cerca, de sentirla, de saber que algún día sería su turno. En el momento en el que la lengua giró en nuestra dirección, lo supe. Había cientos de personas a mi alrededor y ninguna de ellas sería elegida. Notaba la vibración cada vez más violenta, sacudiendo mis huesos. Oriøn me cogió con fuerza de la mano, expectante, nerviosa, a punto de ponerse a chillar. La luz llegó hasta nosotros y me envolvió.

Dejé de sentir el mundo. El cuerpo dejó de responderme. No podía agarrarme a mis amigos ni a la hierba, no podía huir ni tratar de zafarme. Estaba entumecida de pies a cabeza, aunque era consciente de lo que ocurría. Notaba un zumbido en las orejas que no tenía claro si era producto de la sangre agitada o si era otro efecto del portal. La gente aplaudía y vitoreaba, incluidos mis amigos. Se despidieron de mí con la mano mientras la luz violácea me levantaba del suelo. Orión se apartó el largo flequillo color cobalto de la cara y vi que tenía los ojos húmedos, Archer me lanzaba besos exagerados mientras gritaba algo que no entendía y Arik, con una sonrisa alcoholizada, sacudía su mano lánguidamente. Mañana me odiaría por haber sido yo, en lugar de ella. Ojalá ese fuera el peor de mis problemas.

La fuerza del portal me llevó levitando hasta el centro de la plaza. A mi paso vi rostros emocionados, mezclados con otros llenos de fastidio. También podía ver mi cara de pánico en las pantallas. A nadie parecía importarle. Cuando quedé frente al octógono, los sabios inclinaron la cabeza en señal de respeto, parecían desearme un buen viaje. Eran los más distinguidos, los más ancianos: Zahra, Eymmo, Scoxand, Fryanio y Limman. Ellos cuidaban del portal, velaban por nuestra seguridad y se encargaban de gobernarnos. Los cinco eran hombres porque hay cosas que nunca cambian.

Lo último que sentí antes de atravesar el octógono fueron las lágrimas bajar por mis mejillas. Lágrimas de tristeza y también de rabia, de indignación, de decepción. Mi padre había hecho lo posible por mantenerme a salvo y yo, como una estúpida, me había expuesto. Me había dejado convencer por las probabilidades, por el miedo a que el punto de mira se posara sobre mí. Me lo merecía, por imprudente, por insensata, por idiota.

La ciudad de Mophex, la que hacía siglos había sido la capital de un país cuyo nombre apenas recordaba, celebraba la idea de que una persona desapareciera al año sin dejar rastro. Los nombres de los que se marchaban eran rememorados por haber sido elegidos, por tener alguna clase de conexión mística con el portal o con lo que hubiera más allá, con un edén.

Lo que ninguno de ellos sabía era que lo único que se podía encontrar al otro lado era muerte. Allí no había más que hambre, enfermedades, desesperación. Porque no se trataba de un portal mágico, sino de una máquina que un grupo de científicos había creado en el

pasado, con la esperanza de salvar a una pequeña parte de la población de todo lo que el planeta estaba sufriendo. Una máquina que se creó demasiado rápido, de manera desesperada, y sin el tiempo suficiente para comprobar que a la larga no causaría problemas.

Según los estudios de la época en la que nació, que había visto sobre el escritorio de mi padre, la humanidad se salvaría a duras penas de lo que estábamos viviendo entonces; aguantaría lo suficiente para recoger los pedazos que quedaban de la sociedad y volver a nacer casi desde cero. Los científicos buscaban la manera de que quienes nos encontrábamos en ese tiempo y lugar lleno de muerte, sobreviviéramos. Teniendo en cuenta las situaciones previas en las que la humanidad había estado al borde de la extinción, los investigadores especulaban con la idea de que, pasado cierto tiempo, las guerras y epidemias acabarían y el mundo sería menos hostil. Así que apostaron por mandar a un grupo de personas a un futuro lejano, con la esperanza de encontrar una sociedad mejor que la que dejaban atrás. Sin embargo, no todos podían marcharse: había demasiada gente desesperada por huir y no había el tiempo ni los medios para transportarlos. De manera que se mantuvo en secreto para evitar mayores conflictos. Solo los encargados de su creación sabían de la existencia de la máquina.

Algunos de los científicos que llegaron al futuro hicieron lo posible por ayudar a que la sociedad no repitiera los errores del pasado. Les hablaron de esa antigua época, aterradora y mortífera; de lo que nos había dejado al borde de la extinción. No obstante, fueron ridiculizados y silenciados, por lo que optaron por camuflarse y fingir que siempre habían sido ciudadanos de esa era.

Mi padre se había pasado la vida investigando qué había ocurrido cuando nos fuimos. Él era la prueba de que la máquina funcionaba y, sin embargo, después de aquel grupo pionero nadie más los había seguido. La única teoría a la que llegó fue que la máquina únicamente pudo hacer un viaje al futuro antes de que la guerra la destruyera. Por eso nada más que el primer grupo de científicos había podido utilizarla. Aun así, la estructura sobrevivió al paso de los años, dejando ese «portal mágico», según las gentes de esta época.

Sin embargo, la máquina se encendía cada año y transportaba a alguien que estuviera cerca de la era de la que yo había venido. Hacía el camino temporal a la inversa, se llevaba a gente de vuelta. Mi padre tenía una teoría sobre por qué ocurría esto. Sospechaba que debía ser un fallo

en la programación, una especie de reinicio de emergencia. O tal vez significara que alguien trataba de encenderla desde el pasado. El motivo por el que se escogía a una u otra persona era algo que él también había estudiado, sin llegar a ninguna conclusión.

Ni mis amigos ni los habitantes de Mophex sabían nada de todo aquello. Nadie tenía conocimiento de lo que ocurría al otro lado del portal porque nadie volvía. Si yo sabía esa información era porque mi padre fue uno de los inventores de la máquina. Consiguió llevarme con él al futuro del que ahora me estaba marchando. Dejamos todo atrás, incluida a mi madre y a mis hermanos mayores. Yo fui una polizona que se salvó gracias a su amor y sus agallas.

Y ahora estaba retrocediendo cinco siglos en el tiempo. Estaba volviendo a mi tiempo y lugar de origen, solo para morir.

ANE LUCAS GÓMEZ (Madrid, 1998). Es una amante de la literatura desde que tiene uso de razón. Esto la llevó a enfocar su formación académica en el mundo literario: estudió un grado universitario en Estudios Ingleses y el Máster en Escritura Creativa en la Universidad Complutense de Madrid. Tiene afinidad por la novela y los relatos cortos, así como por la fantasía, la creación de historias góticas y de ciencia ficción.

La ropa de mi hermano

MAXIMILIANO DE LA PUENTE

A Marcelo

Usé la ropa de mi hermano hasta reventarla. No sé cómo pasó. Solo sé que fue algo progresivo, gradual. Primero, sus pantalones; después, sus camisas. Más tarde, todas sus chaquetas. Al final, sus trajes.

Siempre admiré su elegancia, la manera distinguida que tenía de caminar. La música clásica que escuchaba. Su vida social. Sus amistades. Sus gestos. Su pasión por la ciencia y por las artes. Estaba abonado al Teatro Colón. Allí donde había una función de ópera, se encontraba él. Amaba a Bach, Vivaldi y Monteverdi. El barroco lo fascinaba. Era adicto a Jordi Savall.

Se podría decir que sus gustos eran más amplios y eclécticos.

Era joven y hermoso. Su figura resplandecía. A dondequiera que fuera, hombres y mujeres se quedaban observándolo, maravillándose por su encanto.

Su belleza no era nada comparada con su inteligencia. Era una eminencia en matemáticas, letras, ciencias naturales y sociales. Todo formaba parte de su objeto de estudio. Sin embargo, nunca lo dudó. Puesto a elegir, siempre prefirió su belleza por encima de su inteligencia.

Vivía para contemplarse. Aprovechaba cada oportunidad para observar el reflejo de su figura. Un charco de agua, que solía encontrar en mitad de la vereda cada vez que iba caminando rumbo a una cita amorosa; el vidrio de un negocio por cuyo frente casualmente pasaba. Toda oportunidad era buena para mirarse con detenimiento. La mayoría de las veces utilizaba un espejo de mano que guardaba en el bolsillo de su pantalón. Se quedaba como embobado. Se olvidaba de sus quehaceres, preocupaciones y actividades cotidianas. Si iba caminando apurado, suspendía su andar de improviso. Para mirarse. Horas y horas. Sin sentir frío ni calor. El viento no le hacía daño, más bien parecía acariciarlo. Quedaba suspendido, levitando.

El dolor físico o emocional quedaba relegado. El tiempo y el espacio desaparecían.

Nuestra madre le había inculcado ese amor agobiante y enfermizo por su propia imagen. Desde que tengo uso de razón, recuerdo que le repetía lo hermoso que era, cuánto lo amaba. Ningún ser humano sería digno de su belleza, insistía.

Su arrebató se había acrecentado desmesuradamente durante los últimos años. Mi hermano estaba preocupado. Sabía que su condición no era normal, más allá de que vivía en una época en la que nadie podía aseverar con certeza en qué consistía la normalidad. Ya no hablaba con nadie. Nada le interesaba. Su inteligencia, antes abierta a todo tipo de descubrimientos y nuevas curiosidades, se apagaba. Anquilosada.

Sentía terror ante el irremediable transcurrir del tiempo.

Lo había decidido: no llegaría a los treinta años. Pondría fin a sus días antes de tener una sola arruga.

Al principio, ni siquiera me atrevía a entrar a su cuarto. Las aguas aún no se habían calmado. Apenas si nos hablábamos entre nosotros. No teníamos nada que decirnos.

Mi mamá caminaba por la casa como un fantasma. O peor, como un alma en pena. Mi padre no. Se quedó callado, solo, en un rincón. En silencio. Años después, desarrollaría una enfermedad terminal. Un cáncer que le explotaría en el cuerpo. Un final infeliz que se correspondía perfectamente con tanto tiempo de mudez.

En la casa de mi infancia, solo había un teléfono a disco y un antiguo televisor de tubo que transmitía señales difusas en blanco y negro. De eso se trataba la comunicación en los años ochenta: de generar elipsis, huecos, fragmentos en los que las personas podíamos vivir todavía en soledad. Y sin miedo.

Su cuarto permaneció sin tocarse durante una cantidad innumerable de tiempo. Su juventud hacía que lo sucedido fuera aún peor. Todos estábamos incrédulos. Entrar allí se convirtió para mí en un pasado deseado. Y, a la vez, temido. Un viaje en el que se entrecruzan todas las coordenadas.

Me acerqué a unos pasos de distancia. Necesitaba ver su habitación, qué efectos había producido el paso del tiempo en ella, qué había sido de sus cosas, si estaba todo tal cual o si algún cambio había sucedido.

Unos días después, me atreví a llegar hasta la puerta. Blanca, de madera, recién pintada. Me asusté y salí corriendo. No me sentí capaz de cruzar el umbral. Ya habría tiempo, me dije. Un día de estos, reuniría el valor.

Comprendí que me adentraba en un territorio desconocido. Sabía que había retrocedido, era cierto, pero también había avanzado de golpe, casi sin proponérmelo, varios casilleros.

En esa casa de los años ochenta, todo era silencio. Recorría una y otra vez aquellos pasillos. Luces apagadas. Un olor a aire envejecido que daba vértigo y causaba mareos. Las habitaciones estaban cubiertas de polvo. Las paredes, repletas de grietas indisimulables, a punto de colapsar. Las fisuras y las plantas salvajes crecían a capricho. El moho, instalado en las baldosas del piso y en las pinturas de las paredes descascaradas.

El comedor estaba repleto de vestuarios de al menos tres generaciones, boletas de servicios, un mantel corroído y una enorme pila de libros y revistas que se levantaban desde el suelo hasta tocar el techo. Sobre las paredes colgaban los trofeos, los títulos y los certificados de los premios. Una enorme futilidad. Cartas, discos de vinilo y cientos de fotografías completaban el paisaje de la catástrofe.

El viaje al pasado imponía que no se derramara ni una sola lágrima.

La cama de dos plazas de mis padres, con las sábanas y las frazadas arregladas, estaba vacía. No se escuchaban ruidos, murmullos, gritos ni susurros. No soportaba este silencio, en algún sentido, indescifrable. Sus voces estaban instaladas ya dentro de mí.

En cambio, en otras ocasiones, pensaba que me había acostumbrado a vivir entre ruinas. Las habitaciones del fondo me seguían dando miedo. Eran inhóspitas e inciertas, como si viajara a una tierra desconocida. Nadie me llamaba. Nada me necesitaba. Se había abierto un vacío entre ellos y yo. Una pausa interminable.

¿Y si ahora me desvaneciera? ¿Y si en este mismo instante nadie me recordara?

Cuando tomaba coraje, caminaba decidido hacia el fondo de la casa y entraba a la habitación en la que mi hermano tenía las jaulas de sus canarios. Los criaba con pasión. Llegó a tener incluso algunos que obtuvieron títulos mundiales. De aquel esplendor, solo quedaban unas pocas jaulas vacías. De vez en cuando se asomaban algunas ratas, los únicos seres que habitaban todavía aquella casa.

En la cocina reconocía sus platos, jarras y vasos favoritos. Nadie podía tocarlos. Solía tomar el té a las cinco en punto de la tarde. Amaba el té verde. Cinco minutos en el futuro ya es un asunto de ciencia ficción, me repetía todos los días, mientras bebía su infusión. Apenas si puedo hacerme cargo de mí mismo, agregaba.

Nunca sabemos lo que nos espera. Nuestras vidas se juegan en un libre albedrío inexistente. Estamos agotados. Estoy exhausto de recordar a mi familia.

Mi hermano tenía razón. Ya no era posible reconocernos. Nos abandonamos a los desencuentros, a la persecución incesante del solipsismo. Nunca tuvimos alternativa. Ni él ni yo. No podíamos evitar hacer lo que hicimos. No podíamos ser distintos a los que fuimos. Nunca supimos tomar decisiones.

Si pudiera dormir, no despertaría más. Viviría en un tiempo destemplado. En una tierra a la deriva. Pero no supe. No quise. Seguiría caminando durante un tiempo ¿desmedido? por la casa de mi infancia.

Pedía permiso a los fantasmas y a las ratas. No quería molestarlas. Ahora que ya no existe nadie más, ahora que solo hay ladrillos huecos, escombros, polvo y tierra baldía, la casa queda intacta en el espacio mental de mi memoria. Permanece erguida, para siempre, en mi cuerpo. Quizás sea por eso que retorno una y otra vez a ese día. Cuando me levanté decidido y lo hice.

De un solo salto salí de la cama, encaré derecho hacia la puerta blanca y entré. Las piernas me temblaban. Habían pasado muchos años. Demasiados. Su presencia estaba en todas partes. Su ropa, sus juguetes, sus cuadernos no dejaban de hablarme de él. Sentía que se manifestaba ante mí. Me observé detenidamente en el espejo que estaba justo frente a su cama. No vi nada. Mejor dicho, me vi solo a mí. Mi grito ahogado. Una mueca de sufrimiento. Estaba convencido de que su presencia allí era una certeza física. Corpórea. Pero no era su cuerpo lo que hacía que estuviera tan presente, sino sus cosas. Intenté tranquilizarme. Racionalicé. Mis piernas dejaron de temblar. Quería sentarme, pero no estaba seguro de si era lo correcto. Me pareció que invadía sin derecho la intimidad de un extraño.

Fui hasta la ventana y corrí las cortinas. La luz de las dos de la tarde de un día soleado de invierno irrumpió con fuerza, sacudiendo el misterio. El polvo brillaba. Nunca pensé que pudiera haber tanto en un espacio tan reducido. Junto al escritorio, había una silla pequeña. Me

senté. Cerré los ojos por un instante e imaginé que él estaba allí, a mi lado. Tocándome el brazo. Diciéndome, una vez más, que apenas si podía consigo mismo. Mientras bebía su taza de té verde. La sensación fue tan real que me pegué un susto tremendo. Abrí los ojos y observé en detalle cada fragmento de la habitación. Recién en ese momento me permití hacerlo. Nunca había estado tanto tiempo allí. En su presencia, jamás me hubiera atrevido. Siempre fue un lugar de paso, un espacio en el que solo se me permitía estar por unos pocos minutos. Ahora me encontraba a mis anchas. Era el nuevo dueño de ese cuarto. Estar allí se había convertido en una experiencia muy agradable.

Pero lo extrañaba. Quería sentir de nuevo su presencia. Su mirada. Su contacto. Pero no. Si intentaba convocarlo de la misma manera, sería imposible. No funcionaría. El espíritu nunca se manifiesta dos veces de la misma forma, me había dicho un amigo muy querido. Y recién en ese momento pude comprender cuánta razón tenía. Era indudable. No lo intenté. Hasta el día de hoy no volví a intentarlo.

Me paré de la silla. Fui hacia su cama y me acosté. Aspiré lentamente el olor de sus sábanas. Mohosas. Pero tan suaves. Era una delicia tocarlas, percibir las con mi cuerpo entero. Puse mi cabeza en su almohada. Ahí ya no recuerdo más nada. Hay un blanco. Se me nublan las imágenes. Se me confunden los plazos. No sé cuánto tiempo pasó. Si una hora, dos, más bien toda la tarde. O quizás varios años.

Cuando me levanté aquella vez y pude finalmente salir de su cama, ya era de noche. O de madrugada. No estoy seguro. No soñé con él. O sí. No lo sé. Soñé, quizás, que caminábamos juntos por las calles de una ciudad desconocida. Nos reíamos. Éramos felices. Íbamos tomando helado. Un cucurucho de frutilla y otro de chocolate. También íbamos a un observatorio astronómico. Contemplaríamos las estrellas, algún planeta o tal vez un cometa que se aproximaba a la Tierra. Como habíamos hecho antes en tantas ocasiones. Tal vez fue eso lo que soñé ese día, en su desvencijada cama de madera. Quizás solo pude haberlo soñado muchos años más tarde. Cuando todo había terminado. Es difícil decirlo. Cuesta tanto recordar algo de aquella época... Recuerdo solamente su cumpleaños número treinta. Nos encontramos en un restaurante indio, en pleno centro de la ciudad. La semana laboral recién comenzaba, pero celebramos como si fuera el último día. Mientras él ya era un experto, a mí me tocaba familiarizarme con el lenguaje gourmet. El *atta*, la *chana*, el *toor*, el *urad* y el *mung*. Sabores intrigantes. Y para

coronar el almuerzo, la estrella de la gastronomía de aquel fantasmático país: el curry. Era en nuestro amor hacia la comida asiática en donde nos reconocíamos como hermanos. Hablamos durante horas. Nos reímos del patetismo de nuestros padres. Compartíamos, cómplices, una enfermedad común: ser herederos de sus genes defectuosos. Me confesó, con el ceño fruncido, sus incipientes arrugas en el rostro, en las manos y en el cuello.

Cada vez que entraba a su habitación, me dirigía hacia su ropero. Aquel lugar mágico. El secreto de su elegancia, además de su porte, claro está. Pasé horas, días, meses y años revisando todas sus prendas. Revolví sus camisas, sus pantalones, sus corbatas, sus zapatos, sus pulóveres, sus sacos, sus chaquetas y sus abrigos de cuello largo. Usé su cuarto de improvisado cambiador.

Aparté toda su ropa y la metí en varias bolsas.

Amanecía. No había dormido quién sabe en cuántas noches. Intenté ser lo más prolijo posible. Como él lo hubiera sido. Cerré la puerta de su ropero con llave. Observé, por última vez, cada rincón de esa habitación. Ahora a oscuras. Había cerrado la ventana y corrido las cortinas. Una vez que me di vuelta y dejé atrás la puerta blanca, nunca más regresé. No volví a tener el coraje y la audacia que pude reunir aquella vez.

Más adelante, cuando por fin me quedé solo, vendí todo. No sé qué habrá sido de ese cuarto. Ni de esa casa.

En las últimas semanas volví a cerrar los ojos anhelando convocar la presencia, ya no solo de mi hermano, sino también de mis padres. Espero que en estos días se revelen ante mí y que mi amigo muy querido no tenga razón. Quizás el espíritu se manifieste dos veces de la misma manera, después de todo.

Vale la pena intentarlo. En eso estoy.

MAXIMILIANO DE LA PUENTE (Buenos Aires, 1975). Dramaturgo, *performer* y profesor. Es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado los libros *Caen pájaros literalmente del cielo* (2010), *Silencio todo el tiempo* (2011), *Migraciones* (2014) y *Lo que nos explota en las manos. Textos dramáticos reunidos* (2016), entre otros, que forman parte de su producción dramática.

Molly Purple Sugar

MONTSERRAT CAMARGO

Bajas del primer piso hacia la terraza hasta llegar frente al Hombre, quien besa la mano de una mujer menuda, doblada sobre un vaso de vodka. Ella le sonríe con unos ojos avispados manchados de delineador. Te burlas de su juego y él muestra sus dientes chuecos. Te ofrece un cigarro y salta sobre la tabla que une al asiento construido de pallets de madera. Espera que los sigas. La mujer te mira y se inclina a esnifar dos líneas de sugar que hay sobre la mesa de cristal. Sostienes tu cara con las manos, tratas de regresar la mandíbula a su sitio. Ella se levanta y se aleja arreglándose el vestido. Prendes el cigarro. Pasas tu pelo de un hombro al otro y lo alisas con la mano izquierda. Exhalas. Es la voz de Paula. Sientes sus manos en tus hombros y echas la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Me gustaría poder dejar el abrigo al menos un segundo —dices.

Paula da la vuelta y se sienta a tu lado.

— Lo va a ir a buscar?

—Ahorita voy.

—Mire lo que me rob .

Saca una botella de ron de abajo del abrigo y abre la mano para develar una bolsita de plástico. Hace un par de líneas sobre una tarjeta, porque le da asco la mesa. Te agachas y aspiras el polvo. Erguida en la orilla del sill n, sientes que la noche se despeja. Paula recuesta la cabeza en tu hombro. Escuchas la voz del anfitrión. Un eco viaja hasta las escaleras, que en una espiral dorada atraviesan la estructura. Alguien grita, habrá una pelea. Cada hora la casa se da la vuelta sobre sí misma. Los habitantes cambian de lugar. Las puertas de los cuartos se abren y se cierran. Nunca podrías saber cuánta gente vive aquí. Paula lleva años queriendo que te mudes. Tiene la esperanza de que la ruptura te lleve a tomar la decisión definitiva. Pero aún duermes con él y crees que da igual estar en su casa.

Vuelves a escuchar la voz de Chava, el anfitrión, y miras por las ventanas hacia dentro. No hay nadie.

—Son y quince —dice Paula. Se pasa la lengua por sus labios rojos. Caminas hacia el pasillo.

Encuentras al Hombre en la habitación de Chava, sentado en la cama con una francesa ¿Qué tan cierta es la ruptura? Te sientas a su lado y lo atraviesas con los ojos. Él contesta la mirada. La francesa tiene una cara dulce y llena de pecas. Se voltea hacia ti pidiendo un beso. Te encoges de hombros y recibes su boca suave. Sus labios contra los tuyos. La lengua. Te alejas y lo miras. La francesa se gira y lo besa. El contacto dura menos, él se levanta sin decir nada, sin dejar de verte. La puerta se cierra y vuelves a besarla, su cabello acaricia tus brazos.

La gente retorna y la música se convierte en algarabía. Chava susurra que qué haces, pero no hace falta contestar porque en unos minutos es el cambio. Caminas hacia el centro del cuarto e imaginas una cuerda floja que equivale al radio de la circunferencia. Nada llega muy lejos. Desde la ventana entreabierta puedes divisar a los vecinos y no entiendes por qué no se deshacen de ustedes. Tienen unas elegantes puertas de cristal que dan al patio trasero, donde cuelgan luces de Navidad sobre una mesa de picnic. Todo se deterioran en el invierno. ¿Quiénes son? Unas manos frías te regresan a la estancia, aprietan tu cintura balanceándote al compás de una música que retumba dentro de ti. For the pain caramel rivers ever flowing. Chava llega de repente. Quiere llevarse a la chica. Tú la dejas ir, pero alguien más le dice algo al oído, y luego ella dice otra cosa y te toma de la mano fuera del cuarto. Suben las escaleras de caracol. Cambias los pasillos de abajo por los de arriba. Sabes que la casa te moverá de lugar y miras el reloj. Faltan diez minutos para la hora. En el tercer piso, un foco azul cuelga del techo. Le ilumina la cara inocente, que se espanta bajo el destello, porque no conoce esta casa. Así que ahora tú vas delante, sin soltarle los dedos y, cuando llegan a la mitad del pasillo, comprueban que no hay nadie. Encuentras su cuerpo, que parece detener la estructura. Sus labios, su cuello, tus manos que juegan con los bordes de la tela, y la levantan y la ponen de regreso. Sientes su dedo en tu boca y lames un polvo. Luego, permaneces unos instantes escondida en su cuello, hasta que se asoma Paula.

Está parada en el último escalón bajo el foco azul. El reflejo del metal dorado crea un halo púrpura alrededor sus trenzas. Su pelo se balancea lentamente. Ella dice algo que viaja como una culebra por la estrechez del pasillo. Te pregunta por él. ¿Qué tan real es la ruptura?

—¡No creo! —le gritas. Regresas tu atención a la nariz pecosa. Paula recorre el trecho hasta alcanzarte y dice:

—Salió rápido a comprar cigarros. Va a volver desde afuera, en el tiempo vacío, y quiere verle antes de que se reinicie la hora.

—Ya sabe dónde voy a estar, ¿no?

—Yo creo que esta vez será distinto y se quiere asegurar.

—¿Eres su secretaria?

—Hablen, quiero ayudar.

—Hablamos el otro día.

Ella insiste en que lo escuches. Así que volteas para ver a la francesa que espera muda y acaricias su pelo. Le das un beso rápido. Da igual, pronto estará en otra habitación y no la podrás encontrar.

—Anda, vamos, quiero fumar.

Junto a la curva de las escaleras se abre una puerta. Paula quiere que la sigas. Te detienes y manoseas la cajetilla. Escuchas unos golpes en algún lado. Miras el reloj. Esperas.

La casa gira. Te vomita en la terraza. Agradeces que no haya nadie a tu alrededor. Respiras hondo y recargas el cuerpo en la ventana de un cuarto. Las luces están apagadas. Saboreas la noche quieta, fumas. Asomada desde una esquina encuentras al Hombre. Está en la terraza del primer piso, como esperabas. Intuyes los músculos de su espalda doblada que cuchichea con Chava. Te escondes en las sombras para que no te vea. Supones que al final se irán juntos a casa. Por la ventana se asoma una cabecita que te reconoce. Prendes otro cigarro con la colilla. Ves a Tommy saltar fuera del cuarto.

—Me dejó ahí y quería tomar aire —dice.

—A mí siempre me deja en la terraza, no le importa que haga frío.

Tommy se recarga contra la pared junto a ti y pide una calada.

—Estoy muy puesta.

Se meten al cuarto donde hay dos lámparas de lava que centellean. Alumbran una pila de platos sucios y botellas en el suelo. Frente a la cama, la tele murmura sinsentidos. Apenas te das cuenta, porque el cuerpo de Tommy lo ocupa todo. Concentras tus ojos en las sombras de la pared blanca y ríes. Agradeces el abandono que se extiende frente a ustedes.

—Te están buscando.

—Te están buscando a ti.

Dejas caer la cabeza en la orilla de la cama y Tommy te imita. Encuentras sus pupilas dilatadas. Sus dedos trazan círculos en tu rodilla. Las lámparas aún te vigilan. Estás detenida en el intercambio de las

burbujas de colores que se encogen y bailan. Su materia cae pesada sobre tus pestañas. Te quedas esperando algo junto a la piel de Tommy que tiritita. Así pasas la hora, perdida en el blablablá de la tele. Las lámparas se mueven a tu ritmo. No sabes en qué momento da vuelta el cuarto y regresa el frío.

Un chico estrella la cabeza contra el muro derecho de la terraza. Corres y jalas el cuello de su chamarra. Da un manotazo y le agarras la muñeca. Se voltea con los ojos llorosos. Reconoces a Chava, que mira con asco.

—¿Qué pasa, Chava?

—¿Dónde está mi puto móvil? ¡Dónde está! En el cambio se robaron el puto móvil.

—¿De qué hablas?

—Lo tienes tú, zorra.

—Acabo de llegar, mira adentro. Estás muy pedo.

—No, marica, está en la chaqueta.

—¿En la chaqueta?

—Adentro, no sé, llámame.

—No da tono.

—¡Putá madre! ¡Huevón! —chilla— ay, mira quién viene, este cabrón.

Volteas y encuentras los ojos del Hombre. Tienes ganas de huir. Guardas la cajetilla en un bolsillo. Él se dirige a Chava, reclama el ruido. Tú, para apaciguarlo, le pides un cigarro con la voz dulce. Chava se bufa. El Hombre te da un cigarro y lo miras de arriba abajo, perdida en el tejido de su suéter. ¿Qué tan cierta es la ruptura? Cruzan la terraza hacia la parte de la casa que tiene las habitaciones más lindas. Se dejan arrastrar por la luz blanca que llena el primer pasillo hasta las escaleras. Suben dos pisos y se escurren por una entrada.

—Maldita puta ¿Dónde está mi móvil? Me mientes, todo el tiempo mientes ¡Te odio! ¿A dónde me llevas?

—Sí, Chava. Ven, está bien.

—Muérete, maldita puta.

—Sí, Chava. Ya moriré.

—Muérete ya, anda, ¿y mi móvil? Te odio. Estúpida, arruinas todo. Vámonos a mi casa a buscarlo.

Le aseguras que están en su casa. Cruzan una serie de puertas que se estrellan y el Hombre los sigue como una sombra. Chava se detiene en la base de las escaleras. Lo rebasas y sacas tu móvil.

—Aquí tengo tu celular —le dices sin dejar de ver al Hombre y lo alzas sobre la cabeza de Chava, que no te cree, pero insistes. Chava sube los peldaños, mientras retrocedes hacia arriba y el Hombre no deja de mirarte.

—No es mi móvil. Gonorrea, mientes.

Corres hasta el pasillo. Están suspendidos en el piso más alto, lejos del cuarto de Tommy. Ellos te siguen. Llegan a la cuarta terraza que mira a todo el edificio desde el sexto piso, la cruzas ágilmente, pero Chava se baja los pantalones para quitárselos.

—Chava, por favor, tengo frío.

Intenta caminar hacia ti, pero tropieza con los pantalones que se quedan enredados en sus tobillos y se cae de sentón. Quieres llorar. Volteas a ver al Hombre. Pides ayuda. Él incorpora a Chava impaciente, lo recarga en su hombro, y cruzan la terraza hasta el rellano. Te asomas con el vértigo en la garganta. Se abre una puerta que está del otro lado. Alguien llama la atención del Hombre y él pide que lo esperes. Chava está sentado a la entrada de la terraza. De cuclillas, junto a tu amigo, soportas su llanto.

—Eres una mierda desgraciada puta quiero arrancarme el pelo y arrancarte el pelo ya no puedo más por favor ayúdame a subir los pantalones abróchamelos ¿sabes qué? Quiero quitármelos ven acércate ven no puedo más con esto por favor ya no voy a tomar más zorra malparida ¿dónde está mi móvil?

Mientras le subes los pantalones, intentas aguzar el oído lejos de sus quejas, pero no entiendes nada. Detrás de la puerta crees ver una mano que sostiene una pistola. Esperas. Escuchas al Hombre decir que ustedes están bien y que se conocen. Faltan cinco minutos para la hora. La puerta se cierra. Él corre hacia el piso donde vive Tommy. «¿Por qué no dice nada?». Agarras a Chava del suéter y trastabillan hasta alcanzarlo.

—¿Dónde estamos?

Sin contestarle tocas la puerta, pero nadie abre. Chava se arrodilla ante el Hombre.

—Pégame sé que quieres pegarme por favor aquí mira aquí en la mejilla un puñetazo bien dado sé que quieres hacerlo o no sabes o no

escuchas lo que le digo a tu novia ¿No te interesa? Malparido jueputa ¡Paila! te digo que me pegues.

La casa se retuerce y apareces en la terraza. Buscas el cuarto de Paula. La encuentras sola. Te sientas junto a ella. Apoyas la cabeza en su hombro y tomas el paquete de tabaco que está a su lado, mientras ella recarga su cabeza en la tuya.

—Quería que usted viniera a bailar. —Endereza la espalda y continúa emocionada—. Encontré el camino a este cuarto donde siempre podía volver. Estuvimos bailando. ¿Dónde estaba?

—No sé dónde.

—¿Hablaron?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

Estás cansada. La distraes del interrogatorio y le pides una línea para el camino.

Afuera, la casa se levanta inmensa. Son las ocho de la mañana. Paula te sigue, quiere vislumbrar el inicio del día. La miras. El pelo destrenzado le cae por la barbilla. Se paran frente a la puerta blanca en el silencio del domingo. Hace una línea gorda para que aguantes. Porque es febrero, el sol aún duerme.

Avanzas con la bicicleta sobre la gravilla y te escabulles por la lateral del edificio hacia la calle principal. El caucho gira despacio. Esperas a que tu cuerpo se despierte para ganarle la carrera al sol. Doblas a la derecha y aún no sientes la espalda tensa, ni el tirón en la coronilla, que supone despejar la fiesta. Tu corazón late desbocado, te lloran los ojos. Pasas entre unas calles y frente a una cafetería donde están sacando las mesas para comenzar la jornada. Poco a poco tus latidos se detienen. Tu columna se convierte en líquido y te escurres sobre el sillín. Frente a ti ves unos rayos azules que se balancean en silencio. Cierras los ojos, los vuelves abrir. Todavía hay una estela. Parpadeas muchas veces y aprietas las gomas del manubrio para esquivarla. No te enfrentas a nada. No sabes si tus manos están unidas al cuerpo y extiendes los dedos, despacio, para encontrarlas. Te remueves en el sillín, ahora el peso viaja hacia tus piernas y la textura de las ruedas se instala en los muslos. Tus tobillos parecen tener vida propia y te abandonan. Tu vertical se dobla. La coyuntura de las articulaciones se disuelve poco a poco, se borra el límite entre el ser y la piel. Luego, los dedos se convierten en ruedas. Dejas que la bicicleta se adueñe de tu cuerpo. Parece que las plantas de

tus pies giraran sobre el pavimento mojado por el rocío. En el camino, la ciudad se inclina sobre ti, las casas son perfectas y altísimas. Postales atrapadas en un escaparate rotatorio. Quieres inclinarte con ella, pero tu mente avisa que aún estás sobre la bicicleta.

Tienes los labios de la francesa en el oído, volteas. Estás en la cama. Del otro lado, él te mira. Sus ojos arden. Contemplas la habitación unos momentos antes del estruendo.

—¿Se van a besar? —Chava te aparta de ella y el Hombre se levanta de la cama y se va. Quisieras detenerlo. Suben al pasillo, las escaleras, la luz azul. Su pelo, que es púrpura bajo el foco; sus ojos inquietos. Sientes las pecas suaves de su cara. Regresas a la bicicleta.

Intentas mantenerte erguida y cruzas la línea de luz que corta la profundidad del horizonte.

Él se ríe mostrando los colmillos. Atraviesa el rellano. Chava lo sigue como un perrito. Volteas los ojos.

Mueves la espalda para localizar tus huesos. Te dices que deberías dejar de esnifar cualquier cosa que te den. Volteas el cuello, que se mueve a un compás antes que la cabeza, y buscas el nombre de la calle: Tinjabstraat. Pedaleas deprisa, pero tus pies se hunden en la nada.

Las lámparas que vigilan se mueven a tu ritmo. Estás detenida en el intercambio de las burbujas de colores, su materia cae pesada sobre tus ojos. La piel de Tommy aún tiritita. Esperas la hora perdida en el blablablá de la tele, piensas que no deberías estar ahí y dices:

—Te están buscando.

Giras en Agrisstraat. Ya casi llegas. A lo lejos hay un peatón e intentas, con todas tus fuerzas, encontrar la palma de tu mano. Guiar la energía hasta los nudillos y las venas, para poder así, apretar el freno. Te detienes en seco, aguantas tu peso. Miras hacia la esquina donde está tu casa y piensas en tu cama. Respiras hondo y te impulsas para montar otra vez el sillín. Las ruedas vuelven a girar. Ya ha amanecido.

Apoyas la bicicleta sobre el muro y entras a la casa por una puerta blanca. Subes las escaleras. Te sorprendes porque son circulares. Continúas el camino. En los asientos del fondo de la terraza distingues unas voces. Ves a la mujer encorvada. Te duele la cabeza y sujetas su barbilla obligándola a mirarte.

—¿Qué hace ella aquí, amor?

—¿Quieres? —él Hombre te ofrece la cajetilla, pero tú apenas si lo miras. Te adentras en la casa por el pasillo. «¿Quién pintó de dorado las

escaleras?»). Encaramada en ellas, apoyas todo tu peso en el barandal, hasta llegar al tercer piso. Encuentras el foco azul en el mismo vaivén. Miras el reloj. Son las cinco y veinte. Todo se reinicia.

No puedes sostenerte en pie. Tapas tus oídos resbalando sobre el último peldaño. A lo lejos, escuchas: don't intend to fool a fiend. Raise a cane raise the dopamine. For the pain caramel rivers ever flowing. Te meces distraída. Something bad for something sweet. Las siluetas azules se acomodan en tus párpados. Cierras los ojos. Liquid gold confectionary. Tu cuerpo se desarma. Whats inside the maple tree?

MONTSERRAT CAMARGO (Ciudad de México, 1998). Artista visual y poeta en busca de un lugar junto al mar donde escribir y comer tacos. Licenciada en Bellas Artes por la Academia Minerva, en Groningen (Países Bajos); y magíster en Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus obras destaca el libro de artista *Ocupación de una casa. Una residencia inventada* (2021). Sus poemas han aparecido en la revista *Casapaís: La danza de todo* y actualmente está trabajando en un libro de relatos.

El regalo

BRAYAN G. ANAYA

«Qué complejo es el tiempo y, sin embargo, qué sencillo!»
—Juan José Saer

Encontró el camino a la tumba con la facilidad de quien ha recorrido el mismo sendero durante años. Solo se oía el roce de la suela de su baleta izquierda sobre la gravilla. La losa grisácea le devolvió la mirada; las letras empezaban a borrarse. Por un instante, olvidó la imagen de la caja que había ocupado sus pensamientos desde que salió de casa.

Pasó allí una hora y media, tal como había planeado. Puso las orquídeas sobre la tierra, una a una, mientras hablaba de todo lo que hizo esa semana, de las nuevas plantas que había comprado y de los disgustos con René, el viejo de la verdulería, cada vez más confianzudo. Le contó que le mentía a su hija, que en verdad aún le dolía la cadera, en especial en las noches frías. También que cada vez le costaba más recordar ciertas cosas y que ahora podían comunicarse con cualquiera por medio de un aparato. Todo era muy excéntrico. Y que le habría encantado tenerlo allí para celebrar esa noche. Se despidió dándole un beso a la lápida.

Al salir del cementerio, la visión la asaltó de nuevo. Había llegado en la mañana. Lo primero que se le vino a la cabeza cuando la levantó fue que quizá estaba vacía. ¡Y el esfuerzo que le había costado agacharse a recogerla! Era un cubo blanco perfecto. No tenía remitente, ni destinatario, ni ningún tipo de información que aclarara su procedencia. Pensó en abrirla, pero ¿y si no era para ella? Se le ocurrió que podría ser una broma. Recordó que había mirado fuera, la calle estaba vacía esa mañana. Depositó el paquete sobre la mesa del salón, se abrigó y abandonó la casa.

Se preguntó si debía ser una buena vecina y regresar por si aparecía el dueño del paquete, pero quería hacer un par de cosas más antes. Al final, decidió que, si alguien quería recuperar lo que había perdido, debía esperar a que ella pudiese entregarlo.

Cuando entró a la sala, vio el cubo. A su lado, un sobre beige. Emilia se acercó extrañada, pues no recordaba haberlo visto antes.

¿Había entrado alguien a su casa? Buscó señales que le indicaran que había otra persona allí. No encontró a nadie. Recogió el sobre, estiró la mano lo más lejos que pudo de su cara, a la altura de sus ojos, y leyó. Iba dirigido a ella. Al igual que la caja, no tenía remitente. No supo qué hacer, se le aceleró el corazón.

Sacó la carta. Para cuando terminó de leerla, no pudo hacer nada más que reír. Vaya tonterías se inventaba la gente con tal de gastarle una broma. La leyó de nuevo, luego una tercera vez, y su opinión no hizo más que reforzarse. Arrugó el papel, lo dejó encima del cubo blanco y fue a aguar las plantas. Perder el tiempo no era una de sus actividades favoritas, y había tanto que hacer. Pensó que era la broma más tonta que habían intentado hacerle. Sin embargo, la inquietud que le había generado le hacía girar la cabeza para comprobar que la nota y la caja seguían allí.

Cojeó hasta la cocina, apoyándose en las paredes y los muebles; no le gustaba usar el bastón dentro de casa. Quería dejar todo listo para la cena de esa noche. Al igual que todos los años, su hija y sus nietos vendrían a verla por su cumpleaños. Se detuvo en el pasillo al ver la foto familiar que colgaba en la pared. Recordó lo difícil que había sido el embarazo de su hija, las noches que estuvo con ella en el hospital, alentándola y cuidándola, contándole de su propio embarazo y de las travesuras que hacía de pequeña. Una nostalgia le afloró en el pecho. Últimamente pensaba con demasiada frecuencia en el pasado.

Quiso terminar los quehaceres, pero las palabras de la carta se repetían en su cabeza. Soportó lo mejor que pudo. Se puso a limpiar el polvo inexistente de las encimeras y las copas de vidrio. Lavó los platos que se estaban secando y recogió el poco desorden que quedaba. Cuando estuvo a punto de tomar la escoba y empezar a barrer el porche, cambió el rumbo hacia la cocina para inspeccionarla una segunda vez.

Después de un rato, regresó al lado de la caja. Tomó el papel e intentó alisarlo, se quitó las gafas. Los párrafos seguían allí flotando sobre el fondo blanco. Leyó de nuevo.

Querida Emilia:

Quizá te tome por sorpresa esta carta. Soy un viejo amigo al que no recuerdas, ni recordarás. Este es mi regalo de cumpleaños para ti. Te estás haciendo vieja.

El objeto que hay dentro tiene la capacidad de hacerte retroceder en el tiempo, a un recuerdo, el que tú quieras. Lo único que tienes que hacer es deseárselo de verdad.

*Debo advertirte que no debes intentar cambiar el pasado.
Feliz cumpleaños y buen viaje.*

No eran más que palabras, lo sabía. Miró la caja, su superficie lisa e impoluta. No pesaba. ¿Cómo podría contener lo que decía la nota? La tocó, no parecía especial. Su inquietud provocó que arrugara la mirada. Se alejó, tomó su celular, buscó con dificultad entre las aplicaciones. Aún le costaba acostumbrarse a ese aparatejo. Marcó el primer número que aparecía en su lista de contactos.

—¿Cómo está la madre más maravillosa del mundo? ¡Feliz cumpleaños! —La voz de su hija la tranquilizó, podía escucharla alistándose para ir a visitarla—. ¿Qué pasa, madre?

Emilia se quedó callada. Quería saber si la caja había sido idea suya, aunque lo dudaba. Carla no era de hacer ese tipo de cosas.

—Hola, cariño —respondió, finalmente. Al otro lado, escuchó la voz de sus dos nietos—. No pasa nada, solo quería confirmar si José vendrá contigo. Es alérgico al maní, ¿verdad?

—Camilo, ven para acá... Ma, nosotros llevamos la comida, y... ¡Luciana, te juro por Dios...! Ma, no cocines nada, ¿bueno? Nosotros nos encargamos de todo. Tú relájate y disfruta de tu día. Nos vemos a las dos. ¡Estos culicagados! —Emilia sonrió—. Nos vemos ahorita, ¿bueno? Los niños ya quieren verte.

—Y yo a ellos.

—Vale, ma, te veo al rato...

—Bueno... ¡Ah! Carla, me llegó el regalo.

—¿Qué regalo?

—El de la caja blanca.

—¿Qué caja blanca?

—¿No la enviaste tú?

—No, aquí los tenemos... ¡Camilo! Te voy a partir la... ¿Y qué es?

—¿Qué es qué?

—El regalo...

—No sé. Aún no lo he abierto.

—¿Y qué esperas? Bueno, hazlo y me dices. Ahora que llegue me lo muestras. Voy a terminar de alistarnos.

Colgaron al mismo tiempo. Emilia se quedó mirando el cubo. No era idea de su hija. Tenía pocos amigos, la mitad de ellos había muerto ya y la otra mitad jamás se había tomado la molestia de enviarle un regalo.

El único que se había preocupado por hacerla sentir especial ese día... ¿Y si abría la caja? ¡Viajar en el tiempo! Ella no creía en esas cosas, eso pertenecía a las películas, pero ¿y si lo que decía la nota era cierto?

Pasó las manos sobre la superficie blanca del cubo. Abrió la tapa. Contuvo la respiración y echó un vistazo dentro. Estaba vacía. Se sintió aliviada y desilusionada, pensó que era una tonta por caer en semejante juego. Entonces, por el espacio entre el marco de las gafas y su pómulo, la vio. No era más que una pequeña franja blanca en el fondo oscuro. La tomó entre los dedos. Se trataba de una lámina cuadrangular. En el centro, un cuadro negro con un borde blanco. Era una foto de las de antes, comprendió, de las que se revelaban al sacudirlas. ¿Cómo era que se llamaban? En la franja blanca, un mensaje. Se subió las gafas y leyó: «Piensa y sacúdeme».

La invadió una esperanza que no reconoció. Las posibilidades comenzaron a volar en su cerebro, experimentó una punzada fuerte en el corazón. Sabía exactamente el momento al que quería ir. Los años habían hecho mella en su memoria, estaba empezando a perder los detalles de aquel día. Tragó saliva. La idea de que todo fuera una broma pululaba en su mente. Pero ¿y si no?

Cerró los ojos y, aunque le costó, trajo el recuerdo. Respiró hondo, como si fuera a zambullirse en una piscina, sintió un hormigueo en el brazo mientras sacudía la fotografía que, atrapada entre sus dedos índice y pulgar, comenzó a revelarse.

*

Estaba de pie mirando una chimenea en la que ardían algunos troncos. Apartó los ojos del fuego. Le faltaba el aire, como si acabaran de golpearle el pecho. Sintió frío en la nuca, la cara y la espalda. Tenía la boca seca. Le temblaron las manos y las piernas. Apretó la mandíbula, algo entre su pecho y su abdomen se retorció. Retrocedió a tientas hasta tropezar con lo que parecía una silla y logró sentarse. Se quedó ahí un par de minutos, hasta que su pulso se calmó y pudo abrir los ojos. La habitación lucía casi como la recordaba. Las paredes estaban empapeladas con un diseño de flores, pero ¿no odiaba ella los diseños de flores? Los muebles de madera y tapizado rojo oscuro ocupaban la mayor parte del estudio. ¿No habían sido de color verde? Sacudió la

cabeza tratando de quitarse la confusión. A pesar del fuego, la estancia tenía una especie de oscuridad fría que se aferraba a las esquinas.

Caminó lento por la habitación, una molestia en la cadera la hizo detenerse. Respiró intentando absorber lo más que podía de todo aquello. Un corrientazo le atravesó el cerebro. Empezaba a recordar de verdad.

El vestido que llevaba puesto no era rosa pálido, como habría jurado, sino fucsia chillón. Se había quitado los tacones. Tenía el cabello recogido en un peinado fijado con laca, un par de guantes blancos y medias veladas color hueso. Los pelos de la alfombra se filtraban entre los hilos de las medias y le hacían cosquillas en la planta de los pies. De repente, sintió náuseas.

Sobre la mesa, había un periódico y un papel doblado. Les dio una ojeada para comprobar la fecha. Había ido al doctor esa tarde. Le dolía la cabeza. Todo parecía tan real. La molestia en el pecho regresó, aunque menos intensa.

Salió del estudio y recorrió la casa. Los recuerdos surgían con cada cosa que observaba. Antes le había gustado leer novelas de detectives y ciencia ficción, también bordar y tejer, ¿y tocar el piano? ¿Qué hacía ese piano en medio de la sala? Creyó ver por el rabillo del ojo cómo los rincones se oscurecían en cuanto dejaba de ponerles atención. A pesar de las náuseas y los escalofríos, continuó caminando hasta llegar a la habitación principal. La foto de la boda estaba sobre el tocador. Se veían felices y enamorados.

Emilia escuchó la puerta principal abrirse con un sonoro clac. Corrió hacia la entrada. La sensación de ser tan ágil la tomó por sorpresa.

Lo vio parado en el umbral. Empapado, sacudía su abrigo para desligarse de los restos del chaparrón que caía fuera. Tenía el cabello rubio, revuelto. La nariz y los pómulos rojos por el frío. De su mano izquierda colgaban las llaves y el maletín del trabajo, y en la derecha sostenía un ramo de flores. Él le regresó la mirada. ¡Qué hermosos eran sus ojos cafés! ¿Siempre fue así de alto? Ella no quiso moverse por miedo a romper el espejismo. Le bastó ver su sonrisa para recordar lo mucho que aún lo amaba. Corrió hacia él y le plantó un beso que provocó que le doliera la mandíbula. No importó. Puso en sus labios todos los años que le había guardado luto.

Emilia sintió el frío de él refrescándole el cuerpo. El mareo no había remitido, la cabeza le daba vueltas y no podía parar de sonreír, hasta que recordó cómo se desarrollaba el resto de la velada.

Ella lo llevó a la habitación, se desnudó y le quitó la ropa. No hubo pudor ni vergüenza. Era una mujer con tantos años y experiencias, y quería volcarlas todas en su amor perdido. Lo besó con anhelo y desesperación. Cuando él le preguntó a qué se debía aquello, le confesó que estaba embarazada y vio la felicidad encenderse en su esposito.

Carlos se levantó de la cama. Emilia no pudo evitar reírse cuando comenzó a brincar de un lado al otro, cuando se tiró a su lado y comenzó a besarla por todas partes. Habló de nombres y de fechas, de si era niño o niña, de a qué escuela iría, de que tenían que comprar una casa y también empezar a ahorrar para la universidad. Emilia se dio cuenta de que no recordaba lo maravilloso que se había sentido entonces. Fue testigo del momento en que la idea de salir de casa surgió en la mente de él. Quería contarles a sus padres, le dijo mientras buscaba su ropa en el suelo.

Sintió miedo. Sabía que no debía hacer nada para evitar que pasara lo que debía pasar, que iba en contra de la advertencia de la carta. Pero la voz en su cabeza quedó sepultada bajo el latido de su corazón. Lidaría con las consecuencias después.

Emilia detuvo a Carlos cuando estuvo a punto de salir, le rogó que se quedara. Le prometió que al día siguiente irían juntos a contarles a todos. Pero él insistió hasta que ella fingió desmayarse. Más tarde, cenaron algo que él cocinó, lo escuchó tocar el piano y se quedaron en casa. Después volvieron a la cama y sobre el pecho de él, Emilia cerró los ojos.

*

—¿Qué te pasa con esa cosa, Emilia?

La pregunta de Carlos llegó desde atrás. Ella parpadeó

—Llevas sacudiendo esa foto por más de cinco minutos.

Emilia se giró con brusquedad, la cadera le traqueó. Frunció la boca por el dolor. En el umbral de la puerta principal, él la miraba a través de unas gafas de montura azul. Ese color nunca le había favorecido. Lucía más bajo. El cabello, antes rubio, ahora era blanco.

Tenía la piel arrugada en la comisura de los labios y alrededor de los ojos marrones, algunas manchas subían por el puente de su nariz y se perdían en la espesura de sus cejas. La emoción de verlo la dejó sin palabras. Sintió cómo le temblaba el labio, la vista nublada por las lágrimas.

Caminó hacia la entrada y lo abrazó con fuerza. Él se quedó quieto. No le regresó el gesto, pero le susurró un feliz cumpleaños que sonó seco. Se quedaron allí hasta que Carlos le preguntó a qué se debía tanto cariño. Ella retrocedió e intentó besarlo, pero él se apartó.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—No me pasa nada —respondió Emilia—. Entra, tenemos que prepararnos.

—¿Prepararnos para qué?

—La comida con Carla.

Se dio la vuelta y retrocedió hasta el pasillo. Carlos no la seguía. Miró la foto que tenía en la mano. Una joven y muy cansada Emilia sonreía mirando a la cámara, entre sus brazos descansaba una niña con el cabello tan claro que apenas si era visible. Al pie de la foto empezaba una inscripción a medio borrar. El silencio de Carlos provocó que Emilia por fin mirara sobre el hombro.

—¿Qué pasa, cariño?

Carlos la miraba extrañado, como intentando descifrar algo en ella. La tristeza afloró cuando el silencio de él se prolongó. Una punzada de dolor le atravesó el pecho, le hormigueó el brazo. Emilia miró alrededor. ¿Por qué estaban las paredes decoradas con flores? ¿No faltaba algo? El aire abandonó sus pulmones como si se los estuvieran estrujando. Carlos avanzó cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa, Carlos? —La voz se le quebró.

—Emilia —respondió acercándose.

BRAYAN G. ANAYA (Medellín, 1994). Descubrió su amor por la literatura en sus últimos años escolares. Se graduó como licenciado en Lenguas Extranjeras con énfasis en Inglés, en la Universidad Católica Luis Amigó de Colombia, donde se dedicó a la investigación y redacción de textos académicos. Los resultados de su estudio «Sociocultural factors that influence migrant students' academic performance in an english language teaching program: Voices from abroad» se publicaron en la revista estadounidense *The Qualitative Report*. Posee un Máster en Escritura Creativa por la Universidad Complutense de Madrid. Aunque es un fanático de los géneros de fantasía y terror, sus estudios le han llevado a explorar y escribir en diversos géneros.

Escombros

JOSÉ ROBERTO PULIDO

«Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos».
—César Vallejo

El frío seco de la meseta comenzaba a calar los huesos. Habían llegado a Madrid a finales del verano. Se instalaron en un piso cerca del centro. Natalia le leía fragmentos de su próxima novela en la cama, antes de dormir. Tenía una voz profunda y cadenciosa. Nunca levantaba la vista hasta que terminaba de leer un capítulo. A él le gustaba escucharla porque conseguía arrullarlo y siempre alguna de esas imágenes se escurría dentro de sus sueños.

Nat terminó de leer el capítulo. A lo largo de la noche se escuchaban voces jóvenes que iban de vuelta a casa, luego de la marcha por los bares. Cerró la laptop, la dejó sobre la mesilla de noche y se fueron a la cama. Al cabo de un rato, él abrió los ojos, se quedó mirándola un momento de cerca. Su piel era lisa, blanca y su rostro afilado. Lo española le venía de parte de su madre. Le acarició el rostro con suavidad, como si no quisiera despertarla.

—Tengo hambre —dijo en un murmullo.

Ella apenas se movió y emitió un leve quejido. Él se paró con cuidado y fue a la cocina, calentó un poco de café. Buscó en la nevera y cogió una rebanada de pan, un poco de jamón y se preparó un sándwich. Mientras comía ojeaba el tomo de los cuentos de Raymond Carver, uno de los pocos libros que había llevado consigo. Estuvo largo rato tratando de concentrarse en la lectura. Al poco tiempo, desistió. Tomó su teléfono. Allá, del otro lado, era plena tarde. Pensó en lo que estarían haciendo sus amigos, en publicar algo sobre sus meses en Madrid, pero la idea lo abandonó casi de inmediato. Terminó de comer. Regresó al cuarto y volvió a meterse a la cama. Tenía los pies fríos, así que pegó su cuerpo al de Nat. Ella volvió a gemir y le dio la espalda. Él pasó la mano por su cadera, con delicadeza, se la metió debajo de la camiseta y acarició su piel.

—Estás helado —le dijo Nat.

—Creo que nos sentiremos bien —contestó él—. Creo que lo mejor fue venirnos para acá, allá no quedaba nada.

—¿No puedes dormir? Trata de descansar un poco.

—Otra vez tengo insomnio.

—Cierra los ojos y trata de relajarte.

Pero fue inútil. Afuera, la luna resplandecía como una sonrisa igual a la de los rostros que aparecían en los anuncios de Gran Vía. Después de un rato él dijo:

—Nat, estaba pensando en nuestro regreso de Ávila.

—¿Qué pensabas? —respondió ella, jalando la colcha hacia su rostro.

—No quiero despertarte.

—Ya estoy despierta. —Se puso boca arriba, acomodó la almohada y se sentó en medio de la oscuridad.

—¿Recuerdas lo que pasó en el tren? Traías los audífonos puestos, leías una revista y de pronto echabas una mirada, pero estabas en lo tuyo. Venían tres colombianos, eran negros. Estaban cansados y un poco sucios. Habían ido a trabajar a un pueblo.

—Ajá.

—Eran una mujer y dos hombres —continuó—. El inspector del tren se acercó y les pidió su boleto, ¿recuerdas?

—Ajá —contestó Nat, seguido de un largo bostezo.

—Les pidió su boleto o el «tiquete», como dicen ellos. —Él soltó una risotada. Ella apenas sonrió, pero él no podía verla—. Los colombianos se pusieron nerviosos. Yo trataba de no mirar, pero me costaba trabajo quitar los ojos. Se veían agobiados, como si hubiesen tenido días muy malos.

—¿Cuál es el punto?

—El punto es que la mujer comenzó a buscar en su mochila, en su bolsa, en los bolsillos de sus jeans y nada. Parece que se había colado en el tren. El inspector le dijo que si no pagaba ahí mismo los veinte euros del pasaje, tendría que bajar en la siguiente parada. Ahí me perdí —dijo, frotándose las manos por el frío—, porque la ella se puso a cuchichear algo con el inspector, pero el caso es que él le dijo levantando la voz: «Tiene que arreglar el asunto cuando regrese. Si no, deberá bajar. Ya vuelvo». La mujer discutió con los otros dos hombres. Yo alcanzaba a escuchar frases como: «sí te bajas, tendrás que ir caminando porque ya

no nos alcanza» o «sí, hay que juntar lo que tengamos y hasta donde nos alcance el camino, de ahí, te vas andando». —Hizo una pausa—. El tren iba lleno, ¿te acuerdas? Los que estábamos ahí veíamos la escena y ninguno hacía nada. Yo es que en realidad no sabía qué podría haber hecho. Solo desviaba la mirada hacia el paisaje, los olivos, las casas viejas. Me sentía avergonzado. Tú no hacías caso, estabas leyendo, me lo mostraste alzando la revista y señalando con el dedo una página. El asunto es que el inspector volvió después de un rato.

La respiración de Nat era profunda. Se había quedado dormida de nuevo.

—¿Sigues ahí?

—Sí, estoy escuchando, ¿qué pasó después? —dijo ella, luego de un largo suspiro.

—Que la mujer estaba muy nerviosa, volvió a hablar con el inspector, parecía ya no importarle que los viajeros la vieran. Le explicó que, en realidad, el que no tenía boleto era su esposo, que habían llegado hace unos años a España, que consiguieron un trabajo a las afueras de Madrid por unos días, pero que el hombre que los contrató les había prometido pagarles el boleto de regreso y que no lo había hecho, que incluso les había dado menos dinero del que les había prometido. A la mujer se le cortaba la voz. Estaba a punto de llorar. Te lo juro. El inspector le decía que no podía hacer nada. Se lo decía en un tono más compasivo, menos agresivo que antes. Entonces el otro hombre se paró, se le plantó a la mujer enfrente y le dijo que ya estaba bien, que si no había forma de arreglarlo de otra manera, lo mejor sería pagar el pasaje completo hasta la terminal de Chamartín. Era altísimo. Sacó un billete, le pagó al inspector, este le dio las gracias, lo miró un momento y luego le dijo que podía demandar al hombre que los había contratado, que ese tipo de acciones se penalizaban en «este país». Así le dijo, «este país». Luego se fue. Los colombianos discutieron un poco más y poco a poco los pasajeros dejaron de prestarles atención. Yo los miraba. Me sentía inquieto. Recordé que antes me decías que a los mexicanos nos tratan diferente, que era difícil ver a alguno de mesero o trabajando en obra pública. Yo creo que esos se van al gringo, ¿sabes?

Nat se dio media vuelta y pasó un brazo sobre el dorso de su marido.

—¿Qué pasó después?

—Enfrente de mí, al lado tuyo, había un profesor de literatura. Sé

que era de literatura porque tenía desplegados los papeles de su clase sobre la mesita. Alzaste la mirada y yo te hice una señal para que vieras lo que estaba anotando, pero creo que no me entendiste. Ya nunca lo hablamos después. Podía leer cosas en las notas de aquel profesor como «poesía de vanguardia latinoamericana», «César Vallejo», «Trilce». Era muy curioso. En otra hoja tenía un poema completo de Vallejo y, resaltado con marcador, los versos: «Hay un lugar que yo me sé en este mundo, nada menos, adonde nunca llegaremos».

—Sí, creo que recuerdo al profesor —dijo Nat, con voz pastosa—. Se estaba a gusto en el tren con la calefacción.

Él no hizo caso, estaba absorto en sus pensamientos. El silencio en la habitación era tan pesado como el frío.

—¿Conoces ese poema, Nat? —dijo después de un rato. Y luego, el silencio. Podía escuchar el vaivén acompasado de su respiración—. ¿Te has vuelto a dormir?

Ella no respondió. Él se levantó de nuevo. La arropó, se puso una sudadera y encima una chamarra, las pantuflas de felpa y el pantalón de mezclilla encima del pijama. Salió del cuarto. Fue a la cocina, preparó un poco de café y encendió uno de los cigarrillos de Nat. Estuvo fumando un rato viendo hacia la nada, pensaba en el poema de Vallejo, en la manera en la que algunas ideas van perdiendo su brillo y en el desvanecimiento del aura mítica de algunas tramas literarias. Recordó una de sus clases en la facultad donde su maestra de Historia de la Lengua explicaba que, de acuerdo con la Real Academia, el español más neutro, el mejor, se hablaba en Colombia. Nunca he estado en Colombia, pensó. Encendió otro cigarrillo y trató de volver a su libro de Carver.

Escuchó un ruido sordo dentro del edificio. Se sobresaltó y regresó al cuarto, agitado. Le preguntó a Nat si había escuchado algo, pero ella seguía dormida y solo gruñó un poco. Él se quedó de pie. Voy a salir, dijo de pronto hacia la oscuridad.

Cogió la linterna de la caja de herramientas que habían comprado cuando llegaron. Cerró con cuidado la puerta del departamento. Debía venir del segundo piso, pensó. Subió las escaleras. Hacía más frío de lo que hubiese imaginado. El aire anunciaba la llegada del invierno. Subió las escaleras con cuidado para no despertar a los vecinos. Se detuvo justo enfrente del 2º B. La puerta estaba entreabierta. Creyó que lo mejor era llamar a la policía, pero no lo hizo, tal vez porque la policía nunca había

arreglado nada en su país o porque no quería montar un espectáculo en la madrugada, o porque, siendo extranjero, qué tal si le pedían sus papeles.

Entró y cerró la puerta con suavidad. El lugar era un chiquero. Recordó que uno de los vecinos, un turco que vivía en la planta baja y se encargaba de limpiar los pasillos y sacar la basura, le contó en un español enrevesado y con seseos excesivos que en ese departamento vivía una mujer con síndrome de Diógenes. Había muerto hacía algunos meses y nadie, hasta hacía unos días, había venido a reclamar nada. Le habían encargado limpiar el piso porque los hijos querían ponerlo a la venta, pero él no pensaba hacerlo hasta no ver los euros en su mano.

Apenas había espacio para moverse. El suelo se perdía en un mar de latas vacías, botellas de plástico, platos sucios, basura, revistas, periódicos y pilas de libros. Los muebles estaban retacados de cosas viejas e inservibles. Teléfonos de timbre, lámparas, miniaturas de todo tipo, figuras de cerámica rotas y bolsas negras esparcidas por doquier. Miles de papeles. En medio de aquello recordó cuando se fue a cortar el cabello a Old Fashion y el peluquero, que se le figuraba al rey, pero con barba de candado, le preguntó si pensaba quedarse a vivir en Madrid. Él respondió que sí, que lo intentaría con su mujer. Que eran escritores. Que él era poeta. El peluquero le había dicho que en España se vivía bien, sin preocupaciones, y que era una lástima que México fuera un país tan peligroso, que, tal vez, si no hubiese sido por las guerras de independencia, muchos países latinoamericanos estarían mejor ahora si estuvieran adscritos a la Unión Europea.

Mientras miraba las pilas interminables de periódicos y revistas desgastadas, no podía creer que hubiera sido incapaz de responderle al peluquero en aquella ocasión, pero ¿qué le habría dicho? Era verdad que en Madrid se vivía bien, pero también era cierto que, a pesar de todo, en la Ciudad de México nunca lo asaltaron y aquí, en una noche de bares, le robaron la mochila con la computadora adentro, su libreta de notas y un par de libros que sacó días atrás de la biblioteca. La acumulación de la vecina muerta era la huella de una historia tan antigua como la de ese continente: centurias de mezclas, guerras, conquistas, despilfarros e independencias se apilaban en aquel cuarto podrido. Era un mínimo fragmento con el que se dibujaba parte del rostro falible de la humanidad.

Se sintió nervioso en medio de aquel espacio sin aire. Lamentó

haber salido de su departamento. Estaba mareado, con el pecho oprimido. Creía que iba a vomitar. El lugar daba vueltas. Años de historia se tambaleaban junto con aquellas pilas de periódico.

Tomó aire. Quiso guardar la calma, pero oyó otro golpe seco que provenía de la habitación, también atestada de cosas, y gritó. Soltó la linterna y salió deprisa. Bajó corriendo a su casa. Entró nervioso, jaló una bocanada de aire y se dirigió al cuarto. Abrió la puerta con la esperanza de que el ruido esta vez sí hubiese despertado a Nat, pero ella seguía durmiendo. Caminó hacia la ventana y miró a través de las rendijas. Vio una luz encendida en el edificio de enfrente. La luna seguía allí. ¡Carajo!, susurró y empezó a reír.

Estuvo así largo rato, parado frente a la ventana. Nada se escuchaba más allá de la plaza. Se volvió para mirar a Nat, que roncaba con un suave bisbiseo, y se desvistió despacio para no despertarla. Se recostó tapándose hasta el cuello. Entrelazó las manos sobre su pecho por debajo de las sábanas. La tranquilidad comenzaba a apoderarse de su cuerpo. Poco a poco, sus músculos se aflojaron. Permaneció inmóvil hasta casi entrado el amanecer. A lo lejos, se escuchaban las voces de los que habían sobrevivido a otra noche de juerga. ¡Dios!, pensó, ¡de qué sirve hablar el mejor español en un lugar como este! Y se quedó dormido.

JOSÉ ROBERTO PULIDO (Ciudad de México, 1985). Ha publicado en suplementos como *Letras Libres*, *Nexos*, *Confabulario*, *Tierra Adentro*, *Periódico de Poesía*, entre otros. Ha sido becario del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del Estado de Veracruz (PECDA) en 2009, 2012 y 2021. Asimismo ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) en 2015 y 2019. Poemas suyos aparecen antologados en el libro *40 Barcos de Guerra* (Editorial VersoDestierro, 2009). Fue compilador —junto con Roberto Culebro y Josué Sánchez— del libro *Facciones: Ensayos sobre Alfonso Reyes* (Universidad Veracruzana, 2012). En 2015 publicó el libro *Permanencia voluntaria* (Diablura Ediciones); en 2020 *Tigre* (Cuadrivio Ediciones); y *Escenas de vacas interminables* (Malpaís Ediciones) en 2021. Cursó el Máster en Escritura Creativa en la Universidad Complutense y actualmente es editor de mesa en la editorial Almadía.

El ciervo

MARÍA JOSÉ CORREA

7

Una voz rompe el sonido de mis palpitaciones en un pasillo de muros blancos: «La señora acaba de despertar. ¿Desea entrar?».

Asentí y le pedí a la enfermera que me llamara por mi segundo nombre. Así también me presenté ante ella. No sabemos si podrá reconocerla, me dijo la mujer de la cofia. Entré a la habitación y la convencí de que era una amiga de la infancia de su marido, que nos habíamos conocido en el pueblo y que había asistido a su boda. Ella estaba anestesiada y aceptó mi relato. Fue la primera vez que sostuve su mano.

Antes de ese encuentro, éramos dos desconocidas. Fui la primera en verla luego de la llamada. La enfermera me dijo que había encontrado mi teléfono entre los papeles de uno de los pacientes y supuso que yo era de la familia. No la corregí.

«¿Me estoy muriendo?». La misma pregunta en todos nuestros encuentros. Cuando visitas a alguien a diario, surge una complicidad forzosa. «¿Voy a morir?». Yo insisto que no. Lo que no deja de asombrarme es que, a pesar de los moretones y las fracturas, su voz parece ser lo único que aún no se ha quebrado.

«No viniste ayer».

No es fácil entender sus murmullos ahogados. Le digo que lo siento, que son días complicados, que afuera el terror se expande. Me acerco para acomodarle las almohadas y le pregunto cómo se siente hoy. Pero me arrepiento. Le pido que no se esfuerce, que solo me indique con la cabeza. «¿Quieres que busque a alguien? ¿Llamo a la enfermera?». No me responde. Observo sus magulladuras. Verla contraer el rostro mientras intenta articular palabras me genera una sensación de ardor en la piel.

Han pasado dos semanas desde que me llamaron. He tratado de visitarla todos los días. No estoy segura de por qué estoy aquí. A veces me convengo de que ver sanar su cuerpo podría redimirme de alguna forma. Siempre me pregunta por él. Ya no sé qué responderle.

6

Me apuntan dos iris verdes que llueven cálidos, presos de la vacilación. Mi lengua rota, la ventana empañada. El río refleja el follaje. Inclino la cabeza, el viento huele a ciudad, a lluvia domesticada. Dos luceros me someten, paredes blancas, un rostro parece familiar. Ocupo espacio, soy volumen, extensión, existencia y me pesan los párpados. Un ave de presa acecha escondida con sus pupilas verticales. Soy un saco de carne, inútil, casi congelado. Abro los ojos. Afuera espera el encierro.

5

Su marido alista el rifle. Es viernes por la mañana. La noche previa, iluminada por una lámpara solitaria en una esquina de la habitación, ella había hecho un esfuerzo por esperarlo despierta. Permaneció de pie, envuelta en una bata y, cuando se asomaba por la ventana, su pelo se confundía con la oscuridad del exterior. Después de ver a los últimos vecinos entrar en sus casas y asegurar las cerraduras, se dejó atrapar por el sueño.

En la radio, los terroristas vuelan torres de electricidad y dejan sin luz a medio país. Los atentados son cada vez más frecuentes.

Hoy no hay toque de queda. En un extremo del salón, sentado, él empuña una escopeta. Chaqueta caqui. Sus ojos negríssimos apuntan a la nada. En el lado opuesto de la estancia, reposa una mesa con platos de un desayuno olvidado, y en una repisa, un teléfono sin vida.

«¿Tienes un momento?».

Él no voltea, empieza a moverse con prisa. Dice: «Estoy apurado. Mañana tengo compromisos que no puedo postergar». El fulgor de su placa reposa en el sillón. Ella trata de descubrir su estado de ánimo en la voz.

La temperatura de la pieza parece descender con cada frase. ¿Está intentando escapar de nuevo? Ya había sucedido antes, como cuando ella había dado a luz la última vez y el bebé se negaba a prenderse de sus pezones agrietados. Una boca que aún no pronunciaba palabra alguna, pero que lloraba sin cesar.

«En la noche me iré al sur y espero que vengas conmigo. Si decides hacer tu propio viaje este fin de semana, no estaré aquí a tu regreso». Ella sale del salón sin darse crédito por su contundencia. Se entretiene

lavando los trastos de la primera comida del día. Busca refugio en una actividad operativa para escapar de los plomos que su mente puede disparar. Pero también la mente puede ser un bosque donde es fácil perderse. Apagones. El apremio de ingeniar maneras de distraer a los niños en la oscuridad iluminada con velas. Un hombre que se desvanece. Los alimentos estropeándose en una nevera sin electricidad. Las palabras de su madre martillando: «Por la familia, una es capaz de todo». Picar las cebollas y aprovechar para desahogarse. En casa, silencio. Afuera, el ulular de las sirenas.

El timbre del teléfono la rescata. Él levanta el auricular: «Hola. Sí, ya tengo casi todo. Hay un cambio de planes».

4

El sepia sobre ti no se posa, guarida que das calor. Me pienso intacta y me aventuro entre hayas y robles y el sol se tiende sobre tu lomo. Quiero que cantes más alto, que el bramido me traspase. Quiero quemar el bosque contigo adentro. Es la danza de los cuerpos, pero mi carne no es con la tuya, tu olfato no detecta la sangre, ni mi pelaje, ni el cuero herido y golpeado por el otoño que se va.

3

Lo conocí hace tres o, quizás, cuatro años durante una excursión a la sierra. Los árboles estaban casi desnudos, con sus pocas ramas inclinadas hacia el suelo. Me acuerdo porque coincidió con la berrea y los bramidos de los ciervos resonaban en el coto de caza, y en la noche se colaban por las paredes de las cabañas. Dicen que es un auténtico espectáculo de la naturaleza. Para ser honesta, no me lo parece. Un grupo de venados compitiendo por el derecho a reproducirse, enfrentándose para asegurar su posición en la jerarquía de la manada... Suficiente con los machos en celo de la ciudad.

El asunto es que el evento atraía a cazadores, fotógrafos, amantes de la vida silvestre y toda clase de curiosos como yo, que fui a parar allí porque uno de mis compañeros de viaje debía tomar fotos para el periódico en el que trabajábamos. Comida y hospedaje gratis. A decir verdad, me pasó la mayor parte del tiempo en la taberna del pueblo. Allí

me encontré con él. Una intensa mezcla de pisco y loción de afeitar. Interrumpió cuando hablaba con el cantinero sobre la berrea: «Así establecen su dominio. Es una señal para alertar a otros machos de que el territorio está ocupado y que es preferible que se mantengan lejos». El hombre detrás de la barra se apartó y los dos nos quedamos conversando.

Me convenció de que era un sujeto simpático. Ser elegida es más fácil que elegir, es cuestión de puntería. Un bramido desde la llanura paralizó el lugar por un instante, hasta que él cortó el silencio hablándome de su escopeta. Me contó acerca de la variedad de balas que poseía, el meticuloso kit de limpieza con el que la mantenía en perfectas condiciones y cómo podía pasar horas con ella entre sus manos. Después dijo algo sobre la violencia y empezó a vociferar que con ese fusil se cargaría a los «terrucos». Todos voltearon a vernos. Yo bajé la mirada y me puse pálida, le pedí que se callara. Después de varios sorbos de cerveza, alcé la vista y me encontré con unos ojos aguosos.

2

Entregarse al olvido, creer que la amargura ha emigrado. Punzada lumbar, una bala de plata hace hueco en mi espalda. Los opioides guardan su manjar en la punta de un pistilo. Y hay que fingir mientras las pastillas no se disuelven y se adhieren las palabras, sin tregua, pero me canso porquesepararlastambiénduele. Las letras se aferran con los dientes, se agarran como yo al pecho de mi madre.

1

Ella nunca estuvo de acuerdo con el pasatiempo de su marido. Durante años trató de persuadirlo, sin éxito. Ni siquiera cuando las ciudades empezaron a quedarse a oscuras. La emoción que él experimentaba con la montería, el rececho y el aguardo pudo más que los pedidos de su mujer. Ella no entendía, le costaba entender. Lo que sí pudo fue convencerlo de no llevar a sus hijos a abatir ciervos.

Se montaron en el auto pasada la medianoche. Les sorprendió la serenidad de la carretera para ser fin de semana. La radio murmuraba a un volumen apenas perceptible. Él tenía la mirada fija en la pista y

ocasionalmente la desviaba hacia el retrovisor. La de ella apuntaba al lado derecho del camino. Se frotaba las manos, se podía oír el crujir de sus nudillos. Cerca de la una de la mañana, un rumor: «Sé que hay una mujer».

Un furgón adelantó a la pareja. Silencio. Ella giró la cabeza: «¿Hola?». Nada. Él observaba por el espejo los vehículos cercanos. «No estoy molesta, lo único es que...».

«Basta». Un ruido seco.

Pero ella, con insistencia: «He estado dándole vueltas a algo».

Nada más que un carraspeo como contestación.

Y el susurro tímido que se esmeraba por articularse: «¿Qué opinas de darnos un tiempo?».

«No me vengas con esas cosas».

«¡Estoy sofocada! Es como si hubiera un gigantesco animal entre nosotros».

«Me duele la cabeza», interrumpió él, las manos siempre en el volante.

«No estoy diciendo que sea definitivo. Nadie tiene que darse cuenta...».

«El frasco de mis pastillas está en la guantera», volvió a cortarla con voz áspera.

Al ver que ella solo atinaba a exhalar profundamente, él se desabrochó el cinturón de seguridad para buscar una tableta. Ninguno se percató cuando, del lado derecho de la carretera, surgió un coloso de ciento cincuenta kilos, con patas delgadas y largas, y cornamenta.

MARÍA JOSÉ CORREA CHÁVEZ (Chiclayo, 1986). Comunicadora peruana con experiencia en edición y corrección de textos. Tiene un Máster en Escritura Creativa otorgado por la Universidad Complutense de Madrid y aspira a dedicarse a impartir talleres en esta disciplina. Ha publicado crónicas y reportajes, ha participado en edición de revistas y ha revisado textos en editoriales y el Ministerio de Educación de su país. Tiene predilección por los relatos cortos, coleccionar postales de las ciudades que visita, la música en vivo y las caminatas largas.

En el espejo

LAURA RUIZ

Todo era blanco ese día, menos los pensamientos de Blancanieves. No podía dejar de preocuparse por el futuro del hijo que esperaba. Tenía la sensación de que el reino no era un lugar seguro. La imagen de sí misma dormida para siempre en un ataúd de cristal cubierto por la nieve y el olvido no la dejaba en paz.

Le aterraba que si fuera una niña pudiera ocurrirle lo mismo. Por eso, examinaba el espejo sin atreverse todavía a tocarlo. Respiró profundo y acarició con suavidad su vientre, lo miró durante unos segundos y por fin se decidió a extender la mano. La superficie fría se onduló con su tacto.

El hada madrina le había advertido que no lo hiciera, que procurara crear un espacio feliz para su bebé. Pero Blancanieves no podía permitir que una nueva bruja apareciera para hacerle daño. Logró convencer al hada. «El espejo solo servirá para un viaje de ida y vuelta — le dijo—, tendrás una única oportunidad para averiguar lo que quieres».

Blancanieves caminó hacia el armario. «Todo estará bien», susurró. Se colocó una capa gruesa y, sin pensarlo mucho más, dio un paso hacia adelante, introduciéndose en el espejo.

El cruce fue tan rápido que tuvo la impresión de que no había viajado en el tiempo. La estancia a la que llegó estaba ocupada por una cama tallada en madera y cubierta con una colcha nívea, un pequeño tocador y un armario de roble. Al lado había un librero y una alfombra de lana. Un par de velas alumbraban el espacio. Había un carrusel que daba vueltas y un árbol de ramas doradas. Una cortina corrida escondía una ventana. Blancanieves abrió el cerrojo y se asomó por ella. Desde abajo, los jardines de su castillo le devolvieron la mirada. También era invierno en el futuro. Respiró el aire frío y la cerró.

Se dirigió a la cama, levantó el velo que colgaba del dosel y tocó la colcha. ¿Sería su habitación? Era muy parecida a la que había dejado al otro lado del espejo. Observó los cojines y la cabecera. Esculpidas en la madera, unas hadas daban la impresión de estar revoloteando. Una enredadera llena de flores amenazaba con salirse e inundar las

almohadas. Levantó la vista y descubrió un cuadro colgado en la pared, sobre el lecho. El marco era dorado, en el lienzo estaban pintadas dos mujeres. Tenían el cabello negro, la piel blanca y los labios color carmesí. Los ojos de la más joven eran grises y los de la mayor, negros.

Blancanieves se sorprendió. Estaba claro que una de las mujeres del cuadro era ella. La otra, entonces, debía ser su hija. Se quitó las zapatillas y subió con cuidado a la cama. Apoyada sobre los cojines, se acercó al cuadro y extendió el brazo hasta rozar la mejilla de óleo de su pequeña.

«Serás hermosa», dijo en un susurro. Una sonrisa le había subido a los labios y sus ojos admiraban ensoñados a la criatura que todavía no conocía.

Después de un tiempo, se sentó en la cama y llegó a la conclusión de que esa debía ser la habitación de su hija. Se colocó las zapatillas y se levantó. Debía encontrarla y asegurarse de que todo había salido bien. El cuarto estaba frío. ¿Por qué no habría más que un par de velas prendidas en la habitación? Era invierno, el hogar debía de permanecer encendido.

Echó un último vistazo al cuadro y caminó hacia la puerta de madera que se encontraba en un extremo. La abrió con cuidado de no hacer ruido y se encontró al pie de unas largas y estrechas escaleras de piedra. «¿La habitación de mi pequeña está en una torre?», pensó con asombro. El día anterior, al otro lado del espejo, había dado los últimos retoques al cuarto de su hija, el cual, estaba segura, quedaba justo al lado del suyo.

Bajó las escaleras con cuidado. Al llegar al final, se recostó contra la pared y tomó aire. Cada vez le costaba más moverse sin pararse a retomar el aliento. Colocó ambas manos debajo de su barriga y la levantó un poco. «Ya casi», pensó complacida. Avanzó hacia la puerta de la torre y giró el picaporte. La estructura se abrió con un suave quejido. Se encontró en el pasillo que conducía a su habitación, no había nadie en él. Se acercó a una de las ventanas y divisó el firmamento. La luz de invierno tenía un tono apagado. La oscuridad del pasillo se le antojó poco natural. Comenzó a andar apresurada.

Esparcidas por el suelo, había unas páginas amarillentas. Blancanieves se agachó con esfuerzo y agarró una. Sobre un retrato en tinta negra, un «SE BUSCA» ocupaba gran parte del papel. Reconoció a la joven de inmediato. Frunció el ceño y leyó el resto del cartel. Su corazón latió frenético. Dejó caer la hoja y dio un paso hacia atrás. Se

sintió mareada. ¿Cómo era posible? Un ser maligno debía estar detrás del secuestro de su hija. Pensó que el destino de las mujeres de su familia estaba marcado por la tragedia, mientras un ligero temblor se expandía por sus dedos.

«¿Mi niña, eres tú?». La voz la sacó de su ensimismamiento. Dio un pequeño brinco y no supo si salir corriendo o dar media vuelta. El hada madrina le había dicho que no hablara con nadie del futuro. Una anciana se dirigió hacia ella con rapidez, se colocó delante y sujetó su mano, apartándola de su vientre.

«¿Qué ha pasado, mi niña? ¿Por fin regresas a casa? Tu madre te ha buscado inconsolable. ¿Has visto los carteles?». La nana, que se había encogido con el paso de los años, intentaba estirarse para verla de cerca. «¿Has ido a ver a tu madre? Se alegrará muchísimo». Los ojos de la vieja se desviaron unos segundos del rostro de Blancanieves. Sus hombros cayeron con un suspiro. «¿Ya sabes que ha cambiado, cierto? Está distinta. Hay muchos rumores que circulan entre la gente, pero contigo de regreso todo mejorará. ¿Por qué no hablas, mi niña? ¿Cómo entraste sin que nadie te anunciara?».

Blancanieves no supo qué decirle.

Se había sorprendido de que no la reconociera y temía que al hablar se delatara. Comprendía la confusión de la nana. En el cuadro, su hija y ella eran dos gotas de agua. Pero creía que la mujer, que las había criado a ambas, notaría la diferencia.

«Yo...», consiguió musitar.

«¡Oh! Ya comprendo —la interrumpió—. ¿Por esto no habías regresado? ¿Temías que se enojara?», preguntó la nana, acariciando el vientre de Blancanieves. Una sonrisa llenó como un sol el rostro de la anciana. «No tienes de qué preocuparte. Tu madre estará feliz de verte. ¡Un bebé! Eso le devolverá la vida a este lugar. ¡Ay, mi niña! ¡Tu sola presencia es ya como la primavera! Anda, ve con ella».

La nana retiró sus manos tibias, se colocó a su espalda y la empujó con suavidad para que caminara. Blancanieves dio unos cuantos pasos antes de girar la cabeza para mirarla una última vez. De pie, en medio de la alfombra, la mujer sonreía insegura, al tiempo que levantaba una mano agitándola hacia adelante, instándole a continuar.

Blancanieves sentía sus latidos rápidos contra su pecho y la bebé pateaba de vez en cuando, como si sintiera la agitación de la madre y respondiera ante ella. Cuando llegó frente a la puerta de la habitación,

volvió la vista hacía el lugar donde había dejado a la anciana, pero ésta ya no estaba. Antes de abrir, intentó escuchar si había ruidos al interior, pero lo único que percibió fue el retumbar de su corazón. El hada madrina también le había advertido que no se cruzara con su yo del futuro. Sin embargo, allí estaba, a punto de irrumpir en su cuarto para tratar de averiguar qué pasaba. Entró sin hacer ruido.

Tapices color carmesí decoraban el lugar. Una figura le daba la espalda, concentrada en contemplar un espejo de medio torso. Le recordó el que había usado su madrastra para encontrarla. El marco de plata estaba grabado con trepadoras y un rostro de mejillas regordetas con un moño en la cabeza. La mujer que lo observaba vestía una capa azabache. La melena larga y canosa se salía de la capucha a mechones desordenados.

Se inclinó un poco hacia adelante intentando reconocer a la mujer en el reflejo. Blancanieves agarró con fuerza su capa y tensó los labios cuando el rostro de una muchacha tomó forma sobre la superficie negra. Tenía la piel blanca como la nieve, el cabello negro como el ébano, los labios rojos como la sangre y sus ojos grises, como el cielo en invierno, avistaban a la nada. Reconoció a su hija. «Una bruja se ha adueñado del castillo, está buscando a mi pequeña y ha hechizado a nana», pensó. Recorrió la estancia con la mirada. En el tocador había dispuestos recipientes de diversos colores y tamaños y un gran libro, de tapas negras y tinta roja, descansaba abierto sobre la madera. Sin detenerse a pensarlo se apresuró hacia el mueble, tomó la botella más grande que encontró y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de la mujer. La bruja se llevó una mano a la coronilla y se giró hacia Blancanieves con los ojos abiertos como platos. Un hilo de sangre resbaló desde el lado derecho de su frente. Intentó alcanzar el espejo, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo con un golpe sordo.

Blancanieves se arrodilló a su lado y quiso tocarla, pero no fue capaz. La mancha de sangre que crecía bajo el cabello blanco de la bruja se expandía sin demora. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y un leve temblor comenzó a subirle por las piernas. Le costaba respirar y miraba a su alrededor con la mente en blanco.

«¿La he matado?», se preguntó con incredulidad. Respiró varias veces en un intento por tranquilizarse. Sacudió el cuerpo. Una, dos, tres veces. No respondió. Por primera vez, Blancanieves se atrevió a observar el rostro de la bruja. Sus ojos eran negros. Su piel, blanca y manchada

como la nieve a finales del invierno. Los labios, cuarteados por el tiempo, todavía guardaban un discreto color carmesí.

LAURA CATALINA RUIZ (Bogotá, 1995). Profesional en Estudios Literarios, especialista en Literatura Infantil y Juvenil, y magíster en Escritura Creativa. Su investigación «Estudio de la magia de los confines: una breve mirada a la fantasía épica escrita en Latinoamérica» (2021) ha sido publicada en la revista *Literatura: teoría, historia, crítica*. También es codirectora del pódcast *El refugio de fantasía*, un proyecto dedicado a la difusión y el estudio de la literatura fantástica y de fantasía.

No debes hacer nada

MARÍA NOVOA

María Luisa tenía una meta: llegar a la que en unos días sería la nueva casa de su hijo. El sol del mediodía hacía peligrar su permanente, el sudor que se acumulaba en el hueco de la nuca provocaba que las puntas de los mechones cercanos comenzaran a curvarse. La mujer sacó un pañuelo del bolso y se secó la zona en un intento de evitar lo inevitable. Odiaba pasar los meses de verano en la ciudad, con ese calor seco que emana del asfalto y los tubos de escape. El interior del bus en el que viajaba tampoco era de gran ayuda, había tal la cantidad de gente que apenas se podía respirar. «Lo que una hace por los hijos —pensaba apretujada en su asiento de camino a la nueva casa del pequeño—, con lo bien que yo estaría en mi playa de Guardamar en vez de ayudando en una mudanza».

Lo único que sabía de la casa era la dirección y que su nuera la había heredado de una tía. A decir verdad, estaba segura de que habría pasado más de una vez por delante de aquel edificio porque se conocía el barrio al dedillo. Al fin y al cabo, Tetuán era el escenario de su infancia. Cuando se casó, tuvo que trasladarse a Fuencarral por la animadversión de su marido a la ciudad. ¡Ay! Si su Juan hubiera sabido entonces que terminaría siendo parte del extrarradio Madrid seguro que se habrían ido aún más lejos de la urbe. A pesar de los años sin volver a diario, María Luisa sentía que era su hogar el que miraba por la ventana del autobús.

La megafonía del vehículo no tardó en anunciar «Bravo Murillo con Plaza de La Remonta» y la mujer le pidió permiso al hombre que se sentaba a su lado para poder salir. A empujones y enarbolando su bolso como si fuera la vara de un zahorí, fue buscando los recovecos entre los ocupantes para llegar a la salida.

—Disculpe, disculpe, perrrmiso —dijo bastante irritada.

Una vez fuera, tomó varias bocanadas de aire. Quería deshacerse del hedor a sobaco y otros menesteres, pero fue remplazado por el de la contaminación inherente a Madrid. Aquello fue poco alivio para el calor que sentía, ni siquiera ayudó el olor a bollería recién hecha de alguna panadería cercana. Incluso se le antojó el mar cuando le golpeó el aroma de los bocadillos de calamares de El Gago, pero no podía entretenerse tomando un respiro para almorzar.

Así que, decidida, cruzó al otro lado de Bravo Murillo y se internó en una de las muchas callejuelas que bajaban hacia su destino. Al llegar a la vía en la que se ubicaba la vivienda, se fijó en la numeración del portal más cercano para saber en qué dirección ir. Al parecer, no se encontraba muy lejos de su meta, lo que hizo que afrontara la última etapa con calma y mejor humor. Aunque, después del cuarto de hora en el bus, el calor se le había alojado bajo la piel y sabía que no se desharía de él en todo el día.

Pasó por delante de un bar que reclamó su atención. Pese a las tentadoras máquinas de granizado de limón que se podían ver sin problema desde la ventana, fue el rótulo que decía «El 97» lo que la cautivó. El año 1997 estuvo colmado de alegrías. Fue abuela por primera vez y testigo de cómo el bebé iba pasando de una bolita canija en enero a un trasto destrozabelenes en diciembre. Los niños siempre traen alegría a las familias, y a ella le iluminó la viudez. Una niña morena como su Juan, que en gloria esté, y con sus mismos ojos, le había devuelto las ganas de vivir. Por ella, incluso, se había apuntado a la autoescuela. Así, podría bajar de Fuencarral a Madrid siempre que deseara.

«Los años impares son siempre años buenos». María Luisa no se podía entretener en sus pensamientos, era más importante vigilar la numeración para no pasarse el portal y tener que desandar el camino. La melodía de los tacones acompañaba su andar por los adoquines nuevos y el asfalto reciente de la calle. Cuanto antes encontrara esa dichosa casa, más rápido se desharía del ardor que recorría su piel en pequeñas gotas.

Las consecuencias de haberse olvidado el abanico ya eran palpables. Así lo atestiguaban los rodales en las axilas de su blusa. El maquillaje se sentía como chocolate espeso escurriendo por su mandíbula, y el carmín, un fresón maduro chorreando en la boca. Ahuecó un poco el brazo, acercó con disimulo su nariz y la arrugó de inmediato.

Por suerte, vio un quiosco a tres pasos. «Al menos con un periódico me puedo abanicar». No pudo más que intuir al hombre tras el mostrador, pues había creado una mampara de humo con su cigarro. María Luisa tenía claro que eso solo podía ser fruto de un pitillo tras otro durante toda la mañana. Barrió con la mirada el expositor y se apresuró a coger un *Hola* que traía de regalo un abanico. Eligió el ejemplar que tenía uno blanco y lo soltó sobre el mostrador disipando un poco el muro de humo.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al borde de la asfixia.

—Ciento veinte pesetas.

—Ahí tiene —dijo, reprimiendo una tos mientras ponía el dinero en el mostrador y cogía la revista—. Gracias.

Huyó del quiosco, horrorizada de que alguien tan joven fumara como un carretero, y tomó un par de bocanadas de aire, intentando purificar sus pulmones. Luego, rompió el envoltorio de plástico de la revista y, con un movimiento de muñeca, desplegó el abanico. Lo examinó un instante y lo agitó hacia su cara. «No es bueno, pero para un apaño...».

María Luisa tenía la certeza de que debía de estar cerca. De lo contrario, tardaría poco en sufrir una lipotimia. Miró el número del portal siguiente y advirtió que se encontraba en la acera equivocada. Estaba contrariada, no se explicaba cómo no había cruzado antes. Entonces, se giró y lo vio: un bloque de tejas rojas y color crema. Se sorprendió de apenas distinguirlo. Desentonaba con los de su alrededor, pues los demás eran de ladrillo visto y este lucía una fachada lisa y clara. Una cenefa tostada le hacía un fajín desde el suelo hasta media altura de los portales. Ocupaba una manzana entera, aberrantemente hermoso. Cruzó el paso de cebra y se acercó al primer portal. Estaba exhausta. Era el que buscaba. Por fin.

Enfrente, el restaurante y la farmacia de siempre ya no existían. Ni siquiera el edificio, y tampoco la ferretería. La cuesta siempre estuvo ahí, pero las casas acababan mucho más arriba y el único sonido provenía de un taller de torneros y fresadores que hacían piezas para la Seat. Había muchos más árboles y el asfalto era inexistente. Solo polvorientas sendas y olor a pueblo. María Luisa lo podía ver, ya había estado en este sitio antes de que tuviera nombre, cuando el barrio era prematuro.

Recordaba ese lugar anónimo al que los niños de la zona bautizaron como Las Huertas, aunque llamarlo Huertas era muy generoso. Es cierto que había algunas tierras en las que los vecinos tenían pequeños sembrados de autoabastecimiento, pero en su mayoría era un erial que hacía las veces de vertedero. María Luisa se volteó para mirar la casa de nuevo y solo encontró un manchurrón crema que se disolvía ante sus ojos. «No es posible», murmuró para sí misma. En su lugar apareció un gran descampado, abarrotado de residuos metálicos de toda clase. Las malas hierbas lo inundaban como si fuera un mar tragándose bestias de latón y hierro. Tardó un rato en darse cuenta de que no se encontraba

apoyada en el tirador de la puerta, sino en una gran reja que debía haber formado parte de la cerca de alguna vivienda.

—¿Qué coño está pasando? —exclamó, apartándose de la reja—. ¿Dónde está la casa?

—¿Qué casa, señora? —contestó una vocecita a pocos palmos de sus pies—. A lo mejor te puedo ayudar.

María Luisa miró hacia abajo y vio a un remolino de rizos rubios con el rostro hacia arriba mirándola con expectación.

—Aquí hay pocas casas —dijo la niña al no recibir contestación de la mujer—, así que debes de estar buscando la de la Trini o la Adela, o tal vez la del Botardo. ¿Buscas trabajo? Porque el Botardo siempre tiene trabajo para dar, aunque suele ser para mozuelos.

—La... la... la casa —tartamudeó, incrédula— ha des... desaparecido.

—Aquí nunca ha habido casas —respondió la chiquilla—. Quizás alguna choza de gitanos o chabolas de barro de algún pastor, pero casas casas ninguna aquí abajo.

La mujer por fin se fijó bien en la niña. Tenía el pelo de un dorado trigueño y los ojos acero pulido. Tendría unos seis o siete años, un poco sabionda y bastante resuelta. Iba ataviada con un vestido camisero muy veraniego de color teja y un rosetón de cardenales en unas rodillas mucho más funcionales que las suyas.

—La Trini suele necesitar ayuda en la costura y la Adela en la cocina de su taberna —continuó la pequeña—. Si quieres te puedo acompañar, pero no sé... Normalmente no contratan a mujeres tan viejas, seño...

—¡Marisiiiiiiiiitaaaaa! —gritó otra niña que emergió de una camioneta desguazada, interrumpiendo la conversación—. ¡Te estamos esperando! ¡Deja a la señora y ven a jugar!

—¡Yaaa voooy! —vociferó la mocilla con las manos rodeando su boca—. ¡Estoy ayudando a una señora que se ha perdido! ¡Dame un minuuuuto!

—¡Vaaaaalee! ¡No taaaardes!

María Luisa observó la escena de las niñas sin parar de abanicarse. No era posible que todo hubiera desaparecido de repente. Un edificio no podía desvanecerse como una cortina de humo. «La niña viste como... antes», pensó la mujer en medio del sofoco, más provocado por la incredulidad que por el calor. «Yo, de pequeña, tenía uno igual».

—¡Ahora caigo! —exclamó la niña que parecía responder al nombre de Marisita—. Usted debe de estar buscando a la Loli para comprarle lechugas, estoy segura. Una mujer taaaan vieja no puede estar buscando trabajo.

—Un poquito de respeto, señorita —contestó indignada—. Viejas son las cosas, no...

—Las personas —terminó de decir la jovenzuela—. Mi madre me lo dice siempre. Si usted es del barrio seguro que la conoce. La dicen Julita, la de la radio, porque mi papá las repara.

La mujer miró a la niña, se agachó y la agarró por los hombros.

—¿Tu padre se llama Tomás y tu hermana mayor Mariluz? —le preguntó—. ¿Tu madre es la que se anima a cantar en *El Cebrian* los sábados por la tarde?

—¡Veo que nos conoce a todos! —respondió la niña.

—Es imposible —repitió una y otra vez.

—¿Qué es imposible?

No encontraba una explicación a lo que ocurría. Tenía delante a una niña con el mismo lunar al final de la ceja izquierda, rizos platinos que caían sobre la frente sin llevar la permanente y la chispa de sus propios ojos. Unos ojos curiosos que la examinaban expectantes ante el escrutinio al que era sometida.

—Nada, bonita mía —respondió para no espantarla—. Nos conocemos, pero no creo que una vieja como yo sea de tu interés.

—¡Vamos, Marisiiiiitaaaaa! —Las dos Marisas escucharon el llamado a sus espaldas y, de inmediato, se giraron hacia la voz—. ¡Si no vienes ya, empezamos sin tiiii!

Marisita miró a María Luisa pidiendo disculpas por la insistencia de sus amigas y una mueca de fastidio apareció en su rostro. Se rieron con complicidad y la pequeña se quedó observando a la otra. Parecía reconocerse en sus ojos. María Luisa se estremeció.

—Me gustan muchos sus ojos, señora —dijo Marisita, con alegría ingenua—. Son como claros, como un manantial.

—Son tan bonitos como los tuyos, señorita —respondió la mujer, acariciándole la mejilla—. Será mejor que vayas antes de que se molesten. Ya me las apañaré yo sola.

La niña le sonrió y se marchó agitando su mano a modo de despedida. Corrió, internándose en la era.

—¡Voy a por vosotras! —María Luisa la escuchó gritar mientras la

muchacha desaparecía entre las tobas—. ¡Quien no esté escondido, que se esconda!

La mujer se quedó mirando cómo Marisita se subía por los escombros para buscar a sus amiguitas escondidas entre los huecos. Recordó lo sencillo que le resultaban ese tipo de cosas. Una edad lejana de tiempos felices, a pesar de la necesidad y del régimen. Cuando todavía había color y campo en la capital. Se vio a sí misma disfrutando de esos juegos que ya nadie jugaba.

Entonces, Marisita se resbaló del capó de la camioneta y cayó de bruces al suelo. Un agudo alarido tronó. María Luisa sintió como un antiguo dolor le atravesaba la pierna y perdió el equilibrio. La pequeña se había hincado un clavo oxidado al caer y un hilo de sangre brotaba de su espinilla. La nena gimoteaba y, al escucharla, sus amigas salieron de sus escondites para auxiliarla. María Luisa contuvo un grito de dolor, pero las lágrimas surcaron su rostro. Se inspeccionó la pierna con los dedos, pero allí no había nada más que una vieja cicatriz.

—¡Marisita, Marisita! —exclamaron muchas voces.

—¡Mamá, mamá! —gritaba alguien cerca, pero no podía discernir si era Marisita u otra niña la que hablaba.

La mujer se levantó y caminó a duras penas para intentar alcanzar al grupo de niñas y ayudar a la pequeña que había sido. Tenía que lograr que un médico la viera lo antes posible, antes de que ella misma y sus amigas le quitaran hierro a lo sucedido. Sabía lo que pasaría si no impedía que echaran tierra en la herida y se la cerraran con pegamento.

—¡Marisita, Marisita!

—¡Mamá, mamá! —chilló alguien, cada vez más cerca.

María Luisa trataba de moverse lo más rápido que podía, pero hacía mucho había perdido la agilidad necesaria. Aún oía el llanto de su yo de siete años desgarrando sus oídos. Debía evitarle esos meses en cama por la septicemia y el tétanos. No le importaba que los cardos y tobas le arañaran la piel en su recorrido y que su ropa se echara a perder. Tenía en su mano cambiar su vida.

La pierna le palpitaba en ese punto en el que la pequeña Marisita tenía el hierro atravesado. Ignoraba el dolor como podía, llevaba años dejando a un lado esa molestia sorda que todavía permanecía en ella. Ignoró a la rata que se cruzó en su camino y llevaba su abanico en la boca como tesoro. Dos ríos de sudor recorrían sus sienes y tentaban en desembocar en sus ojos para desbordar las lágrimas contenidas.

—No debes hacer nada —murmuró alguien.

La mujer se debatía entre la determinación y el cansancio. Las décadas a su espalda pesaban más que nunca. Era consciente de que ese dolor recién despertado solo hacía crecer su incapacidad. No podía hacer nada para ayudar a la chiquilla. Entonces escuchó el traqueteo de una carreta y el silbar de un buen mozo que bajaba la cuesta.

—No debes hacer nada —dijo de nuevo una voz en el aire.

María Luisa ignoró esas palabras que ya se había llevado el viento y dio media vuelta. Al joven le faltaban unos metros para llegar al cruce con el descampado, suficiente para que ella lograra alcanzarle cuando llegara abajo. El suelo se sentía cada vez más blando y poroso, como si su propio sudor enfangara la tierra bajo su cuerpo. Cada vez le costaba más moverse y el terreno parecía que no le iba a facilitar la caminata.

—No debes hacer nada.

El mozo bajaba con calma, ajeno a los gritos de dolor de Marisita. Esto daba margen para que María Luisa, a duras penas, recorriera el descampado hasta el camino. Estaba exhausta, pero no podía parar ahora. No si podía evitar ese año de postración y somnolencia opiácea. Ella no podía hacer nada, pero otros sí; y estaba dispuesta a intentarlo.

Entre jadeos y medio coja logró salir de ese mar de tobas, arena y oxido. El joven ya llegaba al final de la cuesta, así que la mujer lo llamó a gritos mientras agitaba los brazos para llamar su atención. El muchacho se sobresaltó al principio, pero, al ver el estado de María Luisa, bajó con rapidez a atenderla.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó con agitación—. Se ha tenido que dar una buena leche.

—Esto es una nimiedad, estoy bien —espetó, restándole importancia—. En la era hay una niña herida. —Señaló hacia el lugar en el que el grupo de chicuelas rodeaba a Marisita—. Necesita llegar a la casa de socorro más cercana.

El jovenzuelo no se lo pensó dos veces y se adentró en el descampado. María Luisa se asombró de la agilidad del mozo, que llegó junto a Marisita en un instante y la cargó en brazos. Volvió a ponerse en pie y salió escopetado del erial, dejando atrás el corro de amigas y a la mujer. En un instante desaparecieron tras la cuesta y María Luisa pudo dejar de contener la respiración.

Sentía el suelo abrirse bajo su cuerpo y flaqueaban sus rodillas. Terminó colapsando y besando el suelo. Le dio la sensación de que cada

vez se hundía más en la arena del camino. Entonces su visión la abandonó y una negrura densa se la tragó. En esa oscuridad encontró una calma corpórea, una paz que no había sentido nunca. Luego, algo la sacudió con violencia.

—¡Marisa, Marisa! —decía una voz femenina que parecía conocer.

—¡Mamá, mamá! —rogaba la voz de su hijo, que le hacía compresiones en el pecho.

María Luisa parpadeó. El cielo volvía a tener esa pátina gris de la boina de contaminación. Giró la cabeza y vio a su hijo y a su nuera arrodillados a su lado. Se encontraba empapada de sudor y con los ojos acuosos. Parpadeó de nuevo y vislumbró la sangre y el polvo por todo su cuerpo y ropa. Parpadeó una vez más y observó una multitud rodeándola.

—¿Qué me ha pasado?

—Parece que te ha dado un golpe de calor, mamá.

—No, no es eso —María Luisa respondió agitada.

Las sirenas inundaron sus oídos. Ya no estaba La Huerta, ni Marisita, ni las tobas. A sus pies, el asfalto en vez de polvo y malas hierbas. El gran edificio con fajín le devolvía la mirada, mientras un sanitario le medía las constantes vitales. «¿Cómo es posible...?», se preguntaba, ya subida a una camilla y con una máscara de oxígeno. Según la subían a la ambulancia, vislumbró una rata royendo un abanico blanco. Decidida, trató de levantarse y salir del vehículo, pero el paramédico se lo impidió.

—No haga esfuerzos, mamá —le rogó su hijo, que subía en la ambulancia tras ella—. Menudo susto nos has dado a todos. Este calor es horrible.

MARÍA NOVOA MOLINERO (Madrid, 1997). Periodista, comunicadora transmedia, educadora infantil y escritora. Forma parte del equipo del Laboratorio Transmedia de la Universidad Complutense de Madrid.

Todo, peceras y perlas

ANA CATALINA CÓRDOBA

Marcus Vain se arrodilla en el césped, junto a la cabeza del muerto. Detalla las cejas pobladas y canosas, los labios secos, los lóbulos de las orejas pegados a la piel. En la mejilla izquierda, un corte de afeitado reciente.

El auxiliar forense lo mira a él y al cuerpo, alternativamente.

—Hombre, si no supiera que tu padre no vive en la zona... —le dice, dándole un par de golpecitos en el hombro.

Vain se sacude y pregunta:

—¿Qué se sabe?

—Sexo masculino, unos sesenta y cinco años, lesión por arma de fuego en el pecho, a corta distancia. No tiene documentos de identidad ni artículos personales. No hay rastro del arma homicida.

—¿Testigos?

—Ninguno. La propiedad más cercana es una cabaña a poco menos de un kilómetro al norte. La casa de un viejo huraño.

Se pone de pie. Los pantalones se le adhieren a la rodilla por la humedad de la tierra.

—Quítenle la camisa —dice.

Ve cómo rasgan la tela y descubren la herida, el cráter negruzco e inflamado. Guardan la camisa tiesa por la sangre en una bolsa de plástico. Se agacha de nuevo e inspecciona el cuerpo con manos de látex. Encuentra una cicatriz en la zona inferior derecha del abdomen. Instintivamente se toca la suya, en el mismo punto, debajo del ombligo.

Se aparta unos metros y hace un barrido visual del espacio. Solo hay árboles y más árboles. Camina dibujando un círculo alrededor del muerto. Escucha que el auxiliar habla con la nueva técnica sobre la segunda vuelta de las presidenciales. Cuando se les acerca, la mujer le pregunta:

—Jefe, ¿por quién vota el domingo?

—¿Qué camino para llegar a la cabaña? —pregunta Vain.

—Eh —responde la técnica—, regrese a la vía principal y unos seiscientos metros adelante, a mano derecha, hay un camino.

Vain les da la espalda y se dirige hacia su carro.

—Marcus —dice el auxiliar, caminando tras él—, ¿qué haces?
—¿Tenemos alguna pista mejor?
—No, todavía, pero...
Lo interrumpe mientras abre la puerta:
—Háganle una prueba de ADN.

*

Llama a la puerta y alguien la entreabre unos centímetros, aún agarrada por una cadena de metal.

—Marcus Vain. Forense —dice, enseñando una placa por la rendija.

—Marcus Vain. Vaya. —El anciano abre y lo mira de arriba abajo, inmóvil.

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí. —Señala el interior—. Pase.

Vain abarca la estancia entera con una mirada. A la derecha, una puerta cerrada y unas escaleras que descienden. A la izquierda, el salón.

—¿Agua, té? No, té no. ¿Quiere café?

Asiente. El anfitrión va a la cocina, visible a través de un arco. Se escuchan voces que debaten sobre cifras y candidatos.

—¿Vive solo, señor...? —pregunta Vain, alzando la voz.

El viejo apaga la radio.

—Rai.

—¿Vive solo, señor Rai?

—Como puede ver.

Vain examina la sala. Los troncos en la chimenea se han carbonizado y mantienen un calor tenue. Sobre ella, una única fotografía.

—¿Su mujer? —pregunta, enseñándole a Rai el portarretratos desde la distancia.

—Es Alice. Mi hermana.

La mujer de la foto abraza a dos pequeños.

—¿Y los niños?

—Pamuk y Saya, cuando tenían ocho y cinco años.

Tienen el cabello rojizo, como la madre. Sus rostros se apretujan contra el de la mujer en una sonrisa idéntica. El anciano se acerca con los

pocillos y los pone sobre la mesa de la sala. Trae una botella de whisky y vierte un chorro en el suyo. Vain deja la foto en su sitio y se sienta.

—¿Sabe por qué estoy aquí, señor Rai?

—Preferiría que me lo contara usted.

—Ha aparecido un cuerpo en el bosque. Su cabaña es el sitio habitado más cercano.

—¿Y qué le ha parecido?

—¿Perdón?

—El cuerpo, ¿qué le ha parecido?

Vain frunce el ceño y el anciano se ríe.

—Señor Rai, me parece que no está entendiendo la gravedad de la situación.

—Sí que la entiendo, Vain. Es una lástima lo que tardan los análisis de ADN, ¿no es cierto? Si tuviera el resultado, venir aquí no habría sido su primera opción.

Marcus se levanta. En el sofá, Rai se ve pequeño y encorvado. Frágil.

—¿Cómo...?

—Ya entenderá. Ayúdeme a poner de pie —le pide Rai que, luego, va hacia las escaleras.

Vain lo mira desde la sala. Cuando ya han dejado de ser visibles las piernas del viejo, se apresura a alcanzarlo y baja tras él, tomado de la barandilla. La luz que se filtra de la planta principal recorta un rectángulo deformado. Rai acciona el interruptor e ilumina el sótano. Contrasta el olor rancio con el equipo altamente tecnificado de cableado y monitores. En el centro, una especie de jaula de cristal con una silla dentro que ocupa casi todo el espacio disponible.

—¿Qué es... eso?

Rai lo toma del brazo y lo arrastra hacia la pecera.

—Entremos. Se la enseño.

Marcus se deja llevar. Contempla el interior de la jaula por todos los ángulos, esquivando como puede al otro. Rai se percata de que abre la boca, la cierra sin decir nada y sigue observando.

—No hay espacio suficiente para los dos de pie —le dice el viejo, tomándolo de los hombros y empujándolo con suavidad hasta hacerlo sentar.

—Ya, ya, yo puedo —dice, moviéndose para deshacerse de la sujeción de Rai, que levanta las manos como si le apuntaran con un arma.

—Búsqueme en Némesis, el bar del pueblo. Me reconocerá, no estaba en mi mejor momento. Recuerde: Alice Rai. Pamuk y Saya.

—¿De qué me está...?

Antes de que Marcus pueda reaccionar, Rai sale de la cápsula y la sella desde afuera. Vain se levanta, golpea los vidrios y grita. Del otro lado no se oye ruido alguno.

El viejo va hacia el armario en el extremo del sótano. Abre la bóveda que hay al interior y extrae una caja sin cerradura. La presiona en puntos específicos y desliza una pieza. Deja al descubierto una esfera del tamaño de una canica. Con Vain aun gritando del otro lado, Rai abre el compartimento frontal de la pecera, pone la perla en un orificio circular y oprime el botón que acciona el intercomunicador.

—Mencióneme el programa. No, Vain, el sonido no va en las dos direcciones. Cállese y escuche. Si me ayuda, le prometo que resolverá lo del cuerpo.

*

—¿Dónde estás, Rai, hijo de puta?

Todas las miradas del bar se posan en el hombre que entra gritando, excepto la de un tipo, recostado en la barra junto a una cerveza caliente. El camarero, sin dejar de secar un vaso, señala al borracho con los labios.

Vain lo toma de la camisa y le mira el rostro. Observa las líneas de su piel, ya visibles, pero mínimas en comparación con las del viejo que conoció en la cabaña. Rai gruñe e intenta soltarse.

—Se va despertando —le dice, golpeándole la mejilla con la mano libre—. Tenemos que hablar.

—Sueltemidiotaquiensecreepedazode...

—No me haga perder la paciencia, grandísimo imbécil.

Rai se agita, manotea y le escupe al otro en la cara. Vain lo tumba del butaco como a una ficha de dominó. El golpe contra la baldosa resuena. Marcus se seca la mejilla con la palma de la mano, se agacha y le aplasta la cara contra el piso.

—Tres días buscándolo a usted y a este maldito bar. Tres días desde que me metió en esa pecera de mierda y me mandó aquí. No quiere que le cuente lo que he vivido en estos tres días, Rai, créame, no quiere. Después de que entendí lo que me hizo, me di el tiempo de reflexionar sobre todas las cosas que disfrutaría hacerle. Pero ya llegaremos a eso.

Rai chapalea, su cuerpo es la cola de una lagartija desmembrada. Intenta patear a Vain, que lo coge del cabello como a las riendas de un caballo y dice:

—Rojo, igual que el de su hermanita. —Rai va a decir algo, pero Vain lo interrumpe—. Ah, ¿ahora sí quiere hablar?

Los otros hombres del bar se acercan y forman un corrillo alrededor.

—Tranquilos, muchachos, ya nos vamos —dice Vain. Rai restriegla la mejilla en la mugre del suelo, en un asentimiento—. ¿Ven?

Vain lo alza y apenas logra que mantenga el equilibrio. Pasa el brazo de Rai sobre sus hombros y lo agarra de la cintura. Afuera, detiene el primer taxi, lo lanza al asiento de atrás, se acomoda en el puesto del copiloto y pide que los lleve a la cabaña.

*

Cuando Rai despierta, sobrio, está dentro de la pecera, amarrado con sogas a la silla. El aspecto del sótano es casi el mismo: lúgubre, maloliente, la jaula de cristal en el centro, conectada por cables a monitores y consolas. Pero la tecnología parece sacada de un anticuario.

Vain lo observa mover la boca del otro lado del cristal. Rai se retuerce, grita, las venas de la frente hinchadas. Las sogas atadas en las muñecas y los tobillos empiezan a tallar la piel.

—No lo oigo —dice Vain, haciendo un «no» con el dedo índice y, luego, señalando su oreja.

Da vueltas alrededor de la cápsula, hasta que Rai deja de moverse y de gritar. Abre la puerta.

—Ni siquiera tiene cerrojo, todavía no ha sido necesario instalarlo, ¿ah?

—¿Quién diablos es usted?

—Muy bien, ya puede articular palabras. Marcus Vain, no olvidará mi nombre.

—Suélteme, imbécil, o...

—Lo he estado analizando y he decidido que no es conveniente matarlo.

—Va a saber quién soy yo.

—Eso no será necesario, Rai.

—No sabe de lo que soy capaz.

—Sí sé. Estamos en esta situación por su maldita culpa. No lo soltaré hasta que me lo explique todo.

—¿Explicar qué?!

—Cuando lo conocí, usted era un viejo decrepito.

—No.

—Que vivía en una cabañita como esta.

—No, no, no.

—Y cerca de su casa, apareció un cuerpo sin identificación.

—No.

—¿Y sabe qué es especialmente interesante? —continúa, agarrándolo del mentón y forzándolo a mantener la mirada—. Tenía un parecido, digamos notable, conmigo. Solo que unos treinta años más viejo. Y no, no era ningún pariente.

Rai se revuelve en el asiento e intenta eludir la mirada de Vain.

—Prometió que resolvería el asunto del cuerpo si le ayudaba.

—¿Ayudarme a qué?

—¿Qué es el programa y qué quiere de mí?

—¡Yo no quiero nada de usted!

—Pues use la lógica y dígame qué podría querer el anciano que me forzó a viajar en esta misma pecera y por qué me diría que le hablara de su hermana y de los niños.

—¿Qué niños?

—Pamuk y Saya. Sus sobrinos.

Rai se aquieta y permanecen en silencio. Al cabo de un momento le dice a Vain:

—Sáqueme y le contaré del programa.

*

—Preste atención porque no pienso explicárselo dos veces.

Vain lo mira, recostado en la pared junto a la chimenea y con los brazos cruzados.

—Empiece.

—Comencé a trabajar en el programa hace quince años, éramos un grupo élite secreto del Ministerio de Justicia. Científicos y agentes. Usábamos los viajes para investigación. El presidente lo mantuvo como un secreto de Estado.

—El presidente...

—Rahl.

—Rahl. Siga.

—Los agentes no intervenían en la historia, viajaban para obtener información del pasado.

—¿Con qué fin?

—Piénselo, Vain. Cerrábamos casos que llevaban décadas archivados, identificábamos la ubicación de fosas comunes, las familias encontraban a sus desaparecidos. Hacíamos justicia.

—No me interesan sus motivaciones. Solo dígame qué pasó.

—Mi hermana Alice se hizo agente, era amiga de infancia del ministro Code. Él la puso dentro.

—Code, ¿el dictador?

—El mismo, pero no se adelante. En ese entonces era el ministro de Justicia de Rahl. El asunto es que pronto hubo problemas al interior del programa. Los agentes que viajaban se entrampaban en sus pasados, eran indiscretos. Cobraban venganzas, investigaban secretos familiares. Eso exigió un entrenamiento cada vez más... —Hace una pausa—. Severo.

—¿Severo?

—Tortura. Los interrogaban cuando volvían de las misiones para asegurarse de que no pretendieran alterar el pasado. Los aislaban de sus familias y amigos. Pasaban meses sin ir a sus casas.

—Gran programa.

—Alice y yo intentamos cambiar las cosas.

—Exitosamente, supongo.

Rai agacha la cabeza. Vain se despega de la pared y se sienta en uno de los sofás.

—Fue ella quien tuvo la idea de los implantes craneales. Me pidió que diseñara un prototipo y se lo presentáramos al ministro —continúa.

—¿Para...?

—Suspende temporalmente la memoria autobiográfica a largo plazo. Simular una amnesia retrógrada consecuencia de una lesión cerebral.

—¿En cristiano?

—Para que los agentes olvidaran su pasado, manteniendo la capacidad de crear y almacenar nuevos recuerdos. Son procesos cerebrales diferentes, ¿entiende?

—¿Su solución fue borrarles la memoria?

—Vain, entienda. Solo lo usarían durante las misiones, podrían volver con sus hijos cada noche sin poner en riesgo el programa.

—¿Y?

—Code aceptó. Alice se ofreció a probar el prototipo.

Vain se incorpora, apoya los codos en los muslos y el mentón sobre las manos entrelazadas.

—Alice decía que era extraño viajar con el implante —continúa Rai—, que tenía la sensación de ser ella y no serlo al mismo tiempo. Así que funcionaba tal y como lo habíamos diseñado. Code la incluyó en su círculo de asesores y sus viajes se hicieron cada vez más frecuentes. En ocasiones pasaba semanas enteras en el pasado en alguna investigación clasificada. Se hizo imposible hablar con ella sin su «asistente», un delegado del ministro que la seguía a todas partes. Por esa misma época, salió a la luz el asunto del presidente Rahl en Bona que ya debe conocer.

—Lo conozco.

—Sabrá entonces que empezaron los motines. Cayó Rahl y Code fue nombrado presidente interino. Desde entonces, un cuadro con el rostro del exministro en cada establecimiento, en cada casa. Diez años de dictadura.

—¿Y su hermana?

—Ella era todo para mí. Si la conociera, entendería.

—Ya, ya, ¿pero siguió viajando para Code?

—Sí. Supongo. No me permiten acercarme a ella.

—¿Todavía trabaja en el Ministerio?

—¿No me está escuchando? Code no va a soltar a su marioneta. La tiene cautiva y no hay nada que yo pueda hacer.

—Preguntaba por usted, Rai. ¿Sigue en el Ministerio?

—Ah... me relegaron.

—¿A qué se refiere?

—Mantienen una oficina con mi nombre, pero no tengo poder alguno. Soy el director de un área que no sirve para nada: sin recursos, personal o proyectos relevantes. Otros científicos se hicieron cargo de las versiones finales de los implantes y no sé qué tipo de modificaciones sufrió nuestro diseño original. Las verdaderas investigaciones las hago aquí, en el sótano, lejos de la vigilancia de Code. Me ha llevado años construir lo que tengo.

—Y la gente, los ciudadanos, ¿cómo lo llevan?

—¿Qué clase de pregunta es esa, Vain? ¿Es idiota? Ya ha visto lo que es esta porqueriza. El dictador tiene una guardia intertemporal que le advierte de cada movimiento en el pasado que pueda ser una amenaza. Y nadie quiere darme información sobre Alice. Ahora, dígame: ¿es o no es invencible?

*

Rai mueve los muebles y despeja el suelo del salón. Sube del sótano cajas llenas de papeles.

—¿Qué pretende, Rai?

—Haga lo que quiera, está en su casa. Solo déjeme trabajar.

Vain se acomoda en el sofá, ahora arrimado a la pared, y lo observa en silencio. Ve a Rai leer documentos, ordenar hojas, dibujar planos. Se le cierran los ojos. Cuando se percata de que se está quedando dormido, se va a preparar café. Mira el reloj de cuco, han pasado horas. Le lleva una taza a Rai, que espabila.

—Repítame cómo encontró el cuerpo y qué le dije cuando vino a mi casa. Con detalles —le pide, mientras va a la cocina, esculca las botellas y vierte un chorro en su vaso.

—Estoy harto de sus preguntas. Dígame qué hace.

—Se lo diré. Paciencia. Al menos cuénteme de nuevo la historia oficial.

—Usted es imposible, Rai. Ya se lo dije. Cuarenta años antes de nuestro encuentro en su cabaña se filtraron unos documentos que demostraban la participación del presidente Rahl en las masacres de

Bona y el pueblo exigió su renuncia. Ahí subió al poder Code. Su dictadura duró una década, hasta los atentados del 15-F.

—¿Se destruyó por completo el Ministerio de Justicia?

—No quedó rastro. Ahora hay un parque allí. Y una placa.

—¿Y después?

—Code no pudo restablecer el orden y los militares le dieron la espalda. Los altos mandos se unieron y se estableció una Junta Militar. Años después, se hizo la transición a un gobierno civil elegido democráticamente.

Rai se queda en silencio. Une tres hojas y dibuja una línea que las cruza por la mitad. Anota fechas y eventos. Vain vuelve al sofá. Después de un rato, cuando ya ha terminado el café, Rai le pregunta:

—No está casado, ¿verdad?

—¿Desde cuándo le interesa mi vida personal?

—Me interesa más de lo que cree. Venga.

Vain se sienta en el piso junto a Rai, que busca entre el mosaico de papeles y pone encima unos mapas.

—Es la sede del Ministerio de Justicia. Las instalaciones del programa son subterráneas. Las peceras están aquí. —Marcus desliza la mano por el plano como si leyera en braille—. ¿Recuerda cómo lo hice viajar?

—Secuestrándome.

—Vain, idiota. ¿Usé algo como esto?

Saca de una de las cajas un pequeño cofre de terciopelo.

—¿Va a proponerme matrimonio?

Dentro, una pequeña esfera. Vain acerca el dedo índice para tocarla y, a unos centímetros, la piel del brazo se eriza y tiene la sensación de intentar unir dos imanes con la misma polaridad.

—Tiene que ayudarme a destruirlo todo, peceras y perlas —dice Rai.

—¿Ayudar a destruir el Ministerio de Justicia, al hombre que diseñó el implante que hizo posible el ascenso del dictador? —Se ríe—. Vaya plan, no cuente conmigo.

Rai empuña las manos. Los músculos de los brazos se tensan, resaltando sus formas. Respira y dice:

—No es una petición, Vain. Estoy diciendo que es su única opción.

—Lo único que tengo que hacer es volver a mi tiempo. —Y le arrebató el cofre con la perla.

—No entiende, es que no puede regresar. ¿Por qué cree que mi yo del futuro lo forzó a viajar?

—¿Perdón?

—¿Por qué le hablaría de Alice, de los hijos que tendrán?

—¿Que tendremos?

—Seremos cuñados, Vain. Haga cuentas: usted eligió quedarse, envejecer aquí para llegar allá. ¿No dijo que el muerto había pasado los sesenta?

—Eso no significa que...

—Recuerde que él es el único de nosotros tres que conoce la historia hasta el final. Prometió que resolvería lo del cuerpo y tenía razón. Destruiremos el Ministerio el 15 de febrero.

—Rai, aunque quisiera ayudarlo, que no es así, su plan es imposible. Usted mismo lo dijo. Code tiene agentes vigilando el pasado, pueden estar cazándonos justo ahora.

—Por eso tenemos que eliminar cualquier posibilidad de viajar. Sin los viajes, Code se hundirá. ¿No dijo que eso es lo que ocurre en el futuro? Los implantes dejarán de funcionar cuando caigan los servidores del Ministerio, dejará de controlar a Alice. La salvaremos y tendrán un futuro juntos.

—¿Y mi vida?

—¿Tiene realmente una vida allá?

*

Hace años no toma ese camino y, ahora, la cuesta le resulta más inclinada. Marcus Vain toca la puerta. Escucha pasos que se arrastran. Rai se tarda para abrirla.

Dos viejos se miran los rostros.

—Luces bien, Rai.

—Lo mismo digo, Vain. ¿Cuánto ha pasado?

—Unos cinco, desde lo de Alice.

—Cinco ya, vaya. ¿Y los niños?

—¿Niños, Rai? Ya quisiera. Están bien. Lejos, pero bien. Hacen su vida. Saya ha preguntado por ti.

—La llamaré.

—Bien. Tenemos que hablar.

Rai observa a su cuñado, bien peinado y afeitado esa misma mañana.

—Qué miras, idiota. ¿Me vas a dejar pasar? —pregunta Vain.

—Mejor caminemos. Voy por mi abrigo. —Cierra la puerta y regresa después de unos minutos.

Andan en silencio. Ha iniciado la temporada de lluvias y el suelo está blando bajo sus zapatos.

—¿Sabes, Rai? Siempre te he admirado y odiado por partes iguales.

—Me siento afortunado.

—Y por eso decidí creerte. Que después de destruir el Ministerio no podría regresar.

Rai guarda las manos en los bolsillos y, después de un momento, dice:

—Tuviste una buena vida.

—Sí. Mejor de lo que nunca imaginé —dice Vain—. ¿Pero si no lo hubieras insinuado, si no me hubieras dicho que Alice y yo... que tendríamos a Pamuk y a Saya...?

Rai alza los hombros.

—Tenía que intentarlo, por Alice. Si te había enviado atrás, eras imprescindible.

—Fui ingenuo al confiar en ti.

—¿Ingenuo? No eres tan imbécil, Vain. Aunque lo parezcas.

—Bueno... Qué importaba, al final. Aquí, allá.

—Quedarte era lo que debías hacer.

—Así que conservaste una perla, ¿verdad? Para empezar de nuevo.

—Te está esperando en la cabaña.

—Bien.

Siguen hacia el sur, entre los árboles. Se oye su crujido y el canto de las aves.

—Muchas veces me he preguntado cómo será ese encuentro —dice Rai.

—Será mejor para ti que para mí. Lo recuerdo bien.

—¿Hoy es el día?

—Es hoy —dice Vain.

—¿Cómo lo supiste?

Señala una bandita adherida a su mejilla izquierda:

—Por poco no me deja de sangrar la cara esta mañana.
—Bonita forma de darse cuenta —dice Rai.
—Sí... —Inspecciona el paisaje y añade—: Creo que es el sitio.
Vain lleva su mano hacia la parte posterior del pantalón y saca un arma. Se la extiende a Rai.
—Corta distancia, pectoral izquierdo —le indica y da unos pasos hacia atrás—. No puedo hacerlo yo mismo.
Rai mira la pistola, apunta con mano firme y le pregunta:
—¿Tenías eso pegado en la cara?
—¿Importa?
No espera la respuesta y se quita la bandita. Se descubre un pequeño corte de afeitado.
Vain yergue la espalda. Abre la boca para decir algo, pero es callado por el sonido de la pólvora bañando el espacio. El cuerpo cae sobre la tierra húmeda.

ANA CATALINA CÓRDOBA ARANGO (Medellín, 1994). Psicóloga y máster en Escritura Creativa. Ha desarrollado de forma paralela los oficios de la clínica psicológica, la investigación y la creación literaria. Obtuvo el Premio Federico García Lorca a la Creación Artística para Estudiantes de Grado y Postgrado 2023, en la modalidad de narrativa, por su libro de cuentos *Biografía de una idea y otros relatos*, que será publicado por Esdrújula Ediciones.

Epílogo: Un informe ante la Academia

MANUEL BROULLÓN

*Transcripción de la ponencia de Ari M. Vivas
ante la Academia de Ciencias de la Vida.

Queridos colegas:

Se me ha pedido en esta sesión solemne ante la Academia que presente las conclusiones de la investigación de mi equipo de trabajo sobre la evolución de los sentidos del tiempo en los últimos trescientos años. Aquí les apporto, sucinta y humildemente, nuestras conclusiones.

Es probable que estos resultados puedan provocar un escándalo. Lamento mucho alterar la paz de sus mentes y les pido disculpas de antemano por los horrores a los que, probablemente, les voy a exponer. Pero nos debemos a la Ciencia, cuyo imperio exige verdad, verdad que no muere y que ha demostrado vencer toda dificultad incluso en los momentos más oscuros.

En 2024, la «humanidad», como entonces se llamaba a sí misma, aún mantenía la idea atávica del tiempo lineal, proyectivo, como una flecha con una punta afilada en constante avance que no puede volver atrás. La ignorancia del «homo sapiens sapiens» es evidente. Ese periodo, entonces denominado con el pomposo término de «postmodernidad», presenta en su propio nombre una linealidad evidente: tras la modernidad, vendría, según ellos, la «post» (que quiere decir «después de») modernidad (esto es: «después de la modernidad»). Otras fuentes recogen la forma «contemporaneidad», ¡como si solo fueran contemporáneos de ellos mismos! ¡Como si no lo fuéramos en otros tiempo-espacios! Es ridículo, a la luz de cuanto sabemos.

Las fuentes documentales que manejamos indican que los mitos de las culturas más primitivas disponían de una idea del tiempo mucho más cercana a la nuestra: el tiempo cíclico, las bilocaciones espacio-temporales, los planos paralelos de realidad, las disociaciones temporales, etcétera. El «homo sapiens sapiens» de 2024, en cambio, vivía constreñido en una imagen francamente pobre de sí, a merced de la

soberbia de pensar que se encontraba en la punta de la flecha, en el momento último de su evolución, en la cima de la montaña. Por favor, les ruego que no se corten, no disimulen su rubor ni sofoquen sus carcajadas ante unas ideas, desde luego, tan absurdas. A mí también me lo parecen.

No obstante, y como es natural, la realidad es tozuda, y la verdad reclama su lugar. Si bien es cierto que algunos «homo sapiens sapiens» como Erwin Rudolf Josef Alexander Schrödinger y Niels Bohr se aventuraron en el siglo XX hacia la comprensión verdadera de los sentidos del tiempo, lo cierto es que sus ideas fueron ferozmente criticadas por sus contemporáneos, como Albert Einstein, quien no pudo más que argumentar, al segundo de cuantos he mencionado, que «Dios no juega a los dados con el universo». La pobreza del aserto, atribuyendo a la idea de Dios el origen material de la realidad, se desarma por sí sola.

El punto de inflexión fue en 2024. En este momento, la crisis climática a la que se vio abocado el planeta Tierra desencadenó un cataclismo tal que la así autodenominada «humanidad» no tuvo más remedio que abandonar al fin sus ideas ridículas de tiempo lineal, de progreso, y, sobre todo, de productividad. Este concepto, a buen seguro extraño para el auditorio, roza lo incomprensible para nosotros. En resumidas cuentas: los documentos revelan que el «homo sapiens sapiens» mantenía una relación completamente extractivista con el planeta; actitud producida por su sentido del tiempo lineal. No se escandalicen, ya sé que es absurdo, pero lo cierto es que el «homo sapiens sapiens» creía a pies juntillas que su idea de progreso era la consecuencia de un afán de dominio absoluto de los recursos naturales y de la colonización del espacio exterior. Fue, a pesar de todo aquel sinsentido, una mujer, Emmy Noether, quien postuló que existe en cambio una relación entre la simetría y energía eléctrica conservada y transformada. Ya pueden imaginar que en aquella sociedad, verdaderamente salvaje, a una mujer no la tomarían en serio. Bah. Sigamos.

La energía tal como la comprendemos, en ciclos y oscilaciones, demostró que el tiempo no es una línea, una línea ascendente producto de una acumulación productiva, en la que, quien más produce, más rápido asciende. Con el cataclismo climático, digo, se puso fin de una vez y para siempre a la imagen del tiempo en avance imparable. El dinero

perdió todo su valor. Las pertenencias materiales no fueron sino un lastre para quienes terminaron en el fondo del mar, víctimas de su codicioso afán. Ya no quedaba nada a lo que agarrarse, ningún objetivo al que aspirar, nada que se pudiera extraer ni conseguir cuando las aguas cubrieron el 88 % del planeta luego del deshielo de los casquetes polares.

Cuando el «homo sapiens sapiens» aprendió a contemplar el tiempo en su conjunto, no tardó en comenzar a cambiar sus hábitos, sus desplazamientos, sus modos de relacionarse. Baste el ejemplo de que los inútiles medios de transporte de la época requerían invertir largos lapsos temporales en desplazarse. ¡Imaginen qué insoportable debía ser para el «homo sapiens sapiens» permanecer casi veinte horas confinado en la cabina de un avión entre El Cairo y Jakarta! Pues bien, aún así, viajaban en masa en aquellos aparatos. Después de 2024, las técnicas de contemplación de los pueblos ancestrales de Los Andes y Japón permitieron retomar la bilocación. Y otra técnica ahora tan común en nuestro día a día como la poesía, fue la responsable de abrir la posibilidad de los planos de realidad superpuestos y alternativos. Las imágenes, aquellas mismas de las que desconfiaban y hasta denostaban hombres tan célebres en su tiempo como Jean Baudrillard, quien las reducía, fíjense, al concepto de «simulacros», fueron las que permitieron luego del año 2024 transitar a través de las formas puras. Y volviendo sobre los modos de moverse, la recuperación de la práctica continuada de los derviches giróvagos de África y Oriente Próximo fue la clave para comprender, como hoy sabemos, que la mejor manera de desplazarse no es otra que los movimientos rotatorios, pues generan trayectorias simétricas a los centros y conservan la energía, propiciando los saltos cuánticos. Pero sobre todo, lo más interesante de aquel punto de inflexión es que la solitaria productividad del tiempo lineal fue definitivamente sustituida por nuestra forma de organización social, en donde la reciprocidad conecta a los entes y genera, replica y asegura el tránsito energético que nos permite viajar en el tiempo-espacio de manera instantánea.

¡Cuidado!, me dirán, ¡no sea que uno de aquellos salvajes anteriores a 2024 sea capaz de aprovechar uno de nuestros saltos cuánticos para tratar de imponernos sus violentas maneras de dominación codiciosa! ¡Esa gente es un desastre! No, no tengan ningún miedo: los hombres son tan ignorantes, tan pagados de sí mismos, que jamás serán capaces de vernos cuando nos infiltremos en su tiempo-espacio. Estarán tan

ocupados trabajando, odiando o, ¡peor!, encerrados en la cabina de un avión, que ni siquiera repararán en nuestra presencia.

Sin más, me pongo a su disposición para atender a cuantas preguntas necesiten hacerme.

En Lima, a 30 de abril de 2324.

MANUEL BROULLÓN (Cádiz, 1987). Docente en la Sección Departamental de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Dirige el proyecto de innovación docente UCM 35 «Laboratorio Transmedia».

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 31 DE MAYO DE 2024,
76 AÑOS DESPUÉS DEL NACIMIENTO
DE SVETLANA ALEXIÉVICH,
PREMIO NOBEL DE LITERATURA:
«AL CONTAR, EL SER HUMANO CREA,
COMBATE CON EL TIEMPO, AL IGUAL
QUE UN ESCULTOR CON EL MÁRMOL»
(*DE UNA BATALLA PERDIDA*, 2024).

Los relatos que componen este volumen desafían las convenciones temporales, llevándonos a un viaje literario que cuestiona la naturaleza misma del tiempo. ¿Es lineal o circular? ¿Es una ilusión o una realidad tangible? Desde la ciencia ficción hasta el realismo más visceral, pasando por lo fantástico y el *noir*, la quinta entrega de la Colección Laboratorio Transmedia presenta una exploración profunda y diversa del tiempo a través de doce voces tan disímiles como estimulantes, pues, parafraseando a Jorge Luis Borges, el tiempo es la sustancia de la que estamos hechos. Es un río que nos arrebató, pero nosotros somos el río; es un tigre que nos destroza, pero nosotros somos el tigre; es un fuego que nos consume, pero nosotros, de manera inevitable, somos la chispa que lo incendia.